

La literatura Argentina

Revista Bibliográfica

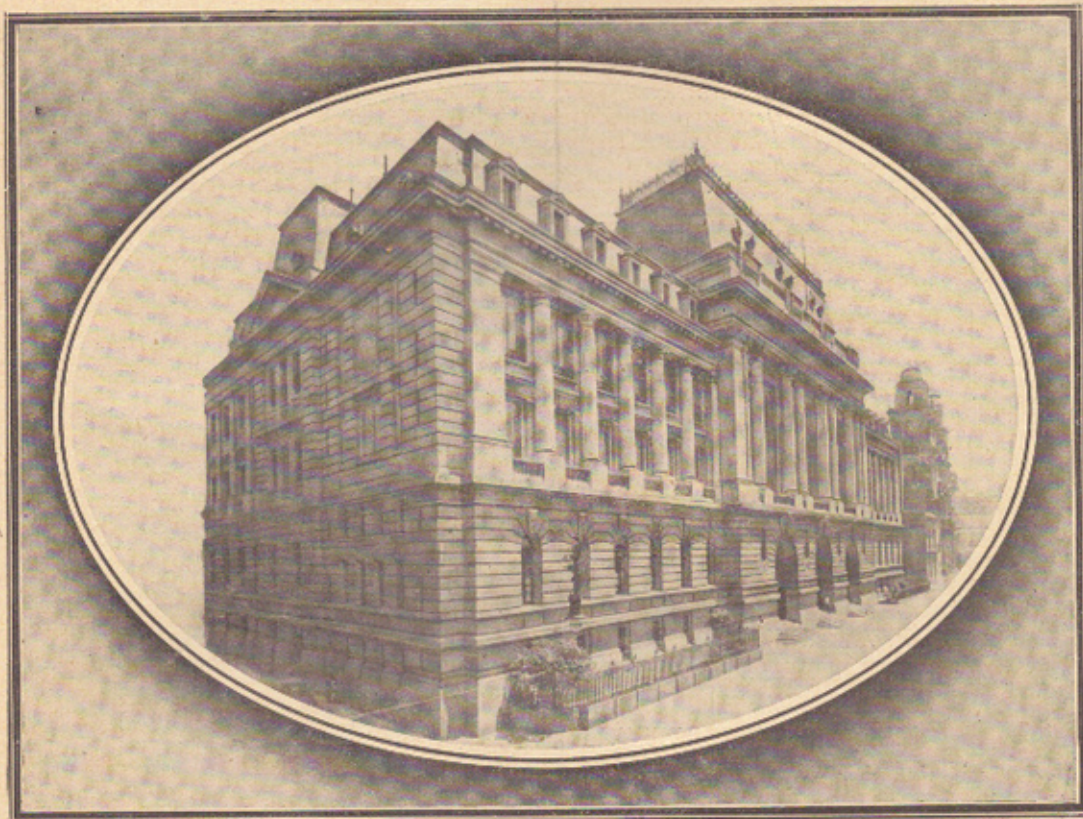
Director y Administrador:
LORENZO J. ROSSO

Difunde el criterio intelectual del país
Practica la libertad de opiniones sin solidarizarse con
las tesis sostenidas por sus colaboradores

Oficinas: SARMIENTO 779
U. T. Retiro 31 - 3221

BUENOS AIRES, AGOSTO DE 1929

NÚMERO ANIVERSARIO



Colegio Nacional de Buenos Aires-- Anexo a la Universidad Nacional, calle Bolívar esquina Moreno

SUMARIO

Un año de vida.
Juan Tumburus.

Convencido de que Cuba sería un buen mercado del libro argentino porque sabe que lo buscan sus compatriotas, el ministro de aquel país, doctor Néstor Carbonell, propone medidas concretas de intercambio cultural.

Eduardo Uribe replica a Horacio Rega Molina.

Joaquín V. González, como místico, por C. B. Quiroga.

El presidente del Superior Tribunal en lo Civil, doctor Alfredo Colmo indica nuestra colocación ante el mundo en materia de literatura del derecho luego de referirse a las relaciones culturales con Estados Unidos y a los recelos de los demás países del continente, los cuales nos tienen por los norteamericanos del Sud.

Falleció Don Arturo Costa Alvarez, autor de «El Castellano en la Argentina».

Cosas que se dicen y cosas que se olvidaron entre la gente que escribe, por Emilio Bonemór.

José Manuel Elzaguirre, conocido escritor y jefe de redacción de «La Prensa», advierte que nuestra cultura es típica por sus condicio-

nes de origen y particularidades de desarrollo. Vicenta Castro Cambón y sus dos libros póstumos. Don Alberto D. Justo, presidente de varias organizaciones bibliotecarias, establece el criterio que guía a los lectores y detalla las obras y autores más solicitados.

La mujer en las letras, de acuerdo con el resultado del concurso realizado por la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres.

Roberto Arlt sostiene que es de los escritores que van a quedar y hace una inexorable crítica sobre la poca consistencia de la obra de los otros.

El juicio sobre Rosas (A propósito del «Rosas» de Dardo Corvalán Mendilaharsu).

Nuestra prensa y sus características por J. Cantarell Dart.

Acercas de «El actual momento literario». Conferencias del Dr. José María Monner Sans.

Honda repercusión causada por el fallecimiento de Paul Groussac.

Antonio E. Barbagelata cumplió 25 años en la redacción de «La Prensa».

Nuestro ambiente de cultura bibliográfica.

PRECIO DEL EJEMPLAR 20 CENTAVOS

Registro de la Propiedad Científica, Literaria y Artística

Obras entradas al Depósito Legal durante el mes de Julio de 1929

TÍTULO	AUTOR	EDITOR
Anuario Catalano Balear	Antonio Cursach Truyol	L. J. Rosso
Cancionero del árbol	P. B. Franco y C. Rodríguez	L. J. Rosso
Pasión de española	Gregorio García Gordo	"Renovación"
Los chiflados peligrosos	Benjamin D. Martínez	J. Peuser
La Torre de los Ingleses (crónicas de viajes)	Alcides Greca	"El Inca"
El amor fiel	Francisco Sauter Martínez	Imp. Mercatali
Medicina Popular de Santiago del Estero	Orestes Di Lullo	Imp. El Liberal
Anales del Museo Nac. de H. Natural	Observatorio Astronómico	Imp. Coni
Cedulario de la Real Audiencia de Buenos Aires	Félix Aguilar y B. H. Dawson	Imp. Coni
Archivo Histórico de la Prov. de Buenos Aires	Ricardo Fontaine Maury	Imp. Coni
Catálogo La Plata B. de 7792 estrellas	Enrique Sparr	Imp. Coni
Trazado de Ferrocarriles	José Manuel Abumada	Imp. Coni
Medio siglo de Boletín de la Academia Nacional de Ciencias	Cristóbal M. Hicken	Imp. Coni
La S. A. Club Mar del Plata. Su desorbitación	Guido Quaranta	Imp. Coni
La penuria rentística de las Provincias	Félix San Martín	Quaranta
"Darwiniana". Carpeta de Darwinism	Nicolás H. Accame	L. Bernard
Cuando la mujer quiere	Franz Lipmann	L. Bernard
Desde el rodeo	Raúl Argabaz	El Ateneo
Nuestra Caballería de Ejército y la Guerra Moderna	Alfredo Conzole	A. García Santos
La Institución de Grupo y la agrupación de combate	F. Ameghino	Bibl. Sub Oficial
Oftalmología	L. H. Arpesella	Imp. López
El bibliotecario y la biblioteca	Oscar J. Dreidemie	Moly y Lasserre
Filogenia	Salvador Fornieles	Abeledo
Mendiga de besos	Eusebio Gómez	Abeledo
Antología Castellana	Dolores Petisme	
Estudios sobre Derechos Sucesorios	Mejcher B. Sánchez	L. J. Rosso
Doctrina penal y penitenciaria	Anibal Ponce	L. J. Rosso
La Millonaria	Ricardo Gutiérrez	L. J. Rosso
La Provincia de La Rioja	Grat. José María Paz	L. J. Rosso
La gramática de los sentimientos	Vicente Raúl Botta	Cia Impr. Argentina
Poesías líricas	Ariano Montesano Delchi	N. Kier
Campañas de la Independencia	José Manuel Estrada	El Ateneo
El sueño azul	Alejandro Raitzin	El Ateneo
El símbolo del loto blanco	Ricardo Tudela	M. Gleizer
La Iglesia y el Estado	D. Corvalán Mendilaharsú	M. Gleizer
Las pericias médico-legales sobre alienados	Carlos Conci	Colegio Pío IX
El inquilino de la soledad	Benjamin Rinsky	M. Gleizer
Rosas	Carlos Schaefer Gallo	L. J. Rosso
Verdades y Hechos	Ernesto Daniel Andia	Imp. del Estado
Leyendas simbólicas	José María Quevedo	Menéndez
El camino del norte	Dirce, Estad. Municipal	Menéndez
Leyes y resoluciones del P. E. de la Prov. de Corrientes	Horacio F. Rodríguez	"La Unión"
La tristeza de los bovinos	Domingo Lasso	N. Tomasi
Anuario estadístico de la ciudad de Santa Fe	Gotardo C. Pedemonte	Porter
Propiedad artística y literaria	Teresa Ramos Carrion	Pedemonte
Ecos del bronce	Teresa Reimand Grossi	Ed. Tor
Estado económico y financiero de las compañías argentinas de seguros	Clementina S. Azlor	Ed. Tor
Grano en el camino	Marcos Fingerit	Ed. Tor
Jirones de almas	A. De Carlo	Ed. Tor
Ritmos en el camino	D. F. Sarmiento	L. J. Rosso
Antena	Martinelli Massa	L. J. Rosso
Reflexiones de un obrero	Constancio C. Vigil	"Atlántida"
Argirópolis	Faustini Brughetti	
Cosas de la radio	Juan José Zelaya	Sosin y Toia
Enciclopedia Escolar	Manuel Infante Fruchand	Tall. Oficiales
Los escarabajos y la moneda de oro	Joaquín Campana	Juan Toia (h.)
"Almafuerte" (de mis memorias)	Enrique De Gandía	J. Roldán
Explicando en la vida	Ricardo Rojas	J. Roldán
Legislación rural de la Provincia de Buenos Aires	Enrique De Gandía	Ed. Las grandes obras
Bahía y Pasmal	Almafuerte	Ed. Las grandes obras
Historia del gran Chaco	Jerónimo Martínez	Ed. Las grandes obras
El fin (Drama)	Máximo Gorki	Ed. Las grandes obras
La ilusión errante	C. Jinarajadasa	Ed. Excelsior
Poesías completas y Evangelicas	Juan Jacobo Bronson	Aquillo Huos
Las curas del Dr. Asuero	Antonio Galante	Cabaut y Cia.
Decadencia	Raúl A. Orgaz	Alfonso Longo (Rosario)
Doses encadenadas	Hilarión Abaca	Alfonso Longo (Rosario)
Anatole France en la Literatura Argentina	Angel Amante	Alfonso Longo (Rosario)
El hombre en la emoción popular	Luis Paredes	Alfonso Longo (Rosario)
Ideas y doctrinas de nuestro tiempo	G. Aráoz Alfaro	Alfonso Longo (Rosario)
Infamias de una madre	Maraya Vélez de Sánchez	Alfonso Longo (Rosario)
Dominga Rivadavia	Mauricio Helman	Alfonso Longo (Rosario)
Novísimo correo del amor	Leandro Rabal Infante	Alfonso Longo (Rosario)
El oráculo novísimo	Ladislao Thot	Alfonso Longo (Rosario)
Nuevo y verdadero libro de los enamorados		
El verdadero rey de los cocineros		
El Fakir de la suerte		
El libro de las madres		
Poesías y pastelerías de la cocina europea y americana		
Apuntes de medicina operatoria		
Aritmética universal		
Historia de las antiguas Instituciones de Derecho Penal		
La Argentina al día		

A los Señores Suscritores

Se les comunica que junto con el número 13 de "LA LITERATURA ARGENTINA" recibirán el Índice alfabético del primer año y las tapas en cartulina para encuadernar a la rústica.

Nos encargamos también de proveer tapas de cartón forradas en tela o de ejecutar la encuadernación en pasta a precio muy reducido.

Se ruega además a los señores suscritores, se sirvan renovar la suscripción enviando su importe en giro, estampillas o en cualquier otra forma. A los que no deseen continuar recibirla se les agradecerá se sirvan comunicarlo a la Administración o simplemente devolver los ejemplares por correo con estampilla de un centavo.

La Literatura Argentina

UN AÑO DE VIDA

La LITERATURA ARGENTINA que cierra con este número la primera etapa de su existencia, cree oportuno, dirigir una mirada al camino recorrido durante ese lapso de tiempo.

Sin haber alcanzado todavía un tiraje de 100.000 ha llevado a los más apartados lugares de la República y a las naciones cullas de ambos continentes, el eco de las actividades intelectuales argentinas. Tampoco tiene los 10.000 suscriptores que necesita pero ya los cuenta en todos los países de habla castellana y también en Norte América, Inglaterra, Italia, Francia, Noruega, Rusia, Rumania, etc.

Nunca incurrimos en la ingenuidad de creer que bastaren uno o dos de nuestros primeros números, para llevar al convencimiento de todos cuantos se interesan por las nobles disciplinas de las letras, la eficacia de la labor que nos propusimos y la continuidad con que la misma había de ser realizada; ambas cosas se han ido afirmando en el curso de nuestras ediciones sucesivas, determinando el extenso conocimiento, que hoy se tiene de LA LITERATURA ARGENTINA, y el interés siempre creciente, con que se siguen sus orientaciones, se comentan sus juicios y se solicitan sus ejemplares.

Fieles al título adoptado, LA LITERATURA ARGENTINA ha mantenido su lábaro de exaltación y difusión cultural, expandiendo a los cuatro vientos el conocimiento de la vastísima producción bibliográfica del país y contribuyendo en gran modo a valorizar las obras cuyos méritos reales quedaban antes circunscritos a límites modestos.

Ecuánime e imparcial en sus comentarios, ha creído imprescindible, a fin de llenar a conciencia la labor propuesta, anteponer la información a la censura, y el estímulo a la acritud.

Al exponer nuestro programa, señalamos las líneas generales del mismo en los términos que pueden sintetizarse como sigue:

"La Literatura Argentina" hará obra de cómputo sin perder el tiempo en vanas clasificaciones. Será exponente del libro que acaba de salir para el conocimiento del público, dejando a los críticos la tarea de discutirlo. Dará noticia del libro escrito y la obra por escribir; del autor conocido, del olvidado, del que se asoma y del inédito aún; de las instituciones y cenáculos literarios del editor y del librero.

Realizará el periodismo que hace falta en lo referente a la producción literaria.

Creemos haber cumplido estos postulados en la esfera más amplia que las circunstancias lo han permitido, y al afirmarnos en los mismos, queremos dejar constancia del firme propósito que nos guía, de mejorar nuestra Revista, nutriendo sus páginas con materiales de positiva enjundia, ampliando sus informaciones, y acentuando aún más su carácter esencialmente bibliográfico, sin sectarismos ni prejuicios de ninguna clase.

Confiamos para ello en la cooperación del gran público, y en la colaboración eficaz y entusiasta de la poderosa falange constituida no sólo por los elementos intelectuales de nuestro país sino también de los pueblos hermanos tan estrechamente vinculados al nuestro por comunes ideales de progreso, cultura e independencia.

En el número de Enero último, presentamos un cómputo de las ediciones nacionales de 1928, cuya magnitud llamó justamente la atención de propios y extraños. Muy en breve, y estimulados por voces autorizadas iniciaremos la publicación de una nómina completa de las obras argentinas, de autores nativos y residentes, impresas en el país o en el extranjero, que se refieran a asuntos nacionales. Realizaremos así una labor bibliográfico-estructural que nuestro progreso en este género de actividades reclama insistentemente, y que podrá servir de guía y orientación a los cultores de las mismas.

Esbozado este somero balance, de nuestra labor réstanos significar nuestro reconocimiento a las eminentes personalidades del país y extranjeras que nos han honrado con su colaboración; a la prensa que nos ha alentado con los más favorables comentarios, otorgándonos la distinción de clasificar LA LITERATURA ARGENTINA entre las más prestigiosas publicaciones mundiales, y, al público, que compenetrado de los alcances y trascendencia de nuestra obra, ha prestado a estas páginas la adhesión de su simpatía y de su concurso.

Juan Tumburus



Buenos Aires, mejor dicho la Argentina acaba de perder a sus dos mejores bibliotecarios, Groussac y Tumburus.

Esta afirmación que ha de producir en unos el efecto de una paradoja y ha de dejar a otros descontentos, es sin embargo justa. Se dirá que no hay paralelo posible entre Groussac y Tumburus; es cierto, pero juzgando a ambos en el total de su personalidad y su obra. Nuestra intención dista mucho de eso. Nos separamos deliberadamente de la personalidad de Groussac como escritor y como pensador. Enfocados simplemente como bibliotecarios, la acción de ambos puede parangonarse sin desmedro para ninguno de ellos, pues la diferencia aparente para el mundo exterior, estriba sólo en la mayor importancia del escenario que permite al actor una mejor exhibición de sus cualidades, aunque el trabajo sea idéntico.

Idéntico no es igual; forzosamente la especialización en una sola materia dista mucho de requerir el talento y la amplitud de miras que reclama la de toda especie de producciones del saber humano, pero Tumburus para la Biblioteca de la Facultad de Ciencias Médicas, era lo que Groussac para la Nacional, y éste es el mejor elogio de ambos.

Nadie, salvo aquellos que están atacados de un excesivo amor propio pueden sentirse heridos por la afirmación de que eran los dos bibliotecarios más completos de nuestro país. Mirando «desde afuera» imparcialmente la obra bibliotecográfica de las demás instituciones se puede aun sin ser bibliotecario ni entender de bibliotecografía, más que lo que una mediana preparación exige para el que se dedica a cualquier estudio, juzgar la parte de originalidad existente en cada una, comparándola con la de las bases fundamentales de aquella ciencia.

Pues bien, ni entre los catálogos de las bibliotecas de instituciones oficiales — Museo Mitre, Facultad de Filosofía, Facultad de Derecho, Congreso Nacional — ni en los de entidades privadas — Biblioteca del Municipio, Jockey Club, Bibliotecas de provincias — he hallado nada parecido al método acabadamente científico de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires. Tumburus ha trabajado siempre como verdadero bibliotecario «que sabe» y que no necesita adoptar un método ajeno para clasificar su biblioteca.

El pretender que un sistema, ya sea numérico o filosófico, es decir decimal o racional, es el mejor, importa un absurdo. Ese sistema podría ser el mejor para una determinada biblioteca, o si se tratase de inventariar la producción bibliográfica mundial, pero cada biblioteca necesita, si quiere marchar hacia su perfección y en busca de su utilidad, una clave de clasificación especial.

Para emplear las palabras del mismo Tumburus: «Sin una buena clave, preparada como *opus primum*, de nada

sirven, la riqueza de la colección de libros, ni el lujo de las instalaciones, ni la abundancia del personal; todas estas lindas cosas se conjuran, por el contrario contra el progreso y la buena marcha de una biblioteca... «El grado de importancia de una biblioteca está en razón directa con el de su clave de clasificación...».

El mismo Tumburus dejó establecida su forma de pensar en la materia (Apuntes de bibliotecografía, pág. 149.)

«Es mi opinión, que en un próximo porvenir triunfarán los sistemas especializados, en cuanto tengan carácter de naturalidad.

«La mayor parte de los bibliotecógrafos lamenta la falta de uniformidad en los sistemas, y la atribuye a «intransigencia y presunción profesional, cuando no a «ignorancia bibliotecográfica. Oreo que la soñada uniformidad de los sistemas bibliográficos de clasificación «es irrealizable, como lo es la uniformidad del pensamiento y de la inteligencia humana; y noto que los «que más gritan por esa falta, son precisamente aquellos que aspiran al triunfo de su propio sistema.

«La clasificación es la parte más excelsa de la ciencia de las bibliotecas, es la parte que está más íntimamente relacionada con el pensamiento y con la inteligencia; y, como no es posible uniformar esta última, «se explica el raro fenómeno de que factores permanentemente idénticos, como ser libros y lectores, hayan «dado motivo a sistemas tan distintos.

«En cuanto a la clasificación, soy partidario de la «más amplia libertad de acción, subordinada al perfecto «conocimiento de la biblioteca.

«Todos los sistemas pueden ser buenos, si son bien aplicados y todos pueden volverse malos si no hay criterio «práctico en su aplicación.

Para Tumburus, la biblioteca concentraba toda su afición, todo su entusiasmo; era un bibliotecario «de ley», de los que muestran su amor por los libros sin la aparatosidad de los «administradores de bibliotecas» siempre interesados en el aspecto de los estantes, la riqueza de la instalación o en el lujo de las encuadernaciones.

Amaba los libros «por dentro» y sus estudios sobre bibliotecografía han de persistir entre nosotros como modelo de su género. De él como de Groussac puede decirse que no han de hallar actualmente quien lo reemplace y ambas bibliotecas han de sufrir con seguridad en su organización si no un retroceso al menos una pausa y sabido es que quien no marcha se atrasa.

Hagamos votos para que surjan pronto del montón anónimo, bibliotecarios formados en la escuela del trabajo honrado y dignificador, libres de preocupaciones, de restacuerismo a los «sistemas» que no teman emprender la organización de bibliotecas argentinas con clasificaciones hechas para la Argentina. Esto tal vez no se consiga con lecciones teóricas dadas por quienes nunca han dirigido una biblioteca, pero no han de faltar los que amando la teoría y la práctica, sigan los senderos que señalaron Paul Groussac y Juan Tumburus.

Magníficas becas para los estudiosos

Un millón de dólares, donados por el ex senador norteamericano E. Simón Guggenheim y su esposa, crearán becas especiales para proseguir trabajos de investigación y para estudios profesionales para los ciudadanos de Estados Unidos, Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, México, Perú y Uruguay, habiéndose fijado que la primera designación de pensionados se hará en México, en Enero próximo, y, poco después, en Sud América.

Es depositaria de tan importante suma los síndicos de la Golm Simón Guggenheim Memorial Foundation, la que estará a cargo del intercambio latino-americano de becas, que serán de una asignación de 2.500 dólares al año, aparte de los gastos de viajes y a las que podrán acogerse, por regla general, personas graduadas de 25 a 40 años.

No habrá distinción de sexos, razas, ni credos.

Convencido de que Cuba sería un buen mercado del libro argentino porque sabe que lo buscan sus compatriotas, el ministro de aquel país, doctor Néstor Carbonell, propone medidas concretas de intercambio cultural.

—Conmigo no deben gastar ceremonias,—nos dice el ministro de Cuba en la Argentina, doctor Néstor Carbonell.

De estatura más bien baja, de rostro simpático, de mirada vivaz y de palabra fácil, induce a hacerse obedecer con agrado.

El doctor Carbonell no es sólo el representante oficial de su patria. Lo es también de la inteligencia. Hijo de un prócer de la emancipación de Cuba y hombre de letras, cuyo nombre lleva, heredó las sobresalientes dotes de su padre. En 1919, aparece su primer libro «Procesos», y, desde entonces, no interrumpe su tarea de escritor hasta 1928, en que publica «Prosa oratoria», después de haber dado a luz seis volúmenes. La gente nueva de 1905, se formó a su lado en la revista cubana *Letras*, que fundó y dirigió durante catorce años. Enviado a la Argentina por su gobierno para desempeñar el elevado cargo que ejerce, luego de haber representado a Cuba en diversas conferencias internacionales, realiza entre nosotros, en el poco tiempo que lleva aquí, una proficua labor cultural, que afirmará en breve con un libro que será impreso en Buenos Aires y que llevará el título de «Martí y la Argentina».

Pocos libros argentinos llegan a Cuba

Repasamos rápidamente esta espléndida «foja de servicios» en favor de la literatura y preguntamos:

—¿Llega el libro argentino a Cuba?

El ministro golpea sobre el escritorio con un cortapapel.

—En muy escaso número.

Y luego, lamentándose, agrega:

—¡Forzoso es confesarlo! Esto se debe seguramente a que sus editores, como los autores mismos, no tienen mayor interés en hacerlo llegar. Es de sentirlo, pues la Argentina posee su literatura y en Cuba, «trabajándola», como dicen los libreros de allá, se haría de mercado.

En mi país habría interés. Se han leído bastante las obras de dos grandes argentinos muertos: Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros. Y se han leído y se leen las de dos grandes argentinos vivos: Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones. También se han leído y se leen, aunque no tanto como la de los mencionados, las obras de los clásicos Mármol, Alberdi, Sarmiento, Andrade, Mitre... Últimamente se busca en la Habana el libro argentino. A Rojas, el meritísimo intelectual, se le estudia con entusiasmo. Precisamente hace unos días recibí carta de un hermano mío, escritor, pidiéndome las obras del ilustre Rector de la Universidad de Buenos Aires, a fin de dar cima a un trabajo sobre el mismo.

—Y de los nuevos ¿tienen alguna idea?

El doctor Carbonell nos mira reconcentrado.

—¿De los nuevos escritores argentinos, dicen? De éstos, algunos de ellos muy valiosos, saben los cubanos más que por libros, por periódicos y revistas. Libros, como ya les dije, llegan pocos.

Hay en mi patria quienes saben de la literatura argentina. Pero son más, de seguro, los que no saben nada o no saben lo suficiente. Vivimos muy lejos, desconociéndonos casi en lo absoluto, atiborrados, eso sí, de traducciones del francés y de español de España.

Un buen mercado y una idea del embajador de España no comprendida

—¿Haciendo propaganda, en su país, tendría clientela el libro argentino?

El ministro mueve afirmativamente la cabeza.

—Cuba sería un buen mercado del libro argentino—contesta—. Entre el cubano y el argentino hay afinidades. Por otra parte, los autores argentinos,—hablo de los de positivo valor,—se hacen leer con deleite.

—¿Encuentra lógico lo que nos dijo el embajador de España, don Ramiro de Maeztu «de que debía llegarse al mercado único del libro de habla castellana, que, por el asombroso avance de las vías de comunicación, podría ser manejado desde distintas capitales?»

Se abstrae un momento el diplomático, con un enérgico fruncimiento de frente que denota el laborioso trabajo mental. Golpeando luego con el cortapapel, responde:

—No acierto a comprender bien esa idea de que ha hablado mi admirado amigo, el ilustre embajador de España señor Ramiro de Maeztu. De ahí que no conteste a esa pregunta.

Deber de los gobiernos

—¿Ha visto muchos libros cubanos en nuestro país?

—Los libros que se editan en la Habana no vienen a las librerías de la Argentina. Los que se ven son los pocos que mandan sus autores, dedicados a personalidades y bibliotecas. Yo he recorrido las librerías de esta capital y en ninguna he encontrado libros de cubanos, con excepción de los de Martí, publicados en España por el poeta y escritor argentino Alberto Ghirardo y, recientemente, algunas de las obras antiguas editadas por la Sociedad Cultural bajo la dirección de Fernando Ortiz, presidente de la Academia de la Historia y reputado polígrafo, conocido tanto en Cuba como en el extranjero.

—¿Cómo se lograría un fecundo intercambio?

—A mí se me ocurre,—manifiesta el ministro apenas dejamos formulada la interrogación,—como medio eficaz para el intercambio de libros entre nuestros pueblos, de una misma alma y un mismo idioma, que los gobiernos tomaran carta en el asunto. ¿Cómo? ¡He aquí el problema! Yo creo que una librería, en cada uno de nuestros



Dr. Néstor Carbonell

países, podía hacerse cargo de la venta de los libros americanos, bajo la mirada o inspección de los respectivos gobiernos. Sólo así, pienso que los autores argentinos, colombianos, chilenos o cubanos, se atreverían a enviar sus obras a países donde se les desconoce totalmente.

—En la actualidad ¿a quiénes envían ustedes sus libros?

—Cuba no surte de libros a país alguno. Fuera de los envíos gratuitos, no circulan más que en el territorio nacional, aparte, desde luego, alguno que otro ejemplar mandado a buscar directamente por «el lector desconocido» o por alguna biblioteca de México o de los Estados Unidos de América.

—¿Qué circulación le calcula al libro de su país?

El doctor Carbonell gira resueltamente en su silla, enfrentándonos a modo de quien pide explicaciones. Mas transa y termina por darnoslas a nosotros:

—Un libro en Cuba, con buen éxito, puede alcanzar una circulación de cinco a seis mil ejemplares. Pero esta difusión es muy rara. Lo corriente es de mil, dos mil.

Se nos ocurre, al punto, sin premeditación, que la cultura norteamericana debe surtir considerable influencia en Cuba.

—Mi país,—contesta el ministro,— compra libros, en notable cantidad, a España. En menor, a Francia y a la propia Argentina.

No hay editores en la isla

—¿Por qué no nos habla algo de los editores de allá?

Aprisionando entre dos dedos la barbilla, nos impone al respecto:

—Editores propiamente dichos, que se hagan cargo de la publicación de una obra, mediante contrato con el autor, o después de haberle pagado el precio estipulado por la misma, no existen en Cuba sino ocasionalmente. Casi todos los autores nuestros son a la vez los editores de sus libros. Imprentas, hay muchas y buenas: López Rodríguez, Ramy Bouza, Seoane y Fernández, Molina, Miranda, Rodríguez García y otros. Librerías también hay en crecido número e importantes: «La Moderna Poesía», «Cervantes», «Minerva», «Librería Nueva», «La Burgalesa», «Wilson».

Técnica profesional

—¿Ha notado diferencia entre los escritores de uno y otro país?

Algo pensativo, replica nuestro interlocutor:

—No creo que exista diferencia en la ideología, estética, procedimiento, asunto y técnica profesional. El espíritu que anima a unos y otros es el mismo. La fuente inspiradora: la historia, los héroes, el amor, la mujer, la naturaleza. El estilo, allá como aquí, unas veces cargado de hojas, otras cargado de esencia.

La imprenta en Cuba

Somos despiadados con el diplomático amigo, quien se revuelve en su asiento y no tiene más remedio que de escucharnos o de despedirnos.

—Todavía no se ha podido fijar, de manera definitiva,—dice armándose de paciencia,— la fecha de la introducción de la imprenta en Cuba. No obstante, todo hace pensar que lo fué en 1720, a la llegada a la Habana de un impresor nombrado Carlos Habré, natural de Francia o de Bélgica,—según el historiador de mi tierra Antonio Bachiller y Morales. Por ahí se imprimió el primer folleto de que se tiene noticia, contenido

de «Una carta de esclavitud a la Virgen Santísima del Rosario».

Quince años más tarde se estableció en la Habana un segundo impresor, el que, conforme al erudito chileno Toribio Medina, se estrenó con la impresión de una tesis universitaria.

Periódicos del país

Fijamos la atención en los periódicos.

—El primero que se publicó en Cuba—declara el ministro—, fué obra del esfuerzo patriótico de algunos de sus hijos y se llamó la «Gaceta», la que comenzó a salir en 1782. Ocho años después, o sea en 1790, empezó a publicar, bisemanalmente, el «Papel Periódico de la Habana», que luego se llamó *El Aviso* y, por último, «Diario de la Habana». Fué redactor de este periódico, el entonces Capitán General de la Isla, el insigne gobernante Luis de las Casas, de grata recordación para los cubanos. También fueron redactores los criollos Tomás Romay y Francisco Arango, indudablemente precursores del progreso cultural de Cuba.

El periódico se transformó en vocero de aspiraciones liberales, de las aspiraciones del pueblo, de 1847 en adelante, desde «Faro Industrial», «El Siglo», «El País». Es por medio de ellos que, en distintas épocas, pidieron los cubanos reformas sociales, políticas y administrativas. En «El Siglo», fundado por el conde de Pozos Dulces, eminente cubano, cuyo nombre es reverenciado, se publicó en 1865, si mal no recuerdo, un artículo titulado *Laboremus*, el que dió lugar a que desde entonces los españoles y cubanos *austriacantes* llamaran a los cubanos que abogaban por las reformas, y por el separatismo más tarde, *laborantes*, años después convertido en *Filibusteros laborantes*.

Durante la colonia se distinguieron en el periodismo los cubanos conde de Pozos Dulces ya nombrado, José Quintín Suzarte, Ricardo del Monte, Francisco A. Conte, Antonio Govin, Rafael Montero,—el que todavía, coronando la cima de los ochenta años, escribe periódicamente en un diario de la Habana, «El País-Excelsior»,— Adolfo Marques Sterling, Juan Gualberto Gómez y muchos más.

Durante la era republicana y hasta nuestros días han brillado y brillan en el periodismo, Manuel Márquez Sterling, Wilfredo Fernández, Gastón Mora, Ramiro Guerra, Arturo Carriarte, Lorenzo Frau Marzal, Ramón Vasconcelos, José I. Rivero, Sergio Carbó, Eduardo Abril Amores, Arturo Alfonso Roselló, Navarro Riera, Miguel de Marcos...

El primer libro

La inagotable erudición del ministro, resiste cuanto su ánimo tolera la recia prueba a que sometemos su memoria.

—El primer libro publicado en la Habana,—responde a una de las tantas preguntas—, fué un compendio de memorias para la historia de la Isla Fernandina de Cuba y principalmente de su capital la Habana, de que era autor el doctor Ignacio Urrutia Montoya, abogado de los Reales Consejos y Audiencias de México y Santo Domingo. En 1805, el poeta cubano Manuel de Zaqueira y Arango publicó un poema con el título «El Triunfo de la Lira». El origen del libro cubano está, pues, en la historia y en la poesía.

Pero la literatura no comenzó a florecer hasta fines del siglo XVIII, aunque hasta 1836, fué para poetas y escritores un mero juego de la mente. No cantaban las bellezas de la naturaleza.

za: la describían pobremente. No cantaban a la mujer, sonrisa del mundo: la satirizaban. Los primeros ensayos literarios del cubano fueron, tanto en prosa como en verso, huecas descripciones, burdos epigramas y alguna que otra pena casera o doméstica puesta en rima.

Fué al conocerse en la isla la invasión del territorio español por las huestes de Napoleón, que los poetas Manuel Zequeira y Arango, Manuel Justo Rubalcaba y Manuel María Pérez,—los tres Manueles, cubanos y militares españoles,—hicieron vibrar sus liras cantando las alternativas de la guerra a que diera lugar aquel suceso.

El primero de los poetas y los siguientes

Alrededor del año 1825, antes y después del descubrimiento de la conspiración llamada de los Soles de Bolívar, apareció el que había de ser el primero de los poetas cubanos, José María de Heredia, cantor del Niágara y padre de la poesía civil en Cuba, e indudablemente, uno de los forjadores de las revoluciones de mi país por la libertad, a través de todos los tiempos.

Desde 1836 en adelante, la literatura marchaba del brazo de la política. Ni poeta ni escritor hubo en esos tiempos que no sintiera, y dejara conocer de alguna manera, su disconformidad con la manera que venía gobernándose la isla. Díganlo si nó el propio Heredia, José de la Luz y Caballero, Milanés, Plácido, José Antonio Saco, Domingo del Monte, Félix Varela, Iturrondo, Policarpo Valdés, Jesús Benigno Gálvez, Tanco, Zambrana, Angulo, y, más tarde, Enrique Piñero, Foxá, Antonio Zambrana, López de Briña, Teurbe Tolón, Santacilia, José Silverio Jorrín, Zenea, Fornaris, Luaces, Mendive...

Durante el período comprendido entre el principio y fin de la guerra primera por nuestra libertad e independencia,—guerra comenzada el 10 de octubre de 1868 y terminada en febrero de 1878,—se dieron a conocer nuevos poetas y escritores. Entre ellos José Joaquín Palma, Miguel Jerónimo Gutiérrez, Luis Victoriano Betancourt, Ramón Roa, Antonio Hurtado del Valle, en los propios campos de la lucha.

En la emigración, Diego Vicente Tejera, Francisco y Antonio Sellén, Isaac Carrillo, José Martí, este último posteriormente la figura central de la patria, su apóstol y libertador.

Florecimiento literario

Ahora bien, es seguro que fué después del Pacto del Zanjón, es decir, a principios del año 1879, cuando tuvo lugar un verdadero florecimiento literario. Comenzó a publicarse «La Revista de Cuba» bajo la dirección de José Antonio Cortina,—uno de los más elocuentes tribunos de habla española,—a cuya sombra surgieron Julián J. Gas-sié, José Manuel Pascual, Ricardo del Monte, Enrique José Varona,—nuestra vieja encina cargada de años y de gloria,—Esteban Borrero Hechevarría, Florencio Suzarte, Casimiro del Monte, Emilio Blanchet, Aurelia Castillo de González y muchos más. De 1880 a 1895, año éste en que dió principio la guerra de redención ordenada por Martí, aparecieron en el palenque literario Julián del Casal,—uno de los delanteros del modernismo, escuela de la que fué luego jefe máximo el incomparable Rubén Darío,—Nieves Xenes, Aniceto Valdivia, Manuel Serafín Pichardo, Enrique Hernández Miyares. Me excuso de mencionarlos a todos, porque haría una lista demasiado larga.

Constituida la República de Cuba, después del

paréntesis de la ocupación americana, la legión de los poetas y escritores se hizo enorme. La libertad despertó almas dormidas, cerebros que yacían en la sombra. Al amparo de la nueva democracia se distinguieron, entre otros, Dulce María Borrero, Francisco Díaz Silveira, José María Collantes, José Manuel Carbonell, Fernando de Zayas, Mario Muñoz Bustamante, Luis Rodríguez Embil, Diwaldo Salón, Jesús Castellanos, y tantos más que luego en la revista *Letras*,—de la que fué fundador junto con Carlos Enrique Garrido,—se vieron surgir: Agustín Acosta,—para mí el primer poeta de Cuba republicana,—Francisco J. Pichardo, Regino Boti, Pichardo, Moya, José Manuel Poveda,—genial mentalidad desaparecida en pleno espigar de gloria,—Sánchez Galárraga, Francisco Cañellas, Mario Luque, Angel Gabriel Otero, Lorenzo Frau Marsal, Mariano Albaladejo, Emilio Bernal, Graciela Galvalosa, Federico Ibarzábal, Juan Martín Leiseca, Mariblanca Sábás Alomá...

Vistazo crítico

El ministro se queda callado, con los ojos clavados en el escritorio. Su mano juega nerviosamente con el cortapapel. ¿Por qué no servirse del momento para llevarlo a un juicio crítico? Francamente, hemos dado en la tecla.

—Podría sintetizarse de esta manera el proceso literario de Cuba—contesta el plenipotenciario interlocutor: desde sus orígenes hasta 1830, vulgaridad y falta de inspiración, pobreza en calidad y en cantidad. De 1830 a 1855, brillantes brotes poéticos y filosóficos. De 1855 a 1878, bruscas transiciones, romanticismo inflamatorio, efectismo lírico, despertar del sentimiento patriótico. De 1878 a 1879, hondas vibraciones de sentimiento patrio, ideales políticos, constante recordación de las luchas por la libertad. De 1899 hasta nuestros días, nacionalismo, espiritualismo, «vanguardismo»...

La «nueva sensibilidad» que ustedes dicen, estaría representada por Juan Marinello Vidaurreta, escritor y poeta; Jorge Mañach, escritor y crítico de arte; José Z. Tallet, Carlos Montenegro, Enrique Serpa, Mariano Brull, Andrés Muñoz Solano, Rubén Martínez Villena, Arturo Alfonso Roselló, todos estos escritores y poetas.

La novela

—¿Novelistas, por supuesto, tendrán también buenos?

—La novela en Cuba ha tenido notables cultivadores—manifiesta el ministro con una sonrisa de ironía por la «lata» que le damos. El primero, en orden al mérito, lo fué Cirilo Villaverde. Su novela titulada «Cecilia Valdés», es una notable pintura de nuestra sociedad durante la época de la esclavitud. Los tipos, las costumbres, aparecen en sus páginas evocadas de mano maestra. Esta obra es de franco sabor naturalista, cosa notable de veras, si se tiene en cuenta que en el tiempo en que se escribió, allá sobre el año 60, todavía en Europa no habían surgido los novelistas de esta tendencia.

Por esa misma época y con anterioridad a ella, escribieron también novelas Gertrudis Gómez de Avellaneda, la inmortal poetisa; Anselmo Suárez, José A. Echevarría, Ramón de Palma, José R. Betancourt, José de Armas, Esteban Pichardo y Nicolás Heredia. De este último es «Leonela», notable por el vigor y vivacidad de los cuadros y la seguridad de los caracteres.

Los novelistas de la República, o sease de veintisiete años acá, han sido Aurelio Miranda, Gui-

lloermo Montegrin, Ramón Ruilópez, Arturo Carricarte, Adrián del Valle, Ofelia Rodríguez Acosta, Consuelo Montero, Manuel Villaverde, Jesús J. López, Emilio Bacardi, Graciela Galbalosa, Luis Felipe Rodríguez, José Antonio Ramos, Jesús Castellanos, Raimundo Cabrera, Carlos Loveira y Miguel de Carrión. Los seis últimos nombrados son, a mi entender, los que más alto han llegado en la tarea de novelar. De ellos, ya sólo tres viven. Cabrera, Castellanos y Loveira, ya no son huéspedes de este mundo. El primero cultivó con buen éxito la novela de carácter histórico en «Sombras que pasan», «Ideales» y «Sombras Eternas». Jesús Castellanos se dedicó al nacionalismo en «La Conjura» y «La Manigua Sentimental». Carlos Loveira, —apenas hará cuatro meses desaparecido para siempre—, hizo sociología y psicología en «Los Inmortales», «Generales y Doctores», «Los Ciegos» y «La Última Ilusión».

De los novelistas vivos, José Antonio Ramos, joven todavía, ha publicado varios libros, entre ellos «Goaybay», de ambiente marcadamente cubano. Luis Felipe Rodríguez, entre otros, «La Conjura de la Ciénega», de ambiente también cubano. Y el último, Miguel de Carrión, el más destacado en el género, es autor de «El Milagro», «Las Honradas» y «Las Impuras», en las cuales demuestra un gran dominio psicológico, gran cerebro de filósofo y un gran corazón de poeta.

Críticos

¿Y qué más quieren saber ahora?—dice provocándonos con un gesto insinuante el doctor Carbonell.

Los papeles se han trocado. Es ahora el ministro quien nos desafía. Y puesto que lo quiere, que cargue con las consecuencias.

—¿La acción de la crítica qué tal ha sido?—preguntamos aceptando el reto. A lo que el diplomático contesta, removiendo cosas en su mesa de trabajo:

—La crítica se ha ejercitado mucho en la isla, desde los tiempos de la colonia. Labor crítica hicieron Domingo del Monte, Manuel Sanguily, Enrique José Varona, Manuel de la Cruz, Aniceto Valdivia, para citar unos pocos.

En la actualidad lo hacen Alberto Lamar Scheweyer, Jorge Mañach, Félix Calleja, Alejo Carpentier, Miguel Ángel Carbonell, Gaspar Rodríguez.

¿La eficacia de la crítica? No creo en ella, mientras se estime que ser crítico es aplaudir con sordina y elogiar con cuentagotas.

Protección oficial

—¿Cuentan los intelectuales con el favor del estado?

—Todos los gobiernos desde la instauración de la República, han colaborado eficazmente en favor de la cultura. De una manera o de otra, han estimulado la literatura; y los escritores, casi todos, han hallado medios de vida dentro del gobierno, el cual también, por órgano de la Secretaría de Instrucción Pública, compra libros a los autores para repartirlos en las escuelas.

Bibliotecas principales

—¿Y los centros de lectura?

—Son varias las bibliotecas públicas que hay en la Habana. La primera de todas, es la Biblioteca Nacional, hoy bajo la dirección del doctor Francis-

co de Paula Coronado, uno de los hombres más competentes en materia de libros. Las otras son, la de la Sociedad Amigos del País, Colegio de Abogados, Municipal, Cámara de Representantes, Senado, Academia Nacional de Arte y Letras y de la Historia de Cuba.

Su funcionamiento es bueno, de conformidad con los modernos procedimientos en la materia. Constituyen, sin disputa, una poderosa fuerza en pro de la ilustración del pueblo.

Corporaciones científicas y literarias

El ministro se levanta. Hurga detrás de un biombo. Y regresa con un montón de libros de su país que somete a nuestra consideración. Sorprendemos en su mirada un resplandor de legítimo orgullo.

—De los organismos literarios y científicos ¡no nos ha hablado nada, doctor!—protestamos.

Sintiéndose culpable, el buen diplomático se enmienda:

—Es verdad... En la nación a que pertenezco hay plétora de sociedades o corporaciones científicas y literarias. La más antigua de ellas es la Sociedad Económica de Amigos del País, cuya existencia cuenta ya cerca de ciento cuarenta años. Mantiene escuelas, biblioteca pública, organiza ciclos de conferencias, concursos literarios y de carácter histórico. Tiene asimismo una revista; la Academia de Artes y Letras y la de la Historia de Cuba, entidades oficiales creadas en 1910, poseyendo bibliotecas, revistas y hacen concursos, conferencias y publican también obras notables de autores ya desaparecidos, las que constituyen preciosos documentos para la historia de la patria; la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana, creada en 1853, de una labor intensa y fructífera tanto en el orden de la medicina como en el de las ciencias naturales; la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, fundada en 1915, la cual labora afanosamente en el estudio de los asuntos que le dan nombre, principalmente de aquellos relacionados con Cuba; Sociedad de Folklore, Asociación de Pintores y Escultores, Sociedad Cubana de Ingenieros, Colegio de Arquitectos, Sociedad Felipe Poey, Academia Católica de Ciencias Sociales, Club Universitario, Ateneo de la Habana, Club Cubano de Bellas Artes, Sociedad Geográfica de Cuba, Club Atenas, Sociedad Pro Arte Musical, Círculo Médico, Sociedad de Estudios Clínicos y muchas más. Todas estas instituciones llevan a cabo actos culturales, ya conferencias, ya conciertos, ya recitales.

La Habana no monopoliza la cultura del país

—¿Sólo la Habana, en su carácter de capital de la república, hace la cultura de la isla?

El ministro nos da un «no» rotundo y agrega:

—Santiago de Cuba, capital de la provincia de su nombre, así como en Matanzas, Camagüey, Pinar del Río, Santa Clara, Cienfuegos, Cárdenas, Manzanillo, Bayamo, Güines, son, también, centros de actividad intelectual, con periódicos, revistas y sociedades o peñas.

Mentalidades más completas del mundo, de la Argentina y de Cuba

También nosotros estamos de pie, ahora. Ojeamos páginas sucintas de algunas de las obras que



nos exhibe el ministro y de repente formulamos, en voz alta, el siguiente pensamiento:

—¿Y cuáles serán hoy las mentalidades más altas del mundo?

Mirándonos con una curiosidad escrutadora, expresa el doctor Carbonell:

—Las figuras literarias más completas del mundo, en la actualidad son, en mi sentir, Romain Rolland y el conde Keyserling.

—¿Y de la Argentina?

—Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones.

—¿De su país?

—Enrique José Varona y Agustín Acosta.

Seguimos observando los libros, y, por cuerda separada, estudiando la forma de despedirnos sintéticamente de una persona a quien hemos molestado de una manera descomunal.

—Vea ministro,—le decimos dando claras muestras de que nos vamos de veras—, usted debía

hacer con visitas tan cargosas lo que un amigo nuestro, que es también diplomático. Cuando lo entretiene una persona más tiempo del que por anticipado calculó con su canciller, éste se aproxima correctamente a su superior y avisa protocolarmente sacando su reloj: «Señor, se le va pasando la hora de la comida en la Legación o Embajada Tal». No encontrándose el canciller, suele irrumpir en el despacho, como no conociendo que el padre está con gente, una chiquita que le observa con graciosa afectación de sorpresa por el extraño: «Dice mamá, que has prometido asistir a tal hora a la representación de Japón o China. Y se hace tarde». El diplomático pide disculpas por esas intrusiones, pero las visitas comprenden y se van.

Levantando el tono, a tiempo que cerramos la puerta del zaguán, añadimos:

—¡Ensaye el método, señor ministro!

Eduardo Uribe replica a Horacio Rega Molina

Señor Director de LA LITERATURA ARGENTINA:

En el número 11 de LA LITERATURA ARGENTINA, en una entrevista hecha por uno de sus redactores al Sr. Horacio Rega Molina, leo lo siguiente: «A Lugones sólo lo conocen en América y eso al de la primera época, melencólico y anarquista. De las repúblicas como Colombia, vienen los mejores artículos sobre el Director de la Biblioteca del Consejo Nacional de Maestros, etc.». He subrayado exprofeso el término repúblicas, porque es a él al que debo referirme.

Estoy convencido de que al endilgar a mi país un terminal tan despectivo, el Sr. Rega Molina no ha hecho otra cosa que lanzar un exabrupto por despecho. Fundamentaré por qué. Quien lea detenidamente los versos del Sr. Rega Molina, fosilizados en cinco volúmenes, y tenga la paciencia de ir cotejándolos con los de D. Leopoldo Lugones, comprobará fácilmente que el autor de «Domingos dibujados desde una ventana» calca las más de las veces y hasta transcribe versos inabundantemente alterados del autor de «Los crepúsculos del jardín». Así, pues, comprendo que deba causarle indignación al Sr. Rega Molina que en América se estudie la obra de su maestro, pasándose por alto la suya. Y la manera más fácil de reprobar públicamente esta actitud desinteresada de los críticos, cree el Sr. Rega Molina sea insultando, vejando, al país en donde tales estudios se verifican. Si el Sr. Rega Molina no fuera un discípulo de la obra del Sr. Lugones, a fe mía que no vería con malos ojos que se estudie a su maestro. Más aún. Como buen argentino, sentiría el orgullo de que sus compatriotas se estudien hasta en los ínfimos rincones de América. Pero como el que se estudie al Sr. Lugones redunde en inmediato descrédito del ambiguo valer literario del Sr. Rega Molina, siente la indignación y por ende la natural envidia de que al maestro se le estudie y se pase por alto al discípulo. Cuando debió haber sido a la inversa: que se estudiara al discípulo por el mero y ocasional hecho de ser joven, como una promesa literaria, y se pasara por alto al maestro por ser un valor literario indiscutible. Desde este punto de vista, el criterio del Sr. Rega Molina no merecería siquiera tomarse en cuenta. Es la represalia inconsciente del que pretende hacer converger sobre su persona y obra, la atención del público, a base de denuos. «Ideas» de este calibre sólo pueden germinar en mozuelos abotargados y ávidos de popularidad. En síntesis: un crítico colombiano estudia la obra del Sr. Lugones y un pseudopoeta argentino la imita desenfadamente.

Pero no es el bagaje literario del Sr. Rega Molina lo que yo pretendo poner en discusión, por ahora. Oportunidades han de sobrar para demostrar la veracidad de lo que dejo dicho. Por ahora lo único que me interesa es referirme a la ligereza de lenguaje del Sr. Rega Molina respecto a mi país, Colombia.

El sólo hecho de que al Sr. Lugones se le estudie, con la atención y detenimiento que su obra fundamental requiere, constata que en los círculos intelectuales colombianos existe la inquietud y el afán por conocer y divulgar la obra de los intelectos más representativos de la actualidad argentina. Puedo afirmar, también, que no sólo al Sr. Lugones se le estudia sino a todos aquellos escritores que librándose de las garras de la mediocridad, se hacen acreedores al estudio de

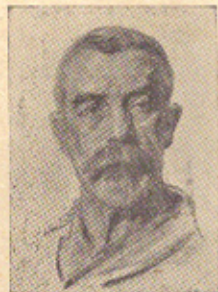
las juventudes. Todo escritor representativo tanto de la Argentina como del resto del mundo es estudiado en Colombia tanto como puede serlo en su país de origen. En cambio los colombianos no podríamos afirmar lo mismo respecto a nuestros escritores. Vivimos, por no decir casi ignorados, al menos en un lamentable desconocimiento. Aunque en el pasado no fué así. Baste recordar que generaciones innumerables, en América y en el viejo mundo, han nutrido su espíritu y sentimientos en las páginas, hoy un tanto envejecidas, de la «María» de Jorge Isaacs, novela netamente colombiana. Y con José Asunción Silva, aportó Colombia una de las más sólidas columnas a la hoy tan desprestigiada arquitectura modernista. Pero estos son nombres que han pasado ya a la inmortalidad, contribuyendo al engrandecimiento de las letras americanas. Y no dudo, también, que el Sr. Rega Molina tenga alguna vaga noticia de ellos. Pero de lo que sí puede estar seguro es de que dicho señor ignora el actual movimiento intelectual colombiano. ¿Tiene indicios, siquiera, el Sr. Rega Molina que Colombia ha producido en los últimos diez años un novelista de la envergadura de José Eustasio Rivera, y que su novela «La vorágine», sin alardes patrioteriles de mi parte, se considera como la más formidable realización novelística de América? Sólo sé de un escritor argentino que se ha tomado la molestia de ocuparse de Rivera y no con el detenimiento que su obra merece. He mencionado a D. Horacio Quiroga. Una literatura que produce un José Eustasio Rivera, bien merece, aunque sea por exotismo, ser estudiada. Y no es el caso de que sólo contemos con el nombre de Rivera para ser tomados en cuenta en América y en especial en la Argentina, donde existe una universal preocupación espiritual. El ensayo y la crítica están representados por nosotros en la gran figura del maestro de maestros Sanín Cano, tan conocido del público porteño por sus colaboraciones en «La Nación», y por haber vivido algunos años en Buenos Aires. Y para proseguir mencionando nombres, si esto sirviera de algo, bastaría con los de Luis López de Meza, Guillermo Valencia, Armando Solano, Luis Carlos López, Cornelio Hispano, Ricardo Arenales, los Nieto Caballero y cien otros más, de reputación literaria indiscutible. Y del formidable grupo de los «Nuevos», muchachos que como Jorge Zalamea, Germán Arciniegas, Rafael Maya, Luis Vidales, etc., van dejando de ser una pujante promesa para constituirse en una serena realidad.

Así, pues, Colombia no es la mera república del susodicho Rega Molina. No creo tampoco, ni pretendo, claro está, afirmar aquí que mi país esté, en cuanto a valores intelectuales se refiere, por encima de la Argentina, y por la misma razón no comparto con lo que ha dicho la revista «Universidad», de Bogotá respecto a que la Argentina sea una provincia americana. Bien está que rechacemos la prioridad porteña de constituirse en meridiano intelectual americano, con el mismo irrefutable derecho que los porteños lo hicieron respecto a lo del meridiano madrileño. Toda subordinación es humillante; así, pues, como protesta está bien la actitud de la revista colombiana. Pero sobre todas estas pequeñeces, yo creo que tanto la Argentina como Colombia tienen sus valores intelectuales de primer orden y que ambas partes se merecen respeto, y están en la obligación de conocerse recíprocamente.

Eduardo Uribe

Joaquín V. González, como místico

En la "Tradición Nacional, de sus mocedades", se nota una vislumbre panteísta. En "Bronce y Lienzo" nos habla de la "canción de triunfos de la inteligencia de las cosas, difusa y activa en el alma de todo átomo"



Joaquín V. González

Enterados de que el Instituto Cultural Joaquín V. González va a imprimir el estudio que en la sesión primera del mismo, celebrada el 11 del pasado mayo, leyó su autor Carlos B. Quiroga, nos apersonamos a éste en procura de algunos datos referentes a la manera cómo había concebido el desarrollo de la figura estudiada.

—Para nosotros — le dijimos — el rasgo esencial de González fué el de un gran amor a la patria.

—En efecto, un gran amor a la patria que se amplía hasta amar a la humanidad; pero otra característica le hace más singular en nuestros días: su misticismo.

—¿Puede usted escribir para LA LITERATURA ARGENTINA algunas ideas al respecto?

—Haré algo más que eso: dar varios fragmentos de la semblanza del ilustre hombre argentino: helos aquí:

Poco a poco hemos profundizado, hemos subido como por un monte, en los flancos del alma de González, porque en este caso profundizar es subir, es sondear un abismo luminoso desarrollado hacia lo alto. Pero no hemos puesto aún la palabra trepadora en la mayor altura. Hemos tratado de verlo en sus diversas fases en cuanto se puede coleccionar la estructura y las modalidades substanciales de su espíritu; y lo hemos contemplado en un conjunto afectuoso, henchido de sereno ardimiento, desbordante de noble y elevada emoción, candoroso como un niño y tesonero como un repúblico romano. Con todo, su contextura íntima de montaña nos reserva aún las supremas visiones. Como cuando recorremos un monte nos deleitan un arroyuelo, una fronda, una pradera, una hondonada donde ríe la vida y donde desciende con su sonrisa azul el firmamento; o nos admiran una ladera áspera de roquedales, una perspectiva generosa, un horizonte trazado en el horizonte de las distancias con línea amplia y tranquila; o nos sobrecoge un abismo; o nos espiritualiza potentemente un vuelo de cóndor; y, a pesar de todo eso, aún no hemos gozado de la inmersión luminosa de la cima como un cabo vertical en el piélago de lo infinito: así es el alma de González, porque con todo lo avanzado, no hemos salido aún de las altas y luminosas laderas, no hemos descendido a sus abismos donde empluman los pichones del misterio como polluelos de cóndor, ni hemos subido a la suprema cúspide en la cual su mente soñadora roza la veste azul de la eternidad.

En el sentido de su relación con el enorme misterio poco a poco se aclara, poco a poco se precisa, en lo posible, en esa materia inefable, su conciencia. En la "Tradición" de sus mocedades, no obstante su intelectual y temperamental repugnancia a la aceptación del divino ser antropomorfo, se nota ya en González una vislumbre panteísta nacida, por supuesto, en la conjunción de su alma con la naturaleza, y muy especialmente con la montaña, tanto que, en los últimos tiempos de su vida, considerase él mismo algo así como un «medium» del espíritu del monte, al afirmar que la montaña habló por él. (Prólogo de las traducciones al Kabir).

En los postreros años de su vida, él encuentra razón a los que le llamaron panteísta, y cree escuchar, con la sublime simplicidad de los poetas, en el canto de los pájaros «la confidencia de la tierra donde duermen mis padres». (Cien poemas de Kabir, pág. 13).

Su panteísmo inicial, algo confuso y vaporoso, se va aclarando, concretando, modificando, hasta que cuaja en un declarado pansiquismo, cuando en «Bronce y Lienzo» nos habla de «la canción del triunfo de la inteligencia de las cosas, inmanente, difusa y activa en el alma de todo átomo», (pág. 166).

No es posible dejar de advertir que en las postrimerías de la vida de González el misticismo se eleva en el paisaje de su alma como la luna sobre el silencio de una montaña nevosa. Y estaría muy equivocado quien creyera que ese misticismo es una flor leve, un engendro de los días de despedida del mundo, un amparo de su alma en el tanteo del universo incomprensible, una esperanza de persistencia de un yo derrumbado y precario. Porque en la época en que es más fuerte el hombre, en la plenitud de los cuarenta años, González ya expresa, como una probabilidad, la existencia de un Dios no antropomorfo, cuando dice: «Si el hombre es un átomo invisible en el vasto conjunto del universo, si es apenas una unidad separada de la gran alma y de la inteligencia infinita que anima y mueve las fuerzas de la vida.....» etc.

Todavía con un vigor intelectual evidente y en posesión de sus mejores bríos mentales, a los cincuenta y tres años de su edad, publica «Bronce y Lienzo», y en ese libro afirma un alma que no se extingue en el transcurso de esta existencia. Claramente se nota, pues, cómo el creyente se completa y consolida. Su deísmo aparece indudable en él. La condensación suprema de Dios en la infinitud de su ser íntimo está operada. El alma de González, ilustrada cuanto pueda ser la de un hombre culto de nuestros días, ampliada ya por el amor, por el dolor, por el degusto mezquino de las glorias humanas, grande en sí misma, se abre en infinito espiritual para recibir a Dios en la comunión solemne de su ser con lo absoluto, perfecto y omnipotente. El Dios de González es el de Kabir, hardo del siglo XV de la India, y su expresión más sintética se halla en el canto XVI de los comprendidos en los «Cien poemas».

..... Sin duda su final concepto de Dios producía armonías sagradas en su espíritu; y cuando se recostó en la eternidad, girando, como la tierra, de occidente hacia oriente, porque a él la Divinidad se presentó del lado del orto de los astros; en ese supremo instante debía de llenar sacramente su alma una música infinita, mientras volaba, según sus palabras finales, a su luz...

No alcanzó a ser un místico pleno como Francisco el Místico, como Teresa, como Catalina de Siena, como Marmerto Esquid, porque no experimentaba las visiones y sensaciones propias del divino poseo; pero recibió sacramente a la divinidad en su alma grande y serena, girando como la corola del girasol en busca del astro hacia el oriente, para recibir la comunión sacramental. Hasta tanto realizaba su nirvana en los momentos en que la última ilusión, la ilusión de la muerte, la más firme de todas porque es ilusión de desengaño, lo condujo a la nada, donde no comprobó la falsedad de su ensueño, o a la luz plena, donde ahogó en luz la luz dolorosa de su vida de hombre...

Carlos B. QUIROGA

El presidente del Superior Tribunal en lo Civil, doctor Alfredo Colmo indica nuestra colocación ante el mundo en materia de literatura del derecho luego de referirse a las relaciones culturales con Estados Unidos y a los recelos de los demás países del continente, los cuales nos tienen por los norteamericanos del Sud.

Inmediatamente de anunciarnos, acude a nuestra presencia el presidente de la 1.^a Cámara de Apelaciones en lo Civil, renombrado jurista y hombre de letras doctor Alfredo Colmo.

Regresa de un viaje de propaganda intelectual a Norte América, adonde fué invitado por la gran Universidad de Columbia, Nueva York, para dar una serie de conferencias a título de «visiting professor» durante la «Spring Session», de febrero a mayo, como presidente del Instituto Cultural Argentino Norteamericano. Y, pese al cariño que pone en estas cosas, no oculta lo mucho que aún queda por andar.

—Las noticias que se tienen en Estados Unidos respecto de nuestra actividad intelectual son escasas, — comenta la impresión recogida en la populosa república.

Nos involucran en South América

El doctor Colmo subraya el antecedente con un signo de contrariedad y nos invita a tomar asiento. Luego, sentándose a su vez al lado nuestro, dice:

—Y el hecho deriva de la diferencia de idioma y de temperamento. Los excelentes deseos de los que se conocen por americanistas, han tenido que chocar contra esas verdaderas murallas de contención. Poco se ha conseguido hasta ahora. En cuanto a la victoria, permanece velada por la humareda del combate.

Para aquel tumultuoso país, y fuera de ciertos círculos y personas de cultura, representamos algo indefinido, o para decirlo mejor, pareceríamos no representar mucho de específico e individual. El concepto sobre la Argentina es que se la involucra en *South América*. Cualquiera diría que se nos da así una importancia continental, y no hay en el criterio expuesto semejante idea de amputación. Se nos liga a una porción territorial más o menos dilatada, en la que, he temido investigarlo, si saben situarnos y en la que no conocen qué clase de papel desempeñamos.

Relaciones literarias

En este orden de ideas, procuramos enterarnos qué manifestación cultural es la que más ha llegado de aquí hasta la patria de Washington y si, por ventura, se identifican algunos autores argentinos.

—La literaria es indudablemente la actividad menos ignorada, y no en gran medida. Las novelas de Hugo Wast, más próximas a la conciencia colectiva, encontraron su público afín en el que es igual en todos los países: en la masa, en el gran pueblo.

Hallé una expresión de benevolencia o de cortesía hacia nosotros en una tesis de Universidad que versaba sobre *Martin Fierro*. Es ello debido a la circunstancia de que es allí profesor de literatura castellana el español Federico de Onís, que nos conoce mucho y nos estima en alto grado. El autor de la tesis resulta un americano que estuvo en nuestro país y se encariñó con el tema. Pero es esporádico y no puede suministrar regla.

Otro vestigio también alentador me fué revelado en Columbia, capital de Ohio, donde una profesora está traduciendo a *Segundo Sombra*.

Las personas que en cualquier parte se interesan por la generalización de sus conocimientos, tienen allá motivos para decir que le suenan los nombres de Lugones, Rojas...

El doctor Colmo reflexiona un instante.

—En los claustros universitarios de la gran república del norte,—agrega,—se dan cátedras sobre el idioma y la historia de los países americanos. Por tanto, profesores y estudiantes suelen hablar de Sarmiento, Alberdi, Mitre, V. L. López. El sabor que les extraen es en mayor porción el que cuadra a las inclinaciones norteamericanas de la política continental y de las discusiones relacionadas con el panamericanismo. Este criterio impide, del mismo modo que el grueso público permanece ignaro con respecto a nuestros exponentes literarios, que los intelectuales abarquen en su integridad el pensamiento de los autores argentinos que consultan.

Podía darse el juego, conforme a la expresión porteña, de que conocieran los norteamericanos unas pocas obras argentinas, sin dejar por eso de tener presente el nombre de varios autores. El doctor Colmo nos desengaña con toda decisión. Aludiendo luego al libro, por segunda vez declara:

—Las únicas obras que he visto traducidas en la Unión han sido «Facundo»,—vertido allá en 1860 y tantos, por la esposa del gran educacionista Horacio Mann, de quien Sarmiento fué admirador, amigo e imitador— algunas novelas de Hugo Wast, y entiendo que el «Cristo Invisible» de Rojas está en vías de traducción.

—¿Los escritores de que se habla y cuyos libros no circulan?

Notamos vacilar a nuestro interlocutor.

—¿Qué se puede contestar a eso? En las esferas intelectuales, donde se conoce a los más destacados, casi ningún libro argentino circula.

Pronuncia con un tono especial la palabra «circula» y añade:



Doctor Alfredo Colmo

—A lo sumo se les tiene en bibliotecas, las de las grandes Universidades, la del Congreso en Washington. A propósito, lo primero que yo hacía al visitar Universidades era recorrer sus bibliotecas, especialmente la sección latino-americana, y de ésta la Argentina. Varias de ellas, sobre todo la de Harvard, en Cambridge, cerca de Boston, que es la más completa, tienen valiosas colecciones de nuestra producción.

La Argentina no es la más conocida de Sud América

Estimamos de interés el cerciorarnos si alguna vez no se tiene a menos tomar siquiera como punto de referencia a nuestra prosa, poesía, bibliografía jurídica, médica y científica en suma, pero recibimos una contestación desalentadora:

—Muy raro si se los cita. Es claro, no pasa tanto en cosas americanistas...

—¿Quizá seamos, de Sud América, el país de mayor prestigio?

Una señal de duda y el doctor Colmo responde:

—Así quiero creerlo, aunque no garantizo que sea el más conocido. Lógicamente, debido a su aproximación geográfica, están más al tanto de Cuba y de Centro América. Los profesores latino-americanos, contratados en Estados Unidos para dar clases sobre diversos aspectos continentales, como Belaunde, Onís, Brenes Mesén y otros, contribuyen a realzar la conducta internacional de acercamiento.

A los inconvenientes de la distancia, conviene poner de relieve que no he encontrado ningún profesor argentino, ni alumnos de nuestro país. En cambio, abundan los estudiantes latino-americanos de los demás, como Cuba, Centro América, Perú, Chile, Colombia. A mí me ha preocupado el asunto y conversando allí con gente entendida, traté de buscar la causa de la escasa concurrencia de jóvenes compatriotas. Deduje que las molestias de un alejamiento, no despreciables, los gastos que ello importaba, la diferencia de lengua, que no es frecuente se salga sabiendo de la Argentina, y el carácter tan otro de nuestros muchachos, determinaba la ausencia comentada.

—¡Son serias trabas para un movimiento de asimilación!—decimos.

—Después hay que sumar las desventajas de la orientación espiritual. Entre los norteamericanos es sajona; la nuestra es latina. Ellos son cerebrales, dinámicos, positivistas; nosotros somos soñadores, no en pocas ocasiones indolentes y en muchas nos olvidamos del sentido de la realidad para correr detrás de una hermosa quimera. Me olvidaba manifestarles, que tengo entendido que el mismo Brasil es más conocido en los Estados Unidos que la Argentina.

¿Conviene más Norte América o Europa?

Una persona tan versada en estas cuestiones como es la que celebra esta conferencia con nosotros, está en condiciones de aclararnos si para el intercambio intelectual nos conviene más Europa que Estados Unidos.

—En general, la Unión nó—afirma el doctor Colmo—. La cultura europea es superior y más afín. Por lo que toca a nuestras tareas de educación, caminos, técnica, virtudes de capacidad constructiva, sí. Y ello por la pujanza y similitud de condiciones ambientales.

—¿Existen factores por los cuales se deduzca una influencia cultural norteamericana sobre la Argentina?

—Sobre todo, en la instrucción primaria. Por otra parte, no he visto una cosa que se parezca más al tipo norteamericano, que el diario o el magazine nuestro. En derecho o jurisprudencia constitucional, no es noticia indicar que dependamos de manera apreciable, dado que hemos adoptado un calco de la carta magna de aquel país. Por este motivo también nos inspira sus prácticas parlamentarias.

Somos los norteamericanos del Sur para las demás repúblicas

—¿Qué oyó hablar de nuestros problemas, de paso por los otros pueblos de su itinerario?

—Las otras repúblicas, en las que sólo he estado el tiempo que me concedían las exigencias del viaje, acreditan conocimiento de la Argentina. Pero no la estiman. Ignoro por qué. Acaso la circunstancia de nuestra diferente formación haga que nos miren como fuera de su comunidad. Somos país de aluvión inmigratorio, de trabajo, de consolidación política y social. En cambio, ellos son países de mucha población autóctona, setenta y aun ochenta por ciento—, cuando no africana, de escasa producción, de progreso lento.

He respirado incluso una atmósfera de desconfianza, una inquietud que se asemeja al temor. La Argentina, tomada en conjunto, es la primera en importancia en la comunidad latinoamericana. Pero se nos imputa nuestra actividad económica, nuestra inmigración. No falta quien nos llame país de vacas y pueblo de extranjeros. Nuestros hermanos nos tienen, potencialmente, por los norteamericanos del Sud. Lo cual explica que nos observen más por la fuerza material que presienten en nuestros actos, que por la cultura que desarrollamos.

Puedo afirmar, por lo que conozco, que no hay país alguno, y esto sin desmerecer a nadie, que en el continente latino de América ofrezca los valores culturales del nuestro, y, sobre todo, que presente ese espectáculo de pujante juventud y renovación que en las letras, la poesía y las demás bellas artes que es notorio en el nuestro. Puedo afirmarlo, repito, sin temor de que me ciegue ningún patriotismo, que en materia de cultura no debe ni puede contar por mucho.

Nuestra ciencia jurídica

Ahora hablamos al magistrado.

—¿Quisiera darnos una noción de los progresos realizados por las ciencias jurídicas en la Argentina?

—Escasos y poco significativos como cuerpos: exposiciones, comentarios. En una palabra ¡empirismo! La Unión nos supera en todo. Va más al fondo. Lo mismo sucede en jurisprudencia. Los norteamericanos llegan a ser constructivos.

—¿Autores de nota en la materia y que sean tenidos en el extranjero por tratadistas de autoridad?

El doctor Colmo, sonriéndose, replica:

—Se les ignora. Salvo en algunas bibliotecas, no se les encuentra en ninguna parte. Y no los he visto citados nunca.

—¿Libros que han enriquecido esa especialidad y que revelan nuevas tendencias e inquietudes?

Después de meditar unos segundos, responde el entrevistado:

—¡Yo no sé cómo arreglar eso! La pregunta me pone en un verdadero conflicto de conciencia. Pues bueno, obedeciendo al curso de los hechos,

y a mi profesión de la verdad, debo nombrarme a mí mismo en primer término en Derecho Civil y luego a Salvat.

La valentía del doctor Colmo es emocionante. Pero nuestro interlocutor prosigue sin preocuparse de nuestra admiración:

—En Derecho Procesal, Tomás Jofré. En Derecho Constitucional, González Calderón. En Economía y Finanzas, A. Bunge. En Derecho Internacional, Calandrelli y Vico. En Derecho Criminal, Juan P. Ramos. Y así con otros que olvido en este momento de preguntas imprevistas y de respuestas improvisadas.

—¿Qué aportarán esos tratadistas a nuestras leyes en general, en las procesales, en las de procedimiento?

—Su reflejo es insignificante en tal sentido. Es que nuestras leyes se fabrican sin consulta, sin plan orgánico, ni base técnica. La jurisprudencia no siempre obedece a principios.

—¿Y las reformas recientes de nuestros códigos se basan en lo que nosotros llamaremos escritos jurídicos?

—En pequeña escala. Lo más es imitación europea, reclamos ineludibles del medio, preocupaciones abstractas de ministros, que pretenden labrarse reputación auspiciando la reforma de ciertos códigos fundamentales sin auscultar el medio, sin suministrar bases ni criterios básicos.

—¿Recuerda algunos fallos de la justicia, inspirados en nuestros maestros del derecho?

—Prefiero no contestar,—declara rotundamente.

—Comparativamente con Estados Unidos o Europa ¿qué colocación tenemos por nuestra labor jurídica?

—A lo sumo si imitamos, sin crear. Esto no excluye casos individuales. Bibiloni introdujo el estudio de principios jurídicos, substituido al casuista y subalterno de artículos de código. Yo, —y tengo nuevamente que someterme a otra violencia—, metodología, técnica y análisis sistemático de instituciones. Estas orientaciones son compartidas por muchos profesores. Pero estamos lejos de Europa y aun de Estados Unidos, no obstante que en éstos predomine el método llamado «case system», esto es, de la enseñanza del derecho no por sus principios sino por las decisiones jurisprudenciales, por los casos resueltos en los tribunales.

No he quedado convencido de la bondad de tal sistema. El ángulo de visión me parece estre-

cho. El derecho es algo más que eso. La decisión de jurisprudencia obedece a factores. Y en éstos donde está el derecho cabal: las exigencias ambientales, los principios de la cultura, los ejemplos extraños.

El derecho tiene arraigos sociales de órdenes diversos: intereses, opinión pública, costumbres y demás. Desligarlo de ellos, verlo como cristalizado en una fórmula, si no es desvirtuarlo es empuñarlo. Antes que en los tribunales, el derecho está en el medio, en el sentimiento colectivo. La decisión de jurisprudencia es un auxiliar, un buen auxiliar del derecho, mas no el derecho mismo.

Tan cierto es ello que en la misma Unión se ha comenzado a reaccionar. El estudio del derecho ha de ser efectuado como el de cualquier fenómeno natural: en sus raíces y causas, en sus correlaciones. Olvidar sus principios, no es científico. Prescindir de su fondo de cultura y de psicología social, es aminorarlo.

Waldo D. Frank

El doctor Colmo da fin al reportaje recomendándonos la sensibilidad latino-americana de Waldo D. Frank,—el insigne escritor norteamericano más próximo a nuestra manera de ser—, a quien invitó a dar conferencias en Buenos Aires en nombre del Instituto Cultural Argentino Norte Americano y agrega:

—He tratado a Frank. Joven, temperamento más latino que americano, de posición independiente en la literatura de su país, modesto, muy versado en nuestra cultura y nuestros exponentes culturales, filósofo y artista, es un espíritu superior, a quien, no lo dudo, se conocerá y escuchará dentro de pronto con todo provecho. Frank habla el castellano.

Acompañándonos hacia la salida, resume así sus puntos de vista:

—Lo que acabo de exponerles es una vista panorámica. En Estados Unidos no he tenido tiempo ni ocasión de ver tanto. Resulta peligroso hablar de impresiones que acaso yo mismo corregiría. En consecuencia, es posible que las respuestas tengan el carácter de provisionales.



Falleció Don Arturo Costa Alvarez, autor de "El Castellano en la Argentina"



Hondo sentimiento de pesar causó el repentino fallecimiento del profesor Costa Alvarez, en los círculos intelectuales y periodísticos de esta Capital y en La Plata, donde residía.

En su juventud ejerció el periodismo, habiendo pertenecido durante muchos años al personal de «La Prensa», desde cuyas columnas expuso a la consideración general los temas de estudios lingüísticos más interesantes, a los que había dedicado toda su capacidad de estudioso. Sobresalió por la vastedad de sus conocimientos que le permitió hacer versiones a nuestro idioma de diversos autores con una seriedad y una responsabilidad intelectual superior.

En el estudio de los problemas idiomáticos mantuvo un espíritu de prolijidad y un amor propio encomiables, habiéndose destacado por sus trabajos realmente meritorios. En 1922 llamó la atención dentro y fuera del país

con su libro «Nuestra lengua» y dió lugar a interesantes controversias actualizando el viejo tema de la formación de una lengua americana, construida sobre la base de un criterio respetuoso del noble idioma español el cual se enriquecería con el agregado de las voces nuevas provenientes de las lenguas aborígenes de este continente. Y si esta obra del señor Costa Alvarez pudo ser discutida y hasta negada por los «españolistas» más exigentes e irreducibles, el valor histórico de la misma, su contribución al esclarecimiento de las cuestiones filológicas americanas, fué reconocido en forma unánime.

Siete años más tarde, volvió a contemplar las mismas cuestiones en su nuevo libro, «El castellano en la Argentina». Costa Alvarez aspiró en él a que se haga más dúctil el castellano con la incorporación de vocablos americanos, y a que se ordene un diccionario ideológico, como existe en otras lenguas, para ofrecer así al estudioso un instrumento de incalculable valor para aclarar conceptos ya conocidos aunque imperfectamente localizados.

Aspiraba a un órgano idiomático que fuera modelo en su organización, en la ciencia de sus definiciones y en la sobriedad de su vocabulario.

Vicenta Castro Cambón y sus dos libros póstumos: "El libro de Quique" y "...Y cantando lo haré"



La convicción de que no todos los que lleguen a leer estas pequeñas líneas han de conocer los dos libros póstumos de la poetisa ciega Vicenta Castro Cambón, fallecida hace poco más de un año, me induce a ocuparme de ellos, rindiendo así mi modesto pero sincero homenaje a la memoria de ese pájaro que cantó en la noche eterna de su ceguera.

He dicho que poseo la convicción de que no todos conocerán los libros cuyos títulos menciono en el epígrafe porque es tan numerosa la producción

literaria de estos últimos tiempos que resulta materialmente imposible estar al día, diré, con su lectura, razón ésta más que suficiente para opinar como Ramiro de Maeztu: "que se debía publicar menos para leer más ese menos".

No conocí personalmente a Vicenta Castro Cambón pero tanto oí hablar de ella a mi amigo Santiago José Chierico, que ha perpetuado en el bronce la imagen de la "cieguita de Morón", en cuyo pueblo nació la poetisa y donde una de sus calles ostenta su nombre, que puedo asegurar que ello ha bastado para que pudiera formarme un juicio acerca de su personalidad.

Difícilmente podrá darse otro ejemplo de resignación cristiana en nuestros días de descreimiento, de negaciones, como el que diera Vicenta Castro Cambón en quien el dolor se ensañó despiadadamente sin que por esto lograra hacerla proferir una queja.

En ninguno de estos dos libros que dan margen a estas líneas, ni en los dos publicados anteriormente con los nombres de "Rumores de mi noche" y "Cajita de música" encuéntrase una frase que signifique un lamento, un ¡ay!, nada que acuse rebeldía ante el dolor que la torturó toda la vida y ella soportara con un estoicismo que sorprende.

En todos y cada uno de los versos, suaves como una caricia, que contiene "El libro de Quique", dedicado a los niños que fueron siempre la obsesión de su vida, se transparenta su alma. ¡Cuánta ternura hay en las páginas de este libro! Se diría que fué escrito por una madrecita sin igual que nos recorda a la nuestra cuando nos contaba sus fábulas y consejos al calor de la lumbre en una noche invernal.

Innumerables son las composiciones de "El libro de Quique" que merecerían un detenido y amplio comentario, pero sólo me detendré en tres de ellas: "Quién pudiera", "El granito de maíz" y "La sierpe, el zarzo y la enredadera".

En la primera de ellas, inspirada por los pájaros que al venir de lejos trayendo el alimento para sus hijos dejan caer buena semilla sobre los campos privados de cultivo, donde sólo crecen las malas yerbas; al comprender cuánto bien hacen ellos sin saberlo haciendo brotar flores y trigo dice:

"¡Quién pudiera llevar como los pájaros
buena semilla a salvajes sitios
para ver en trigales y jardines
los desiertos del mundo convertidos!"

En la segunda nos refiere la cuita de un granito de maíz que, temiendo llegar a ser alimento de algún bruto, le implora:

"Colócame en la tierra removida
y cúbreme con ella, te lo ruego.
¡No me dejes morir!... ¡Salva mi vida!"

...

Por lo cual, ella, apiadada, prodígale palabras de consuelo y dice:

"Te confiaré a la tierra y cuando seas
lozana planta que la brisa mezca
me pagarás el bien que te haga ahora
con las espigas que tu tallo ofrezca."

En la tercera, una vez más nos prueba la magnanimidad de su corazón, dispuesto siempre a perdonar, interpretando fielmente uno de los preceptos bíblicos.

Una sierpe huyendo de la persecución de un hombre, se ha ocultado al pie de una enredadera. El zarzo que sostiene a ésta lamenta no poder caer para matar a la fugitiva, y, con enojo, dice a la protectora.

"Proteje a la inocente mariposa,
a la abeja y al tierno picaflor,
pero a esa serpiente venenosa,
¡no debes prodigarle tu favor!"

Súbitamente el corazón de Vicenta, que atesoraba piedad para el caído, ternura para el débil, consuelo para quien de una manera u otra fuera víctima del dolor, del engaño o de la fatalidad, hace responder a la planta:

"...Yo no elijo
mis protegidos al obrar el bien,
porque al darme esos dones Dios me dijo:
"que los prodigue sin mirar a quien."

En su otro libro "...Y cantando lo haré" es donde más se advierte esa resignación cristiana que mencionara anteriormente y en lo que han de convenir conmigo todos los que conozcan la obra de Vicenta y los que lleguen a conocerla si este comentario logra despertar su curiosidad.

Meditando acerca de su obra he llegado a creer en la voluptuosidad del dolor y he recordado a los mártires del cristianismo, que iban a la muerte con la sonrisa en los labios y con la fe puesta en Dios.

"...Y cantando lo haré" contiene páginas hermosas, sentidas, rebotantes de bondad. Diríase que cada una de las punzadas del dolor que torturó incesantemente el corazón de Vicenta al tocarle se transformaron en canciones, en rumor de alas, en perfumes sutiles, en gotas de rocío vivificante.

Enamorada de los pájaros, de las flores de todo lo que recordaba haber visto (quedó ciega a los seis años), a todo cantó con voz suave, acariciante y melodiosa, magnificando todo con su imaginación, que para sí quisiera más de un viviente.

Las rosas ocupaban un lugar preponderante en su corazón. Ellas fueron el tema de más de una de sus composiciones. "Por qué te quiero", que transcribo a continuación, así lo atestigüa:

"Porque tienes hojas al tacto tan suaves
como el terciopelo; porque guardas miel
para las abejas y las mariposas;
porque eres delicia de cuantos te ven;
porque hay en tu cáliz esencia exquisita
con que me deleitas hasta la embriaguez,
¡oh rosa! por eso te quiero... ¡y te quiero
hasta por la espina que hincas en mi piel!"

Para todos los seres y las cosas tuvo Vicenta una frase de amor y de consuelo.

"...Y cantando lo haré", trasunto de su alma incomparable, es un cofre de armonías, donde ella encerrara las más preciadas flores de su jardín interior.

En el nos cuenta que en cierta oportunidad detuvo su paso "ante el osario", ante la tumba de los olvidados, de los que nadie recuerda, y depositó una flor piadosamente, entablando este diálogo con la tumba:

"¿Quién te da más despojos? ¿La pobreza?
— ¡No! — me dice en su idioma sepulcral —
"La ingratitud, más cruel que la pobreza,
sus víctimas me entrega sin cesar."

Las tres virtudes teológicas le inspiran el "Tríptico" con que cierra este libro, el cual, después de leído nos deja en el alma un sedimento de amargura por todo lo que ella sufrió sin quejarse y nos enseña a ser más fuertes ante nuestros propios dolores.

Si hemos de creer en algo, Vicenta, al precedernos en el "viaje sin retorno", habrá volado a la célica mansión donde moran los justos, los elegidos de Jehová.

Manuel Saavedra

José Manuel Eizaguirre, conocido escritor y jefe de redacción de "La Prensa", advierte que nuestra cultura es típica por sus condiciones de origen y particularidades de desarrollo.

José Manuel Eizaguirre tiene el don de la simpatía. Otros se contentarían con pasear por el mundo ese privilegio de los espíritus escogidos. El ¡no! ¿Y por qué? Porque ha recibido también la gracia del talento y no es hombre de abandonar las cosas confiadas a su cuidado. Pero ¿acaso las dotes de simpatía no son talento igualmente? Cultura de la sensibilidad...

Rodeado de libros, de manuscritos, de diarios, da la sensación de que se estuviera abriendo paso en el desmoronamiento de una biblioteca. El alegre brillo de los ojos inteligentes, detiene la mano conmovida que va a auxiliarlo.

Al ver entonces que no hay peligro inminente, iniciamos las escaramuzas del reportaje. La aventura es extraordinaria. Al lado del maestro de periodismo, jefe de redacción de «La Prensa» nada menos, junto a quien formó una pléyade de discípulos que hoy descuellan en diferentes ramas intelectuales, el modesto réporter se siente empujado.

—¿Cómo empezó a diseñarse nuestra cultura?—se floreó el cronista, entre intimidado y audaz.

—A mi modo de ver,—responde el señor Eizaguirre,—es típica por sus condiciones de origen y particularidades de desarrollo. Nuestra cultura es gestación de acontecimientos. Comprende la acción punitiva y civilizadora de la conquista, la opresión de la madre patria generadora del espíritu de resistencia de los nativos, las invasiones inglesas que prueban la fuerza y el coraje del cuerpo de patricios y la revolución de Mayo portadora de la nueva idea que agitaba al criollo y que debía abrazar el hemisferio Sur. Luego es anarquía y tumulto de algo que busca su centro de gravedad en las luchas del caudillaje y es doctrina institucional en la organización del país.

Fermentos de progreso

La imprenta,—prosigue el notable autor de «Córdoba»,—trajo indiscutiblemente el elemento material que debía difundir el pensamiento, ya expuesto en los procedimientos gubernamentales y en las reales órdenes de la metrópoli. Muy poco más de lo que trascendía de las tertulias y de los salones del virreinato, debía ser la preparación que infundiría al principio tan fundamental mecanismo de progreso. La clase que hoy llamaríamos *esfera oficial*, sus allegados y las familias de peso en aquel tiempo ya traían su ilustración hecha en España, a donde también enviaban a sus hijos.

Con todo esto, no fué menos importante la iniciativa de los jesuitas de establecer la imprenta por el año 1700, suceso que recién un siglo después debía promover la aparición del primer periódico, lo cual reputo una ventaja tan considerable como, cien años antes, la introducción del descubrimiento de Gutenberg.

Poseemos una copiosa bibliografía de lo que resultó, como consecuencia de los beneficios de la primera imprenta. Se publicaron memorias, folletos, catecismos, pastorales, almanaques. Presidía el criterio de la instrucción eclesiástica y de la propaganda religiosa.

Cuanto al prestigio que estas actividades tenían, puede deducirse de las divisiones sociales entonces existentes. El comerciante pasaba por ser figura de primer rango, seguido de cerca por el hacendado. La posición del intelectual era flotante. Parecía no tener mayor estima por serlo y se reducía a pequeñas logias de aficionados, semejantes a esos grupos filodramáticos, que actualmente aún se forman en el interior de la república.

Universidad de Córdoba

El señor Eizaguirre ha extendido la vista por la estancia, como para abarcar un gran escenario.

—Hacia 1613, nuestro desierto levanta, como el de Egipto, una colosal pirámide—dice subrayando sus palabras con un elocuente ademán—. Esta obra es anterior a la introducción de la imprenta, según las fechas que tengo citadas. Y su repercusión es la de ésta.

Se realiza el milagro de fundar la Universidad de Córdoba, cuando la conquista apenas había llegado a esa región. En un medio primitivo, un valle hoso y pobre cruzado de arenales, de escasa población y compuesta en su mayoría de indios y de mestizos, se adelantó a los siglos con su profética visión del porvenir.

Creada como institución religiosa, fué transformándose paulatinamente, hasta llegar a ser una portentosa academia civil.

La ya varias veces secular casa de estudios, ejerció una acción preponderante y tuvo una influencia decisiva como instrumento social. Desde las más remotas distancias y desde los pueblos más apartados, se iba allí a recoger la ilustración y sabiduría de la época. El salvaje caía también al resplandor de aquella luz, como la luciérnaga a los fulgores de un reflector.

Buenos Aires, Chile y los demás países limítrofes, inspiraron la dirección de su pensamiento en los claustros famosos, donde no era menester ser rico para recoger el maravilloso fruto del conocimiento. Son muchos, como dije alguna otra vez, los que en pago de sus carreras dieron telas de algodón, confeccionadas por las manos hacendosas de sus madres o hermanas y los hubo también que las terminaron mediante el pago en pasas, higos, maderas, vacunos, trigo.

Acción americana de primer orden ésta, en que se educaron numerosas generaciones, de las cuales cada uno de los individuos egresados formó un elemento nuevo en la sociedad. En las gestiones de la Universidad de Córdoba, está reseñada



José Manuel Eizaguirre

nuestra historia social, política, religiosa y económica.

Como complemento del cuadro, debe recordarse la acción profundamente humanista de otra institución: la Universidad de Chuquisaca.

El primer periódico

Se toma un segundo para reflexionar.

—Mas ni la imprenta, ni la Universidad,—continúa—, encontraron refundidos sus anhelos hasta la aparición del periódico rioplatense. Las dos corrientes civilizadoras, comportaron un esfuerzo amplio y ponderable, pero en cierto modo disperso. Había necesidad de un órgano que acometiera la tarea de sellar la cohesión de tan preciosos factores de divulgación humana y que diera al movimiento de ideas y de cosas el enlace de solidaridad que reclamaba el principio de la unidad de conciencia.

El periódico llenó ese cometido y su aparición señala una nueva y próspera etapa de nuestro desenvolvimiento, enfrentando al absolutismo del llamado *régimen colonial* para encauzar las provincias argentinas por el respeto y la tolerancia que más tarde había de transformarse en la seriedad de espíritu de los diarios modernos.

Con un concepto elevado de sus funciones y los defectos propios de la época, funda el Coronel don Francisco Antonio Cabello y Mesa, el 1.º de Abril de 1801, el «Telégrafo mercantil, rural, político, económico e historiográfico del Río de la Plata».

Su salida promueve de inmediato el interés por el *patriotismo científico y literario*; es decir, el deseo de realizar una obra propia en el continente, en la cual se proponían colaborar por igual peninsulares y nativos. Esta tendencia auspiciada lo que luego determinará el *alma argentina*.

Según lo hice notar en una ocasión anterior, el *primer escritor periódico* de estas tierras, como le placía apodarse a Cabello y Mesa, planteó con su hoja problemas de la mayor trascendencia, a saber: «¿Cómo progresarían más las provincias argentinas?: 1.º, en comercio; 2.º, en agricultura; 3.º, en industria; 4.º, en población; 5.º, en navegación; 6.º, en policía».

Comprendía pues el ilustre colega el verdadero destino de la prensa y el lugar que le correspondería en el correr del tiempo.

Don Hipólito Vieytes, un año después, evidencia un sensible progreso sobre el *Telégrafo* con el «Semanario de Agricultura, Industria y Comercio». Netamente argentino, se acomodaba más con el carácter de los criollos. Como el primero de los periódicos mencionados, el *Semanario* fomenta el amor a la lectura y forma los primeros escritores. La provincia de Buenos Aires y la Pampa actuales, recogen los beneficios de tan magna obra.

Modalidades de nuestra cultura

Interrumpimos la brillante improvisación de Eizaguirre, para averiguar cuál sería, conforme a su criterio, la principal fuente de nuestra educación pública.

—La histórica—responde sin vacilar el autor de la siguiente máxima: «El pasado me ha atraído como punto de partida y como fuerza de orientación y he tratado de comprenderlo para integrarlo con su pensamiento la vida presente». Hay especialmente tal proximidad en lo que sería tradición para nosotros y tanta separación por el *acervo grandioso* de ideas y de hechos que jalonan esa

breve ruta, que conviene no apartarse demasiado de los que iniciaron la argentinidad para evitar el peligro de confundirse en un trayecto corto en relación con el número de sugerencias e incentivos.

Por lo demás, todos vamos realizando la historia, que no es sólo lo que fué, porque es algo más. Para mí es un poderoso fenómeno centralizador del presente, del pasado y del porvenir.

Desgraciadamente, si hemos tenido buenos historiadores, los ha habido también desorientados. A Mitre, que cumplió una eminente acción de estadista, político y guerrero, cabe, sin disputa, la gloria de ser el iniciador de los altos estudios de esa índole dedicados a nuestro pasado todavía no muerto.

Particularmente se observa en nuestros historiadores el afán de elevar el sentido de la democracia, por el ditirambo de los guerreros y los himnos de combate, olvidados de que también el talento civil ha intervenido eficazmente en el triunfo y desarrollo de nuestros principios de nacionalidad.

En presencia de esto se experimenta el anhelo de desechar la rotundidad de las fórmulas servidas y de rectificar juicios. Después de Mitre han realizado una tarea meritoria los doctores Juan Agustín García con «La Ciudad Indiana», Ramón J. Cárcano, con sus libros sobre Urquiza, entre otros, y Gregorio Rodríguez, con la «Historia de Alvear». Debemos también estudios de considerable importancia a los doctores Levene y Ravignani.

El uso del documento y su aplicación práctica en los debates de las ideas, de los acontecimientos y de los hombres que nos precedieron en la formación del país, han dado como resultado una interpretación más inteligente y científica de la historia.

Yo he tenido ocasión de comprobar el mucho bien que es dable cifrar en esta actividad, cuando, atraído por la «chusma creadora» de nuestro pasado, he querido seguir la huella de los caudillos, calumniados en su época, incomprensidos después, y que sin embargo son los héroes epónimos de lo que he llamado «anarquía constructiva». Güemes, Artigas, López, Quiroga, Ramírez, representan un sentido de la argentinidad aún no debidamente esclarecido. Así, innumerables antecedentes universalmente admitidos, tienen que sufrir la prueba de fuego de la investigación histórica.

Estado actual de nuestra cultura

La circunstancia de haber sido distraído para una consulta, nos proporciona luego la de interrogar a Eizaguirre respecto a sus impresiones generales sobre la cultura del país.

—Creo que hemos avanzado bastante—indica—. Esto no nos autoriza para que abusemos del optimismo en lo que se refiere al presente. Entiendo, por ejemplo, que casi todos nuestros escritores son gerundianos. Ponen un gerundio y siguen adelante, sin preocuparse. Me acuerdo una vez que el doctor Dávila, hablándome de lo eruditos que eran algunos de sus compañeros, decía: «¡Yo he tenido que baldear en mi propio pozo!» Pero el doctor Dávila, arrebatado a las lecturas y a las meditaciones profundas de los laboratorios de ideas por el agitado vivir periodístico, se fijaba y corregía. De ahí su fuerza y su autoridad. Hoy parece que ni se estudia demasiado,—al menos me parece notarlo en algunos jóvenes,—ni se fija, ni corrige con exceso.

—¿Quiere enunciarnos un valor calificado del momento?

Eizaguirre no contesta al punto. Parece que hiciera un poco de memoria.

—Estimo mucho,—dice después,—a Arturo Capdevila. Es un espíritu completo, tan convincente en la prosa como en el verso. Tengo de sus dotes de escritor, un sentimiento de profunda adhesión personal.

Se comenta inmediatamente la labor de otros autores.

—Carlos F. Melo vale,—manifiesta nuestro interlocutor prosiguiendo sus observaciones.—Tiene mayores condiciones de las que se le reconocen. Yo no sé por qué no ha sido recibido, con la alta consideración que se merece, su último libro de versos!

Y recordándonos a los ensayistas, expresa:

—Alberto Palcos es bueno. Se ha contraído al trabajo y no le falta inteligencia. Espero de él algo de interés sobre Sarmiento, a cuyo estudio se ha consagrado. Al referirme a Sarmiento, quiero significar que en «Civilización y Barbarie», hay páginas de un colorido y una sugerencia literaria inmortales.

La opinión pública

Ponemos de nuevo el dedo en el punto débil de Eizaguirre, que es, por otra parte, su fuerte.

—Hasta llegar a nuestros días,—contesta,—hemos bebido nuestra cultura en las más rudas alternativas del suceso político o del contraste social. Esta lucha, que fué sangrienta pero que no dejó de ser fecunda, filtró la opinión pública. He hablado de la imprenta, de la Universidad, del periódico. La presencia de la opinión pública en el escenario nacional es un acontecimiento tan grande como el de aquéllos. Y la opinión pública, que es la piedra angular de la soberanía social, fué obra de la cultura.

¿Cómo sobrevino? Es el resultado de la combinación de las tres instituciones aquéllas, del trasplante y asimilación de las razas de nuestro territorio y de la repoblación del país por los emigrados políticos, elementos sociales todos que determinaron la civilización de la república.

La opinión pública destruyó las camarillas que no dejaban surgir a los elementos ponderados y creó una reforma ética fundamental. Consolidó, además, el espíritu de unidad entre los argentinos. Era, en una palabra, el alma popular que se abría camino a través de los resortes de la vida pública.

Del centro a la periferia

Actualmente producimos de la capital para todo el país. Antes era todo el país que producía para la capital. La cultura iba de la periferia al centro. Los primeros actos de la junta de gobierno, fueron jalonar el país de escuelas y los mismos generales se desprendían de su dinero para colaborar en este hermoso plan de ilustración general.

La mayoría de nuestros hombres, reclamados empero por otras exigencias, tomaron su cultura un poco de cada parte. Eso no revestía orden didáctico y sólo hallaba una semejanza en la intención de nacionalidad que había en el fondo de esa formación apresurada.

Se llevaba una vida de la cual la de Mitre puede ser un exponente: en 1847 se le encuentra en Bolivia, más tarde se va a Chile, de donde pasa a la patria, y, sucesivamente, entra en las

filas de un general para pasar luego a la de otro.

Eizaguirre toma un volumen de su nutrida biblioteca y añade, leyendo:

—Sarmiento pinta de este modo tan gráfico las fuentes de su educación... «En la infancia, en los viajes, en el destierro, en los ejércitos, en medio de las luchas de los partidos, en la emigración, en fin, no he conocido más amigos que los libros y los periódicos; no he frecuentado más tertulias que las de hombres de instrucción». La existencia errante de los Mitre y de los Sarmiento operó la evolución inherente a ese proceso selectivo y simpático a la afinidad de los pueblos, que trae consigo el cambio de ambientes. El beneficio que prestaron a la patria, lo irradiaron asimismo sobre las naciones que eligieron como residencia temporaria. Fuera del país apareció parte de la obra de los patricios mencionados, la de Alberdi, Gorriti, Juan María Gutiérrez, Tejedor, Florencio Varela, Echeverría, Lamas, Thompson, Cané. El destierro sirvió así, admirablemente, al ideal de americanismo. Vinculó estrechamente a los hombres ilustres del continente y relacionó a las familias más distinguidas de la época. Estos lazos de afecto son los que dan fisonomía y unidad de expresión al hemisferio Sur.

Poder avasallador de la prensa

De pronto, formulamos esta pregunta un tanto inquietante:

—¿Usted que admira el pasado, funda la misma confianza en el porvenir de la cultura?

Eizaguirre se ha puesto en pie y con una imprevista energía en la voz, dice:

—El alma argentina, que es la exteriorización de una raza nueva de enorme vitalidad, forja en estos momentos el gran movimiento de ideas que debe colocarla a la cabeza de las naciones de América. Desde nuestro suelo, necesariamente, se ha de dirigir la evolución intelectual del continente. Uno de los principales factores es el periodismo. Los primeros órganos promovieron algunos problemas. Los diarios de hoy informan, aleccionan e instruyen. Esta última modalidad está tan cuidada como la primera. Corroboran mis palabras, el hecho de que haya dado material para muchos libros. En sus columnas combina, pues, lo efímero del accidente con el estudio de las causas y de los efectos, que pueden dar lugar al proceso de una época y provocar los estados de ánimo que conducen los pueblos hacia los más bellos anhelos de progreso.

Y acosado por las cosas que lo aguardan, exclama palmeándonos familiarmente la espalda:

—El poder avasallador de la prensa, difunde rápidamente los valores del libro y agita sobremanera las ideas, obligando a meditar, como antes aficionó el pueblo a la lectura, y creando el compromiso de pensar...

REVISTA DE FILOSOFIA

CULTURA • CIENCIAS • EDUCACION

Fundada por JOSE INGENIEROS — Dirigida por ANIBAL PONCE
Editada por los Talleres Gráficos Argentinos de L. J. ROSSO

La más autorizada expresión
del movimiento intelectual latino-americano

Aparece bimestralmente en volumen de 180 páginas

Suscripción anual:
En la Argentina, \$ 10.— m.n. — En el Exterior, \$ 5.— o.s.

Administración: SARMIENTO 779 — Buenos Aires

Cosas que se dicen y cosas que se olvidaron entre la gente que escribe, por Elio Bonemor

Carlos M. Ocantos, quien se halla en Madrid desde hace tiempo, publicó en estos meses la novela «Fray Judas», la cual es elogiada, principalmente por la Sociedad General Española de Librería.

Autor de éxito hoy, fué juzgado así en 1883:

«.... el libro poco revela — el crítico se refiere a «La cruz de la falta», aparecido ese año por la imprenta Coni, en 8., 179 páginas;—no hay en él rasgos que permitan suponer en el autor dotes de observador o de fantasista capaz de abordar por cualquier de sus «estremos» el campo inmenso de la literatura. Sin embargo, el autor es un niño, y ha probado que sabe trabajar. Basta esta condición, a su edad, para incitar a animarlo».



José Manuel Eizaguirre

Pero si las condiciones que acreditaba Ocantos en aquella lejana fecha no denunciaban al fecundo escritor y novelista del futuro, en cambio el nivel periodístico acusaba una incontrastable fuerza en marcha, lo que viene a dar razón a José Manuel Eizaguirre, quien sostiene en «¿Dónde está el pueblo?», su último libro, —que el periodismo es uno de los factores principales de la vida argentina.

Durante el año a que hacemos referencia (1883) salieron más de 305 publicaciones periódicas, escrutinio éste que no abarca las memorias oficiales y otras ediciones idénticas y de cierta regularidad, perteneciendo 152 de las primeras a la metrópoli, igual número a las provincias y 1 al territorio del Chaco, que contaba con «La Opinión», de formato chico, a 4 columnas.

El rápido progreso de la prensa se echa de ver observando que los diarios, que eran 33, en el año 1881, aumentan una decena dos años después. Los bisemanarios se duplican, y van en ascenso mayor, los semanarios.

Del número de diarios que tenemos citado en 1883, 277 eran argentinos y 28 extranjeros, siendo de éstos 9 italianos, 5 españoles, 5 ingleses, 3 alemanes, 3 franceses, 2 en otros idiomas y 1 eslavo.

«La Nación» llevaba catorce años de existencia, y era el más grande de Sud América, de formato mayor, a 9 columnas.

«La Prensa» reduce ese año su tamaño (11 de Diciembre de 1883), convirtiéndose en un diario de 8 páginas, formato medio, a 7 columnas. El día señalado entre paréntesis publicó el facsímil del primer número, correspondiente al 18 de Octubre de 1883. Catorce años después de su fundación, «La Prensa» tiene como redactor en jefe al fundador y propietario, doctor José O. Paz, y como director al doctor Adolfo E. Dávila.

Otros diarios de entonces eran «La Tribuna Nacional», (3er. año de vida), de la mañana, formato grande, 7 columnas, político, comercial, noticioso; «La Pampa», (11 años), de la mañana, y, como se estilaba entonces, anteponiendo los cargos, era redactor Ezequiel N. Paz, director Manuel Mendonça, formato grande, 7 col., político, noticioso, comercial; «La República», (8 años), matutino de todos los días, incluso los lunes, —así se anunciaba,— formato grande, 7 col., político, noticioso, comercial; «La Provincia», (3 años), formato grande, 7 col., de idéntico carácter a los anteriores, con Evaristo Carriego como redactor y R. Barreda como director administrador; «El Ciudadano», (3 años), de la

mañana, formato grande, a 7 col., fué su director propietario el doctor Francisco de la Fuente Ruiz y dejó de aparecer en 1883; «La Patria Argentina», (5 años), político, noticioso, comercial como los anteriores, de formato grande, a 7 col., de la mañana, siendo su fundador el doctor José María Gutiérrez; «El Demócrata», (7 años), de la mañana, formato medio, a 6 col., redactor Dámaso Centeno y director José María Velázquez; «El Plata», (2 años), formato grande, 7 columnas, político, noticioso, comercial, de la mañana; «El Constitucional», (3 años), formato grande, 8 columnas, de todos los días sin excepción, hasta que desapareció a principios de 1883, habiendo sido su director y redactor en jefe el doctor Jacob Larraín. Como se vé, no se había introducido aún en Buenos Aires el diario de la tarde, y algunos de los matutinos no salían los lunes, porque el personal se tomaba fiesta los domingos.

Asegura el doctor Emilio Ravignani lo siguiente, respecto al Instituto de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras:

«Trabaja en archivos y bibliotecas nacionales y extranjeros. Mantiene, reforzando su actividad, una comisión permanente en Europa con asiento en Sevilla y derivaciones en Madrid y París». (LA LITERATURA ARGENTINA, No. 9, pág. 6).



Dr. Emilio Ravignani

Dice el Embajador Argentino en Francia, ingeniero Federico Alvarez de Toledo, refiriéndose a nuestro intercambio intelectual con el país ante el que está destacado:

«Casi nulo. Y no es porque allá se nos deje de lado, totalmente. Nosotros debemos culparnos de varios pecados, entre ellos el de la negligencia. ¡Fíjense que, la vez pasada, el ministro de guerra francés me pidió un libro de historia argentina, y, tras de las gestiones del caso, tuve que admitir que no había ninguna traducción».

Federico Alvarez de Toledo

«En forma tan lamentable, se malogran los mejores intentos». (LA LITERATURA ARGENTINA, No. 9, página 4).

Sería menester que el doctor Ravignani tomara en cuenta la denuncia. ¿Qué hacen en Francia los representantes del Instituto, cuando no han hallado medio de proveer, siquiera a las dependencias del gobierno, de una historia argentina?

¡No sólo debían tener a mano un documento de esa naturaleza, por su especialidad y para vincularnos, sino que debían adelantarse a la acción de los estados extranjeros! En vez de aguardar a que se acuerden de nosotros, ganarnos de mano la iniciativa y suministrarles elementos ilustrativos de nuestra existencia de pueblo inquieto, laborioso y culto.

Todo el homenaje que se ha dispuesto para salvar del olvido al esclarecido pensador argentino, es dar el nombre de José Ingenieros a la diminuta estación del kilómetro 2 del ramal del ferrocarril Pacífico, de Sáenz Peña a Villa Luro.

Don Alberto D. Justo, presidente de varias organizaciones bibliotecarias, establece el criterio que guía a los lectores y detalla las obras y autores más solicitados.

Don Alberto D. Justo está en mejores condiciones que nadie para opinar sobre las lecturas que hace nuestro pueblo. La presidencia de la Asociación Bernardino Rivadavia, que sostiene la Biblioteca Popular del Municipio y la del vasto organismo de difusión de la cultura que lleva el nombre de Bibliotecas Municipales Públicas, prestan a su palabra el sello de la autoridad. Pero el señor Justo nunca deja sentir su peso...

Amigo de la llaneza y de la conversación sin etiquetas, invita de inmediato a la confianza. Es un hombre joven de aspecto y de espíritu, que atrae por su modo de ser tan agradable y por las cosas que dice.

Le sugerimos el relato de la historia de las dos notables corporaciones que preside, como punto de partida del reportaje, y la respuesta no se deja esperar, pese a que cada una de ellas reclamaria el tiempo de un Herodoto para fijar sus comienzos, actividades posteriores y desarrollo actual.

La Biblioteca Popular del Municipio

—Tengo la seguridad,—comienza el señor Justo,—que muchos de los intelectuales argentinos, especialmente los que viven, deben algo de su formación a la Biblioteca Popular del Municipio. Han concurrido allí, removieron los anaqueles y dejaron sus firmas,—algunas de ellas hoy autógrafos ilustres,—al pie de la boleta de pedido.

El visitante anónimo, ha recogido también una sana emoción de cultura. A través del recorrido de la entidad, desde la famosa iniciativa de los entonces muchachos Arturo Castaño y Benjamín C. González, que se concretó en abril de 1879 en la fundación de un centro intelectual al que dieron el nombre de *Bernardino Rivadavia*, hasta ahora, el porcentaje de los asistentes a la biblioteca, que comenzó a funcionar en mayo de 1879, es imposible sencillamente de calcular. ¡Sólo en 1918, concurrieron 66.745 personas! Y, mirando hacia atrás, se leyeron en 1880, 2.430 libros; 3.299 al año siguiente; 20.214 el posterior y 33.202 en 1883. Han acudido de todas las condiciones y oficios y las diferentes etapas de las corrientes del pensamiento argentino han quedado registradas en las preferencias que han mostrado los lectores.

El reflejo de la situación

—¿Sería molesto para usted establecer esas preferencias?

El señor Justo nos da a entender amablemente que para él nada es molesto.

—No reputo necesario precisarlas—continúa. ¿A qué conduciría? Es una línea serpentina,—fiel reflejo de la situación porque iba atravesando el país,—y que denota el afán que había en el am-

biente. Era una ansiedad que se manifestaba un poco desordenadamente, que tenía algo del ensayo, del experimento, de la prueba, de la improvisación. Ese desorden se echa de ver en las lecturas. El pueblo intenta acercarse a sus dirigentes, quiere prepararse para ser dirigente él mismo, y entonces estudia las ideas que dominan una época. Y como la época es un poco obra de los dirigentes, de ahí que el pueblo la refleje en sus actos.

Actualmente nos hallamos en la tarea de mejorar el gusto del público. La vida argentina está, desde hace años, en el pleno goce de su tranquilidad constructiva. Los lectores, hombres de su tiempo, pueden entregarse, pues, a la clasificación. Nosotros hemos pensado elevar su mentalidad, educar su sentido de la selección. El otro día inauguró el doctor Emilio Ravignani, que mucho vale, un ciclo de conferencias encaminado a verificar ese propósito. El prestigio del disertante, unido a la calidad de la pieza pronunciada, convirtieron el acto en una audición magistral. Próximamente ocuparán la tribuna del gran salón de la calle Córdoba, otros oradores de reputación. La Biblioteca habrá pasado así de imponderable fuerza pasiva, equivalente a una iglesia que tuviera sus puertas abiertas para los que buscan los honestos goces del espíritu, al impulso activo, si se me permite el pleonismo.

Ofensiva educadora

Una telefoneada sorprende al señor Justo, en el uso de la palabra. Y le oímos impartir órdenes, dar instrucciones, rectificar disposiciones tomadas. Igual haría un generalísimo desde su tienda de combate.

—Libramos una ofensiva vigorosa—dice colgando el auricular y volviéndose a nosotros—. La biblioteca es un taller modelador de almas y un instituto de belleza de la sensibilidad. Reclutar gente, para llenar sus fines, implica desde luego un movimiento social fundamentalísimo. Sarmiento es tan grande como presidente de la República, que como fomentador de bibliotecas en el país. Al entender, con arreglo a lo que les expresé, que el pueblo había aprovechado elementos diversos y a veces discordantes de ilustración, llego a la conclusión de que hace falta que ahora se le oriente. Ha recogido bastante material y lo que se precisa es colaborar con él para que lo clasifique, como dije.

Las conferencias, a cargo de notabilidades de distintas disciplinas, serán una alta cátedra depuradora. En estos momentos, estudiamos la manera de ampliar aún esa misión. El espacioso salón de la Biblioteca Popular, construido expresamente para el objeto en el nuevo edificio de su propiedad, será utilizado para audiciones musi-



Alberto D. Justo

cales y exposiciones artísticas. El público dispondrá así de todos los estímulos de la cultura. Confeccionamos asimismo un catálogo ilustrativo, que constará de tres fracciones.

Todavía tenemos otra idea y es insertar en los diarios y en las revistas que están más al alcance popular anuncios que digan: «¡80.000 volúmenes puede usted consultar, desde las 13 a las 18 todos los días, en la Biblioteca Popular del Municipio, calle Córdoba 1558!» También pondremos avisos de idéntico tenor en los tranvías y «affiches» llamativos en las calles. El prospecto convincente y el volante sugestivo, se distribuirán en las academias, escuelas, y, si es posible, en el mayor número de hogares. ¡Hay que movilizar hacia la biblioteca todas las clases sociales, hermanándolas por la confraternidad del conocimiento!

Siete períodos al frente de la institución

De pronto, entra una visita. Es don Francisco B. Serp, actual vicepresidente de la mesa directiva, a la que presidió cuatro períodos. Puesto al corriente del cometido que llevamos, nos dice:

—El entusiasmo, la constancia y el desprendimiento del señor Justo han colocado la entidad en el plano en que se encuentra, después de períodos amargos en que se creyó que se malograba el esfuerzo de generaciones a las que pertenecieron en el pasado Bartolomé Mitre, Joaquín V. González, Agustín Álvarez, Domingo Faustino Sarmiento, Carlos Pellegrini, Julio A. Roca, Nicolás Avellaneda, Bernardo de Irigoyen, Aristóbulo del Valle, siendo unos presidentes de la institución y otros firmantes de llamados históricos en favor de la misma, y de generaciones a la que pertenecen en el presente muchos prohombres.

Si se fuera a recordar el primer local de Artes 441, donde hasta el mismo nombre de la calle se perdió, el que luego ocupó en los altos del teatro «Variedades», convertido actualmente en el «Odeón», y el que más tarde dispuso, durante un gran período de su existencia en Corrientes 1615, si se fuera a recordarlos para establecer una comparación con el soberbio palacio que posee ahora gracias a las intensas y largas gestiones desplegadas por el señor Justo, el efecto sería deslumbrador.

El elogiado se defiende, deslinda la responsabilidad del éxito en el propio señor Serp; en los secretarios Teodoro Muñoz y Alberto Bacqué, en el tesorero Vicente Casullo; en el pro, Domingo Guzzo; en los vocales, doctor Carlos M. Mayer, don Domingo Repetto, señor Juan P. Tomás, doctor Angel M. Giménez, don Ismael Bucich Escobar, ingeniero Fernando Fontana, doctor Alberto Levene, don Arnoldo Elichondo, señor Justo P. Merlo, doctor Ernesto Berdún, don Angel Fernández Sierra, doctor Pablo Cárdenas, don José Iturrat y señor Manuel F. Ramos.

—En las siete veces que ha sido reelegido presidente, dice el señor Serp sin hacer caso de lo que alega Justo—, ha revelado una competencia y capacidad excepcionales. Mentalmente evoco la lucha del primer presidente, don Narciso Martínez de Hoz, y la asocio con la del señor Justo. Aquél murió resistiendo; éste resistió hasta triunfar... Si el primer bibliotecario, Carlos Chenaut, que se consagró generosamente al cargo por espacio de años, sin retribución alguna, hiciera el balance de las adquisiciones de libros hechas bajo la dirección del señor Justo, vería que al ornamento monumental ha sabido ligar la profusión de

volúmenes, elegidos con criterio científico. Ha consolidado la vida de la institución. Hoy ya no sólo pueden concurrir a ella gente tan humilde que iban allí por no poderse presentar a otra parte, sino hasta personas amantes del confort.

Entre el señor Martínez de Hoz y don Alberto D. Justo, existe esta honrosa tradición de presidentes de la entidad: Pedro Agote (1885)-(1886)-(1887)-(1889)-(1890); Emilio Castro, (1885)-(1890-1891); ingeniero Federico Álvarez de Toledo, (1891-1892); Arturo Castaño, (1893-1894); general don Bartolomé Mitre, (1894-1895 y 1895-1896) en carácter honorario, recayendo la directiva, durante los mismos períodos, en el doctor Joaquín V. González; doctor Alberto Posse, (1896-1897); don Carlos Vega Belgrano, (1900-1901); nuevamente Alberto Posse, (1901-1902); doctor Pablo Cárdenas, dos períodos (1902-1903 y 1903-1904); doctor Agustín Álvarez, dos períodos (1904-1905 y 1905-1906); señor Carlos Gallardo (1906-1907); doctor Carlos M. Mayer, dos períodos (1907-1908 y 1908-1909); doctor Joaquín L. Baca, (1909-1910); doctor Gerardo Meana, dos períodos, (1910-1911 y 1911-1912); doctor Carlos M. Coll (1912-1913); nuevamente es elegido el doctor Carlos M. Mayer para el ejercicio de 1915-1916; tras un período que no ejerció, los miembros de la asociación lo designaron otra vez presidente, reelegiéndolo durante tres períodos consecutivos, para los ejercicios de 1917-1918, 1918-1919, 1919-1920; a éste, don Domingo Repetto, de 1921-1922.

Cambia el señor Serp unas palabras de saludo y se marcha, ocasión que aprovecha el presidente que entrevistamos para devolver, ensalzando la capacidad del ausente, el elogio que éste acaba de hacerle.

Bibliotecas Municipales Públicas

Decidimos dirigir la atención sobre las Bibliotecas Municipales Públicas, cuya comisión también preside el señor Justo, según destacamos al emprender este trabajo, y que está integrada por don Alvaro Melián Lafinur, como vice; Ismael Bucich Escobar, tesorero y Alfredo Duhau y Josué Quesada, vocales. Esta institución funciona en la Biblioteca Municipal, calle Independencia esquina Castro, uno de los organismos, precisamente, que administra.

—¿Desde cuándo se inauguró ese importante servicio de ilustración general?

Nuestro entrevistado, que lo viene dirigiendo desde el primer día hasta ahora, contesta:

—Hay una ordenanza expedida al efecto en 1926. Su autor es el concejal Angel Gallo. A fines de ese año entró a regir. Establece la misma que se creen bibliotecas en barrios industriales y obreros. El interés está en cultivar los espíritus abatidos por el sufrimiento de una penosa jornada e instruir a aquellos que no tienen los elementos para adelantar su educación. El efecto obtenido, es halagador. Se sustrae de la calle o de los almacenes, factores útiles, que luego se incorporan con mayor aptitud para la lucha por la vida. La luz de los locales, las mesas lustrosas, los mapas que se insinúan a la vista, los carteles de inapreciable valor didáctico, la ventilación, comprenden un escenario encantador para gustar en él el buen libro.

—¿Disponen de recursos...?

—Limitados. Al promulgarse la ordenanza por el intendente Noel, se votaron treinta mil pesos anuales por el período. Ahora nos dan cuatro mil pesos más. Con esta suma exigua debemos

hacer las instalaciones, comprar los libros, correr con los gastos del alquiler y sueldos del personal. Pusimos el mayor empeño en la tarea, sin regatear sacrificio alguno. Y ya tenemos la satisfacción de haber inaugurado tres bibliotecas, con tal éxito que sólo en un turno de la que está instalada en Independencia y Castro, la «Miguel Cané», concurrieron arriba de trescientos lectores. Esta cuenta con cinco mil volúmenes de todo género.

En los Mataderos funciona la «Ricardo Güiraldes» con 2.500 a 3.000 libros. Los autores son múltiples, pero también tratamos de familiarizar al lector con los escritores nacionales. Lo principal es la calidad. Por consiguiente, hay que confesar que hay autores extranjeros irremplazables. Concurren allí unos cien lectores por día.

«José Mármol», de la calle Añasco y Virgenes, posee unos tres mil volúmenes y la frecuentan diariamente de 120 a 130 personas.

Bibliotecas de parques y jardines públicos municipales

Tenemos, por otra parte, la superintendencia de las bibliotecas de parques y jardines públicos municipales, que funcionan en número de seis en esta capital. Excepto la del Parque Patricios, donde van hasta trescientas personas al día, cada una de las demás: Parque Chacabuco, Jardín Botánico, Parque Avellaneda, Saavedra y Lezama, se ven visitadas por cien lectores, término medio.

Se atiende al público, por medio de una empleada, desde quioscos especiales. Los interesados se sientan en los bancos de las plazas, al sol en invierno, bajo la sombra de los árboles en verano, y aprenden a aficionarse a la lectura. Infinidad de ellos perderían antes el tiempo en el ocio. Como la ordenanza de las bibliotecas de los paseos es anterior a la creación de la Comisión de Bibliotecas Municipales, el presupuesto de las primeras corre directamente por cuenta de la Municipalidad. Es un alivio, mas no en la medida necesaria. Vamos a pedir que la administración de los gastos, el de empleados inclusive, sea hecho directamente por la comuna. A nosotros nos basta y sobra con el control técnico y cultural. Tanto más cuanto que una reciente ordenanza, crea tres nuevas bibliotecas de parques.

Otra de nuestras funciones es fiscalizar la marcha de las bibliotecas particulares que reciben subvención municipal, las que por ahora son ocho. Debemos visitarlas, compenetrarnos de las necesidades que llenan, de observar la clase de lecturas que se hacen y aconsejar, según el caso, se mantenga o retire el privilegio.

Conferencias suburbanas

A título de extensión de nuestras actividades culturales, pensamos dar en breve conferencias de temas agradables e instructivos en los locales de las bibliotecas. Estarán a cargo de miembros de la comisión. Aprovecharemos todo lo que sea una enseñanza. Por consiguiente, no faltarán las exhibiciones cinematográficas.

Como se nos acaba de confirmar en los puestos, en los que ya cesaba la comisión, contamos con el doctor Cantilo y su secretario de hacienda, doctor Arrambarri, para continuar los esfuerzos.

Si nos votaran más fondos, iríamos agrandando el plan de acción, de tal modo que instaláramos una biblioteca en cada radio, para abrazar la ciudad en una verdadera telaraña de libros.

Autores y obras argentinas

En el trato constante de las representaciones

del ingenio humano y de sus solicitudes en el ambiente, el señor Justo sabe respecto de aquellos la diferencia que existe entre los que nos llegan y los que producimos y de éstas distingue lo bueno y lo equivocado.

Preguntado al respecto, nos dijo:

—A los autores argentinos conviene estimularlos bastante todavía. El campo es propicio. Hay muchos jóvenes bien intencionados que trabajan y se evidencia calor y entusiasmo por saber. De tarde en tarde, aparece una cumbre.

He leído la producción última, con el mismo espíritu de ecuanimidad que las anteriores. Saqué en limpio que no debemos envanecernos con exceso, ni quejarnos demasiado.

La novela es el género más solicitado en la Biblioteca Popular del Municipio. A la inversa, en los barrios obreros son afectos al conocimiento, a las ciencias, artes manuales.

Lo que lee el público

—Según el registro de la Biblioteca Popular del Municipio ¿qué autores son los que más se lee?

—De los novelistas nacionales: Güiraldes, Gálvez, Méndez Calzada, Martínez Zuviria, Lynch. Extranjeros: Palacio Valdés, Víctor Hugo, Ellinor Glin, L. Tolstoi. Ensayistas: Hoffdin, Ortega y Gasset. Filósofos: Guyau, Williams James, Bergson y J. Rousseau.

—¿Diferencia proporcional entre los pedidos de autores modernos y antiguos?

—Ciencias filosóficas y políticas, un setenta y cinco por ciento antiguos; literatura, un sesenta contemporáneos, veinte modernos y otro tanto antiguos.

—De éstos, a estar a todas las instituciones bibliotecarias que preside, ¿cuáles son los que conservan permanente actualidad?

—Homero, Platón, Aristóteles, Demóstenes, Diógenes, Plutarco, Firdusi, Confucio, Marco Aurelio, Dante, Horacio, Virgilio, Klopstock, Garcilaso de la Vega.

—Teniendo el manejo de tan vasta producción bibliográfica ¿opina que nuestro país es ya apto para substituir los libros de ciencia del extranjero?

—Se ve tanto entusiasmo por las investigaciones científicas que no es aventurado prever, para un período más o menos cercano, que nuestra producción en tal sentido haga innecesario la concurrencia de obras extranjeras en la proporción que hoy se utilizan.

—Con arreglo a lo que dicen las boletas de todas las bibliotecas que dirige ¿qué obra es la más solicitada, cualquiera sea su índole?

—«Martín Fierro».

—¿Nuestro público lee para distraerse o por vocación al estudio?

—La mayor cantidad lee para instruirse, ya sea para oficios, profesiones o cuidado de su salud, higiene personal y dirección del hogar.

Los cambios que pueden producirse en los lectores cede a la influencia de las publicaciones que se hacen por los diarios. Por ejemplo, la adjudicación del premio Nobel a un autor poco difundido en nuestro país, hace converger de repente la atención y los gustos hacia el favorecido.

Interrumpido por otra visita, finaliza el señor Justo la entrevista con esta frase:

—Hay una clase de lectores que se dedican a lo ya consagrado y a nada más que eso. Y otra solamente a las novedades, cualquiera sea su valor intrínseco.

La mujer en las letras, de acuerdo con el resultado del concurso realizado por la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres.

Un elevado exponente ha sido este año el certamen de literatura y didáctica organizado por la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, que preside la señora Carolina Lena de Argerich.

Modos de ver de Marta Maldonado de García, primer premio prosa.

—Creo,—nos dice Marta Maldonado de García, favorecida con el primer premio prosa—, que la mujer se destaca a la par del hombre en cuestiones literarias, aun cuando su numen es limitado, tal vez por falta de mayor cultura y de independencia de criterio en el ambiente femenino. Y no por carencia de condiciones.

Se inspiró en su hija

El importe de lo recibido es de trescientos pesos. Pero más que la cifra es la satisfacción en sí.

—Sin duda alguna un premio es un estímulo y siempre alienta,—sostiene—, pero en cuanto a que sea un acicate para mis aficiones literarias, diré francamente que cuando escribo lo hago respondiendo a un imperativo interior y sin determinación premeditada en la mayoría de los casos.

Se trata de una persona que ya sufrió una decepción y lo lógico era que el tiempo reparara la injusticia, si es que la hubo.

—No es la primera vez que intervengo en un certamen literario—nos cuenta—, aun cuando en la oportunidad anterior lo hiciera sin ningún éxito. De esto hace ya mucho tiempo, al cursar el tercer año normal.



«Poemas de la pequeña», el trabajo premiado, es, pues, el segundo que envío al concurso literario femenino de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres.

El primero, obra de mi escasa preparación de estudiante, se titulaba «Mis poemas favoritos» y en él hacía el análisis crítico de tres autores.

—¿Habrá puesto mucho cariño en los «Poemas»?

—Como que están dedicados a mi hija... Contaba ella apenas cuatro meses cuando fueron escritos. Reflejo de todas las impresiones que su diminuta presencia ponía en mi alma son, por la misma causa, sencillos y emotivos.

La nena es su mascota

La señora de García está encantada con el pequeño ser a cuya influencia atribuye gran parte de la victoria:

—El premio me produjo una alegría profunda, porque ello arraigó mi creencia de que mi nena es «mi mascota» y de que por lo tanto todo cuanto emprenda o haga en su nombre ha de resultarme bien, forzosamente...

El esposo es su colaborador

—¿De modo que usted concibe la literatura en medio de los tiernos halagos del hogar?

—¡Ya lo creo! De mi nena ya les hablé. En cuanto a mi esposo, les pondré al corriente que es para mí un espíritu comprensivo que suele

colaborar en mis tareas literarias. En el mes de enero último publicamos una obra en común: «Mensaje de amor», y de la que se ocupó oportunamente LA LITERATURA ARGENTINA.

Debe escribir distinto la mujer

—¿Qué le sugiere a usted la mujer literata?

—Que su literatura es y debe ser distinta por su carácter a la masculina, puesto que su visión de la vida es diferente.

—¿Prefiere la prosa al verso?

—Me son igualmente simpáticos, siempre que su factura y contenido sean dignos de mérito.

Personalmente, no puedo decir a qué género me aficionaré más en lo sucesivo. Todos me son gratos. Por lo demás, me inclino por las producciones cortas.

—Habló, señora, de que las mujeres se destacan en la literatura. ¿Cuáles serían las de mayor talento en el país?

—Difícil me sería determinarlo desde el punto de vista de la actividad. Me abstengo, pues, de responder.

Autores nacionales y extranjeros que leyó y lee

De la forma en que sigue a los escritores, expresa:

—Los autores nacionales que más he leído son, entre otros, Larreta, Capdevila, Gache, Cancellar, Benito Lynch, E. Méndez Calzada, Leumann, Pedro Miguel Obligado, Eandi, Fernández Moreno, además de los desaparecidos como Carriego y de las mujeres, a quienes es más fácil seguir porque son menos. De los nuevos como Leonidas Barletta, los González Tuñón, Jorge Luis Borges, y tantos otros, he leído muy poco por falta de tiempo.

Los autores extranjeros que más conozco son españoles y franceses. De los ingleses únicamente Bernard Shaw, Oscar Wilde y los clásicos a través de traducciones, en razón de que no tengo un conocimiento amplio del inglés. El francés, en cambio, me es familiar. Lo mismo que del inglés puedo decir del italiano, y, por mis precarios conocimientos del idioma, me he privado de leer ciertos autores renombrados. En cuanto a los rusos, su literatura es tan profundamente humana, que creo no pierdo su íntimo sentido con las traducciones y pueden ser comprendidos aún en esa forma. De los escandinavos sólo conozco a Ibsen, Selma Lagerlöf y Knut Hamsun.

—Y entre los nuestros y los de afuera ¿con quiénes se queda?

—Opinando en general, los autores extranjeros me satisfacen más que los nacionales. Claro está que puntualizando pueden hacerse excepciones.

Finalidad de las revistas

—Para concluir: ¿hallamos motivos interesantes en las ilustraciones argentinas?

—Tengo poca costumbre de leer revistas, pero entiendo que la mayoría de las que se publican en Buenos Aires llenan cumplidamente la finalidad a que han sido destinadas: entretener a los espíritus que, sin tiempo material para leer buenos libros o faltos de la disciplina mental necesaria para hacerlo, buscan en las pequeñas dosis que las revistas proporcionan, el halago intelectual que todos anhelamos.

Para un número limitado escribe Josefa Tordesillas, tercer premio prosa.

La señorita Josefa Tordesillas, agraciada con medalla de oro, interviene por primera vez en esta suerte de concursos. Presentó «Relatos de mujeres».



Josefa Tordesillas

—¿El premio le anima a seguir trabajando?

—Naturalmente, — responde—. Pero mis aficiones literarias son tan antiguas que se conforman con poco. Escribo para un número limitado, limitadísimo. ¡Para mí!

Seguiré escribiendo por el placer de hacerlo nada más. Me entusiasman los relatos, también la novela. Pienso en una cuya acción se desenvuelva en el norte del país. ¿La escribiré? En este momento no lo sé. Por ahora, no tengo ninguna obra lista.

Revistas y autores

No tiene plan de lecturas exclusivas:

—Me gusta la prosa—destaca—. Leo las revistas más difundidas del país. Alguna que otra extranjera. De las nuestras «Criterio» es la que más se aviene a mi temperamento, porque defiende y sostiene mis ideales religiosos.

Veamos los libros: lei a Groussac, Larreta, Cané, Lugones y Capdevila. Leo a Molas Terán, Jijena Sánchez, Gisberta S. de Kurth, María R. de Adler, Gache, Rojas.

Los clásicos españoles, por otra parte, me agradan. De los modernos: Valera, Pardo Bazán, Palacio Valdés, Concha Espina. Conozco poco de otras literaturas. Eso sí, lo más representativo.

La opción entre los autores primeramente nombrados y los últimos, es punto extremo. Para mí hasta ahora hay dos libros: el Evangelio y el Quijote.

Los valores femeninos son relativos

—¿Su impresión sobre la mujer?...

—Excelente. Hay grandes valores femeninos. Sin embargo, ninguno ha llegado a la altura de Groussac, Larreta, Cané, Lugones, Capdevila, Güiraldes, por no citar más. Esto no quita que haya muchas mujeres de talento.

—¿Quiere definirnos su trabajo premiado?

—Con mucho gusto. Son cinco relatos cortos, retazos de vida de mujeres arrancados de la realidad.

Delia F. Réboli, primer premio didáctico, se preocupa del niño argentino:

Con «Higiene escolar», que le valió el primer premio didáctico consistente en doscientos pesos, se ha revelado la señorita Delia F. Réboli una excelente protectora de la infancia.

—Por primera vez he concurrido a un certamen de esta clase, nos expone—. La idea de que un trabajo mío pudiera merecer alguna recompensa, por parte de una entidad tan prestigiosa como es el Consejo Nacional de Mujeres, fué el incentivo que me impulsó a participar en el mencionado concurso.

He tenido en cuenta para redactar mi composición, el hecho de que la higiene se enlaza a todos

los ejercicios escolares, ya que en ellos «todo es cuestión de higiene», y, por lo tanto, lo he dividido en tres partes: 1.º, la que se refiere al niño en sí, y en sus relaciones con sus compañeros; 2.º, el medio circundante y 3.º, mobiliario escolar.

De tendencia higiénico-social, lo guía un espíritu sinceramente altruista en el sentido de mejorar la salud moral y física de los niños argentinos que por razones de herencia, ambiente, miseria, descuido y en muchísimos casos de ignorancia, se encuentren en deplorables condiciones.

Es indudable que al premiar mi labor, me he sentido estimulada y anhelo seguir trabajando y dedicarme a especializaciones didácticas, a las cuales me siento fuertemente atraída. Esto no excluye preferencias hacia otros géneros de índole literaria.

No tengo todavía una base concreta de actividad. Por lo pronto, pienso darle más amplitud a mi trabajo sobre «Higiene Escolar» tratando puntos que, para ser incluidos en un ensayo, le daban demasiada extensión. O bien agruparé estudios de la misma índole. Entre ellos: «Medios para evitar la vagancia en la niñez», trabajo inédito, y «La escuela primaria frente a la herencia y al ambiente», en el que estoy trabajando actualmente.

Sus lecturas

Respondiéndonos a otras preguntas, dice:

—He leído y leo a Sarmiento, Rojas, Lugones, Lynch, Gálvez, Quiroga, Franco.

Me agrada Pedroni por la fineza de sus versos; Dondo y Eandi por la sutileza de sus poemas; el lirismo de Pedro Miguel Obligado y la emoción honda y la sobria elegancia de los poemas calchaquies de Jijena Sánchez.

Cuanto hace a los extranjeros, conozco a Darío, Nervo, D'Annunzio, Ada Negri, Grazia Deledda, Fermín Silva Valdés, Juana de Ibarbourou. Me he preocupado de Tolstoy y Tagore. Conozco bastante de autores franceses por haber estudiado en la Escuela Normal de Lenguas Vivas y en ella se frecuenta detenidamente los autores extranjeros.

Mis revistas son «Aurea», «Orientación», «Criterio», «Síntesis», «La Revista Universitaria», «Nosotros». Leo con particularidad «La Obra» y «Nueva Era», de índole esencialmente educacional, aparte de otras extranjeras que me interesan profesionalmente, como la «Revista de Pedagogía» de Madrid.

Temas que esperan a la mujer

Pasando a otro tópico, indica:

—Creo que la mujer está llamada a ocupar un puesto importante en la literatura de la República, dado que ya hay escritoras cuya obra se destaca con relieves propios. Si se considera que la mujer argentina recién empieza a manifestarse en tal sentido, podemos prever en un futuro no lejano la aparición de mujeres que honren a la producción nacional.

Precisamente hay temas femeninos que están esperando la voz de una mujer que los cante. Cuando nuestras mujeres encuentren el tono para elevarlos, los valores artísticos femeninos habrán subido de punto.

—¿Tenemos ya mujeres de ingenio?



Delia F. Réboli

—Las hay que se insinúan talentosas, sin habernos dado por el momento la obra que las consagre como tales.

Cultura popular

La autora de «Higiene Escolar» cierra sus reflexiones con un elogio de la mujer por su tesonera consagración a la cultura social más inmediata:

—Es en el seno del aula, en el bregar constante y firme de la escuela primaria donde debe buscarse, por ahora, la ingerencia de la educacionista argentina en la cultura popular. Entidades femeninas existen, tales como la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, la cual ha extendido su radio, en la creación y sostenimiento de Bibliotecas Infantiles y elevación del nivel cultural de la obrera.

Pero esta forma de ilustración popular recién se insinúa. Pedagógicamente comienzan a vislumbrarse nombres de mujeres que en contacto con las corrientes europeas, están dando normas para encaminar a la educación por nuevas rutas, en la idea de que «el niño realice en su vida la supremacía del espíritu, aspirando a conservar y acrecentar la energía espiritual», respetando su personalidad y aprovechando la actividad de los niños de «adentro a afuera» a objeto de encaminarla en el cauce de los verdaderos principios de solidaridad humana.

La doctora Clotilde Guillén de Rezzano con su libro «Práctica de la escuela activa» y la doctora Ana H. Rose, joven y talentosa educacionista cuyos primeros frutos hemos empezado a recoger en su denso y bien formado libro «Renovación educacional», son nombres dignos de ser tenidos en cuenta en el presente momento.

A propósito, mi hermana Ida, ya iniciada el año pasado con su obra «Gorjeos» tiene un libro inédito de poesías infantiles, de acuerdo a los más modernos principios de la pedagogía.

Entre los educacionistas de vasta y profunda labor, merecen respeto Mercante, Nelson, Senet, Pizzurno y el profesor Morzone por su consagración en favor de los niños retardados.

Teresa Ramos Carrión, que obtuvo un «accesit», sabe el secreto de triunfar.

La señorita Ramos Carrión es de Tucumán. «Canto a la fe» es la composición en verso con que se presentó y que ha logrado un «accesit».

—Resolví tomar parte en la prueba del Consejo Nacional de Mujeres,—nos informa,—a causa de que la institución me es altamente simpática.

Nunca había participado de un torneo, razón por la cual esperaba ansiosa el fallo del jurado. La suerte me fué propicia, desde que se me adjudicó uno de los premios.

Esto ha sido para mí motivo de un gran estímulo. Siento que crece y se intensifica mi afán por el elevado ideal de las letras argentinas. Y afirmo que seguiré escribiendo con más amor cada día.

Actualmente tejo con cuidado la trama de una obra teatral en prosa, poniendo en ella pasiones, dolores e intrigas de la vida diaria. Su título aún no está definido, pues siempre he creído que él debe ser una consecuencia de la obra.



Teresa Ramos Carrión

Predilecciones

Más adelante agrega:

—Siento predilección por el verso,—dos libros que llevo publicados son de este género—; no obstante, leo indistintamente prosa o poesía.

En literatura todo es encantador cuando está hábilmente manejado. Las revistas como «La Esfera», «El Hogar», «Atlántida», «Caras y Caretas», me interesan por la variedad de los temas y la selección de sus colaboradores.

Fernández Moreno, Capdevila, Roldán, Arrieta, Bufano, Blomberg, Rega Molina, Solá, Storni, me cautivan. También Larreta, Gálvez, J. V. González, Ricardo Rojas, Carrizo, que manejan la prosa maravillosamente.

Entre los autores extranjeros, tengo mis preferidos. D'Annunzio es para mí el primer cerebro del mundo; R. del Valle Inclán, Martínez Sierra, Ricardo León, Concha Espina, Elinor Glin, Villaespesa, los Alvarez Quintero, Benavente, me han proporcionado las mejores horas, dando amplio campo a mi sensibilidad e imaginación. Ahora estoy leyendo una obra de Concha Espina.

Escritoras

—¿Algo sobre las escritoras...?

—Son buenas en su mayoría. Y más sensibles, observadoras. Desarrollan su arte con sincera emoción: van más al alma. Los escritores, en cambio, hablan mejor al cerebro.

Según mi criterio, las mejores escritoras de nuestro país son Alfonsina Storni, Emma Solá de Solá, Margarita Abella Caprile, María Alicia Domínguez y alguna que otra.

—¿Una apreciación sobre su trabajo premiado?

—Lo anima un espíritu de optimismo, para todo lo que en la vida se emprende. He cantado a la fe porque ella es confianza en el propio yo, que es la base del progreso y del éxito en todos nuestros actos. Si a un cerebro claro se une la fe en su propia obra, no tarda en llegar el triunfo.

La Peña organiza un concurso literario

El conocido centro artístico «La Peña», que se halla instalado en los bajos de la Avenida de Mayo 829, ha resuelto auspiciar la obra de los buenos poetas que empiezan.

A tal fin, otorgará un premio a la mejor obra inédita de las que se le envíen antes del 30 de septiembre próximo, sobre la cual se pronunciará un jurado que designará la institución no más tarde del 30 de agosto.

Este tendrá, entre otros, tres miembros pertenecientes a la subcomisión literaria de «La Peña» y se expedirá el 30 de noviembre.

Los participantes pueden no ser miembros de la entidad

creadora del estímulo, el que consistirá en la edición de la obra premiada y en la entrega al autor de las utilidades que dé el libro, trabajo que los socios de la institución tendrán derecho a adquirir con un cincuenta por ciento de descuento sobre el precio de venta.

Otras de las condiciones fijadas es de que los que se presenten sean puramente noveles, esto es, que no tengan ningún libro publicado, ser de nacionalidad argentina y que envíen sus producciones en cinco ejemplares escritos a máquina, con nombre y dirección del autor.

Deseamos el más franco éxito a esta iniciativa.

Roberto Arlt sostiene que es de los escritores que van a quedar y hace una inexorable crítica sobre la poca consistencia de la obra de los otros

"Roberto Arlt es la figura más inquietante del momento literario", nos había dicho Mariani. Y allá fuimos.

Casa de altos, habitación de escritor, modesto el hombre. Lo es tanto, que quisiera esconderse íntegro detrás de sus anteojos ahumados.

No tenemos cultura propia

Impuesto de nuestro objeto de que nos hable de los intelectuales del país, nos responde:

—¡Pero eso es hacerlo hablar mal a uno de todo el mundo, señor!

Luego agrega sonriente:

—Si por cultura se entiende una psicología nacional y uniforme creada por la asimilación de conocimientos extranjeros y acompañada de una característica propia, esta cultura no existe en la Argentina. Aquí lo único que tenemos es un conocimiento superficial de libros extranjeros. Y en los autores una fuerza vaga, que no sabe en qué dirección expansionarse.

Nos invita con un cigarrillo que no aceptamos.

—De consiguiente — prosigue — no hay una cultura nacional. Y las obras que llamamos nacionales como el *Martín Fierro*, sólo le pueden interesar a un analfabeto. Ningún sujeto sensato podrá deleitarse con esa versada, parodia de coplas de ciego que ha enternecido según parece a los corifeos de la nueva sensibilidad.

Países que nos educan

Se embute las manos en los bolsillos del sobretodo, después se sienta y se para, alternativamente.

—En cambio, — continúa, — los países que más activamente intervienen en nuestra formación intelectual son, sin disputa alguna, España, Francia y Rusia.

La literatura inglesa y alemana no han encontrado traductores ni intereses en los editores. De allí que desconozcamos casi uno de los filones más importantes de cultura, que ha elevado la civilización de esos pueblos.

Nuestros escritores por categoría

Podríamos entonces dividir a los escritores argentinos en tres categorías: españolizantes, afrancesados y rusófilos. Entre los primeros encontramos a Banchs, Capdevila, Bernardes, Borges; entre los afrancesados a Lugones, Obligado, Güiraldes, Córdoba Iturburu, Nalé, Roxlo, Lazcano Tegui, Mallea, Mariani en sus actuales tendencias; y entre los rusófilos, Castelnovo, Eichelbaum, yo, Barletta, Eandi, Enrique González Tuñón y en general casi todo los individuos del grupo llamado de Boedo.

Vapuleo de autores

—Alguna otra cosa de nuestros autores...

—Me gustan ciertos poemas de Lugones, Obligado,

Córdoba, Rega Molina, Olivari, aunque no me extrañaría, por ejemplo, de que Lugones saliera un día escribiendo una novela sobre el conventillo, tan íntimamente está desorientado este hombre que dispone de un instrumento verbal muy bueno y de unos motivos tan niños.

Rojas creo que únicamente puede interesar a los ratas de biblioteca y a los estudiantes de filosofía y letras. Lynch y Quiroga me gustan mucho. Este último tiene antecedentes de literatura inglesa y se le podría filiar entre Kipling y Jack London por sus motivos. Pero eso no impide que sea con su barba una figura respetable...

¿Gálvez? ¡Yo no sé hacia donde camina! Me da la sensación de ser un escritor que no tiene sobre qué escribir. Comenzó queriendo ser un Tolstoi y creo que terminará como un vulgar marqués de la Caprónica haciendo novelones históricos. Francamente, creo que Gálvez no tiene nada que decir ya.

¡Larreta! Un señor de buena sociedad, con plata, que tarda en escribir una novela mediocre, *Zogobí*, lo que otro tardaría en escribir una novela buena. Su único libro, *La Gloria de don Ramiro*, no creo que lo autorice a este señor a hacerse festejar en todas partes como si fuera un genio. En realidad Larreta es inferior a Manzoni y quizá literariamente uno de los escritores más hondos que tenemos.

Hugo Wast se explica, porque tenemos catorce provincias y estas catorce provincias están habitadas por una colonia católica lacrimosa e insulsa. Su público es de maestras sentimentaloideas.

Todos estos prosistas serían en España, Francia e Italia escritores de quinto orden. Les falta "métier", inquietudes, problemas, sensibilidad y todos los factores nerviosos necesarios para interesar a la gente.

Dichos caballeros, salvo Quiroga y Lynch, lo que podían hacer era dejar la pluma. Y la cultura nacional no perdería nada.

Esconde las uñas...

Apenas si nos animamos a preguntar por quién sería, a su juicio, la personalidad más completa.

—¡En nuestro país no existe ese espíritu! — contesta Arlt. — Candidatos a serlo aquí, en la Argentina, seríamos varios. Pero hay que trabajar y el que se va a poner las botas de potro aún no ha mostrado la uña... ¡Esperanzas!

—¿Y los que más se aproximan?

—Vean: como cuentista Quiroga; novelista, Larreta; poeta, Lugones; ensayista, Rojas. Todo esto aquí, en la Argentina, entendámonos! Y por el actual momento.

Del pasado y lo que quedará del presente

—¿Hemos recibido algo digno de estima del pasado?



Roberto Arlt

—El tiempo no nos ha legado nada. Sólo material para interesarle a un erudito alemán.

—Del presente, ¿quedará algo?

—Güiraldes con su *Don Segundo Sombra*; Larreta con *La gloria de Don Ramiro*; Castelnuevo con *Tinieblas*; yo con el *Juguete Rabioso*; Mallea con *Cuentos para una inglesa desesperada*. De estos libros algo va a quedar. El resto se hunde.

Siguen los azotes en la casa de Caifás

—“Escritores que tienen más fama de lo que merecen?” — parafrasea la interrogación nuestro entrevistado. Pues Larreta, Ortiz Echagüe, que no es escritor ni nada; Cancela que se ha hecho el tren con el suplemento literario de “La Nación”; Borges, que no tiene obra todavía.

Hay otros escritores que merecerían ser odiados por nuestra juventud y uno de estos es Lugones.

Los hay sobre los que pienso gratuitamente mal, a saber: Fernández Moreno, que no es poeta, además; Samuel Glusberg que es el más empedernido “lacayo” de Lugones y Capdevila que es un tío gordo.

Florida y Boedo

Discutimos un poco sobre los muchachos.

—De las nuevas tendencias que están agrupados bajo el nombre de Florida, — dice Arlt, — me interesan estos escritores: Amado Villar, que creo encierra un poeta exquisito, Bernardes, Mallea, Mastronardi, Olivari y Alberto Pinetta. Esta gente, por todo lo que hasta ahora ha hecho, con excepción de Mallea y Villar, no se sabe a dónde va ni lo que quiere.

Los libros más interesantes de este grupo son *Cuentos para una inglesa desesperada*, *Tierra amanecida*, *La musa de la mala pata* y *Miseria de 5ª edición*. De Bernardes podría citar algunos poemas y de Borges unos ensayos.

En el grupo llamado de Boedo encontramos a Castelnuevo, Mariani, Eandi, yo y Barletta. La característica de este grupo sería su interés por el sufrimiento humano, su desprecio por el arte de quincalla, la honradez con que ha realizado lo que estaba al alcance de su mano y la inquietud que en algunas páginas de estos autores se encuentra y que los salvará del olvido.

Cuando las nuevas generaciones vengan y puedan leer algo de todo lo que se ha escrito en estos años, se dirá: “¿Cómo hicieron esos tipos para no dejarse contagiar por esa ola de modernismo que dominaba en todas partes?”

Escritores desorientados

—Entendería como escritores desorientados, — añade, — a aquellos que tienen una herramienta para trabajar, pero a quienes les falta material sobre el que desarrollar sus habilidades. Estos son Bernardes, Borges, Mariani, Córdoba Iturburu, Raúl González Tuñón, Pondal Ríos.

Esta desorientación yo la atribuiría a la falta de dos elementos importantes. La falta de un problema religioso y social coordinado en estos hombres. ¿Pruebas? Mariani es un escritor en *Los cuentos de la oficina* y otro tipo de escritor en *El Amor Agresivo* y finalmente muy diverso en los cuentos que ha publicado últimamente en “La Nación”.

De Córdoba Iturburu podemos decir lo mismo. *El pájaro, el árbol y la fuente* completamente distinto a *Las danzas de la luna*.

Igual de Raúl González Tuñón. *El violín del diablo* parece ser obra de un escritor distinto al autor de *Miércoles de Ceniza*.

Bernardes se halla frente a una serie de problemas estéticos, que no sé como resolverá. Pero desde ya me creo con derecho a afirmar que Bernardes no cree en la nueva sensibilidad.

Borges ha perdido tanto el tino que ahora está escribiendo... un sainete. ¡Imagínense de cómo saldrá eso!

Si se me preguntara por qué ocurre esto, yo contestaría que lo atribuyo a que estos hombres tienen inquietudes intelectuales y estéticas y no espirituales e intuitivas.

Esta gente, a excepción de Mariani, no cree que el arte tenga nada que ver con el problema social, ni tampoco con el problema religioso. Y entonces trabaja con pocos elementos, fríos y derivados de otras literaturas de decadencia.

Los suplementos dominicales

Hacemos referencia a las ediciones literarias de los diarios, a lo que Arlt manifiesta:

—El suplemento literario de “La Prensa” está acaparado por tres escritores argentinos que pueden agradar al público que lee los avisos de ese rotativo: Bufano, Fernández Moreno y Fausto Burgos, tan calamitoso éste que muchas veces yo me he preguntado “qué es lo que piensa con el cerebro” el director del mencionado suplemento cuando se ha atrevido a aceptarlo.

Fernández Moreno también escribe versos, pero este es más claro y se dirige a los horteras que lo pueden entender. ¡Bufano, es el acabóse!

Por el contrario, el suplemento de “La Nación” es un disloque. Ha publicado ya tanta inocentada y su aparente eclecticismo es tan indigesto, que nadie tiene ya interés en publicar en “La Nación”. Creo que más difícil es colocar una colaboración en *Mundo Argentino*. Si sigue así el suplemento, dentro de poco tiempo tendrá que solicitar colaboración a Félix Visillac o al señor José Braña.

Estos dos suplementos no realizan ningún plan cultural. El público mira las fotografías y hace a un lado el resto del suplemento. Si no, recórranse las estaciones del subterráneo el domingo a la mañana. Ahí se podrá verificar esta verdad.

“Nosotros”, “Criterio”, “Síntesis”, “Claridad”

Sacamos conversación de las revistas.

—“Nosotros”, “Criterio” y “Síntesis” son revistas que no he leído nunca, — nos confiesa ufánamente nuestro interlocutor. Creo que sus lectores se componen exclusivamente de los que han mandado una colaboración y ya es raro.

Por lo que respecta a “Claridad”, aunque está mal escrita, peor compuesta y sin un método inteligente, tiene un público obrero y desempeña una útil misión social.

Sociedad de escritores, la Peña, Camuati

Tocamos otros puntos.

—Las sociedades de escritores no les interesan aquí ni a los propios escritores — declara Arlt, — como no ser a Rojas Paz que figura en cuanta sociedad se organiza.

De la entidad fundada por Lugones, opino que es una de las tantas macanas que este hombre ha hecho en su vida.

De la Peña y el Camuati puedo decir que son unos excelentes rincones para las personas que no tienen veinte centavos para tomar café. Culturalmente no preocupan a nadie, pues tienen una selecta concurrencia de burgueses o aburguesados con ribetes de artistas. Son asociaciones de mutuo bombo y muletas de auxilio para poetas cojos y personas que buscan su granjería.

Lo que opina de sí mismo

Arlt describe una graciosa reverencia.

—¿Qué opino de mí mismo? Que soy un individuo inquieto y angustiado por este permanente problema: de qué modo debe vivir el hombre para ser feliz, o mejor dicho, de qué modo debía vivir yo para ser completamente dichoso.

Como uno no puede hacer de su vida un laboratorio de ensayos por la falta de tiempo, dinero y cultura, desdoble de mis deseos personajes imaginarios que trato de novelar.

Al novelar a estos personajes comprendo si yo, Roberto Arlt, viviendo del modo A, B, o C, sería o no feliz. Para realizar esto no sigo ninguna técnica, ni ella me interesa.

Mariani, mi buen amigo, me ha aconsejado siempre el uso de un plan, pero cuando he intentado hacerlo he comprobado que, a la media hora, me aparto por completo de lo que proyecté. Lo único que sé es que el personaje se forma en lo sub-consciente de uno, como el niño en el vientre de la mujer. Que este personaje tiene a veces intereses contrarios a los planes de la novela, que realiza actos tan estrafalarios que uno como hombre se asombra de contener tales fantasmas. En síntesis, este trabajo de componer novelas, soñar y andar a las cavilaciones con monigotes interiores, es muy divertido y seductor.

—¿A qué público de hombres y mujeres se dirige?

—Al que tenga mis problemas. Es decir: de qué modo se puede vivir feliz, dentro o fuera de la ley.

—¿Le interesa un número amplio o reducido y selecto?

—Eso es secundario. Ni muchos ni pocos lectores me harán mejor ni peor de lo que soy.

Al batirnos en retirada, nos obsequia Arlt con este discurso:

—Tengo una fe inquebrantable en mi porvenir de escritor. Me he comparado con casi todos los del ambiente y he visto que toda esta buena gente tenía preocupación estética o humana, pero no en sí mismos, sino respecto a los otros. Esta especie de generosidad es tan fatal para el escritor, del mismo modo que le sería fatal a un hombre que quisiera hacer fortuna ser tan honrado con los bienes de otro como con los suyos. Creo que en esto les llevo ventaja a todos. Soy un perfecto egoísta. La felicidad del hombre y de la humanidad no me interesan un pepino. Pero en cambio el problema de mi felicidad me interesa tan enormemente, que siempre que lance una novela, los otros, aunque no quieran, tendrán que interesarse en la forma cómo resuelven sus problemas mis personajes, que son pedazos de mí mismo.

Aquí los escritores viven más o menos felices. Nadie tiene problemas, a no ser las pavadas de si se ha de rimar o no. En definitiva, todos viven una existencia tan tibia que un sujeto que tiene problemas, acaba por decirse: "La Argentina es una Jauja. El primero que haga un poco de psicología y de cosas extrañas, se meterá en el bolsillo a esta gente".

Nos sacude fraternalmente una mano.

—¡Creo que me expreso sinceramente y con claridad! —concluye riéndose.

El Juicio sobre Rosas

(A propósito del "Rosas" de Dardo Corvalán Mendilaharsu)



He leído el "Rosas" de Corvalán con la misma falta de pasión con que leo al doctor Mariano de Vedia y Mitre: como un juez de instrucción que examina un importante conjunto de pruebas.

El libro de Corvalán, es, en efecto, un alegato. Bien venido sea: la historia americana, y por lo tanto la Argentina deben mucho de su adelanto a los alegatos producidos con motivo de esas

cuestiones de límites internacionales. Tanto como a esos alegatos la historia argentina puede deber a los alegatos federales una mayor depuración, si están bien hechos. Si el libro de Corvalán fuera un alegato a base de impresiones subjetivas, de efectismo, sería malo. Pero no ocurre así: procede con pasión de abogado que defiende una causa que es la de su sangre, pero no la grita: da pruebas a favor de ella: pruebas documentales illevantables.

El aspecto preferido por el autor es el de los hechos: complementa, así, el libro de Quesada, que es un libro de interpretación. Esto explica el éxito editorial del libro: el público estaba harto de charla, aunque algún autor satisfecho de sí mismo llamara "Interpretación" o "Psicología" a sus improvisaciones.

Uno de los asuntos, que aparece varias veces en el libro, es el de Sarmiento y Facundo. Sarmiento tenía el

mismo espíritu de Facundo: por esto pudo escribir su magnífico libro. Esto lo ha confesado el mismo Sarmiento como puede verse en varios pasajes de sus obras, en escritos de madurez, cuando se había atemperado su pasión. Así, pues, no puede causar extrañeza que Sarmiento fuera tan expeditivo como Quiroga en lo que atañe a eliminar enemigos. Pero, para no ser injustos, recordémosle las menciones que hace Ernesto Quesada de otros unitarios, como aquel que prefería convertir el país en un cementerio antes que dejar de regenerarlo. Corvalán, trae, entre otras menciones, una de Lavalle, que lo pinta de cuerpo entero: habría habido muchos Navarros, si las cosas hubieran dependido de él. Felizmente careció de aptitudes en las luchas civiles; a pesar de haber desollado en las de la independencia. Lavalle no se equivocó, como Varela. Este hizo gestiones antipatriotas, como tantos otros unitarios, pero fué error generoso o consecuencia de una época en que aun en la Europa de civilización milenaria la idea de nacionalidad no estaba bien afirmada. Lavalle, en cambio, antes de ser vencido por sus enemigos, lo fué reiteradamente por sus defectos. Además de la referencia de Frías, que trae Corvalán, recordémosle cómo lo pinta Alberdi, que debía saber bien todo esto, en su obra cómica "El gigante Amapolas". Existe en la Biblioteca Nacional un folleto muy raro, pero que será necesario valorar críticamente antes de usarlo, que no deja bien parado a Lavalle cuando su retirada de Merlo. Este folleto, contra Rosas, fué escrito por Pedro C. Avila, que dice haber sido mazorquero, y publicado, antes de caer el dictador, en Lima, adonde fué a dar el autor después de huir de Buenos Aires.

Todo esto y otras cosas, explican la saludable desconfianza que tenían por los unitarios los muchachos de la Asociación de Mayo. Recuérdese, por ejemplo, lo que dice Echeverría. Pero era natural que así fuera: unitarios y federales eran argentinos: en virtudes y en defectos. ¿Por qué hablar tanto entonces?

Tengo por exacta la comparación hecha por Alberdi, Magariños Cervantes, Groussac y Quesada de la Edad Media europea y la dictadura argentina. La comparación, fácil, por otra parte, puede extremarse. Es fácil porque todos los estados salvo los que se forman por secesión pasan por una edad media más o menos corta, es decir, por un período de tiempo en que las pequeñas soberanías — señorías, condados, caudillazgos — luchan entre sí y contra un poder central y a veces también contra el extranjero. Esas luchas traen a la larga alianzas políticas, militares, dinásticas: van, así, disminuyendo en número y poder las pequeñas soberanías, al tiempo que asumen el último las grandes soberanías, cada vez con carácter más centralizado. Entre nosotros la Edad Media podría darse por terminada en 1852, pero nuestra geografía histórica nos legó otro problema: el de la capital: por esto la verdadera Edad Media se cierra el 80. Las tres presidencias intelectuales, serían, pues, nuestro Renacimiento. Por esto decía que la comparación puede extremarse: además tenemos nuestro Carlomagno: Rivadavia.

Uno y otro aparecen cuando la gran soberanía anterior ha caído con los últimos emperadores y los últimos directores. Después de un interregno de particularismo estadual una cantidad de circunstancias, más artificiales en el caso de Rivadavia que en el de Carlomagno, provocaron una pasajera unidad política, desecha con la desaparición del despotismo de la autoridad central. Para regocijo de los amantes de las menudencias recordará que — además de tener ambos vientre prominente, según lo afirman Eginardo secretario de Carlomagno y López, hijo del de Rivadavia — sus respectivas asunciones del poder fueron solemnísimas festividades, que ambos organizaron e impulsaron la educación, que el conjunto de «Capitulares» de Carlomagno es digno del afán legislativo de Rivadavia satirizado por Groussac en el ensayo sobre Diego Alcorta, que el «capítulo» de Villis es el homólogo de las leyes agrarias y económicas de Rivadavia, que, para terminar, después de Carlomagno y de Rivadavia gobernaron dos hombres semejantes: Luis el bueno y don Vicente López y Planes. El carácter de ellos terminó con la unidad del país y sobrevino la desmembración, nació la guerra y comenzaron los procesos de parcelación de soberanías hasta que las luchas exigieron, como dice Groussac, que el lobo más fuerte fuera el jefe: Luis XI allá, Rosas aquí.

La postura eticista en historia es falsa. Está bien que el historiador no sea un rapsoda de documentos, — sea de los viejos que los transcriban y con ello creían escribir, sea de los nuevos que lo hacen con más «ciencia» — está bien que se exija al historiador realizar el mínimo de la «historia idealmente contemporánea», pero no debe pretenderse censurar ni elogiar. Si de la exposición resulta elogio o censura, bien; pero lo esencial es exponer hechos, y exponerlos de modo histórico. Claro es que la época de Rosas está demasiado cerca para que se les pida a Corvalán o al doctor Vedia y Mitre que hablen de modo imparcial. Llegará un día, gracias principalmente a los extranjeros e hijos de extranjeros, en que se hable de esa época, de lo bueno y de lo malo, con la misma indiferencia valorativa que puede ponerse en una tarea hematimétrica, por ejemplo. El manualito de Malet, que todo el mundo conoce, trae, a propósito de las costumbres de los francos, dos relatos de Gregorio de Tours, de los que recordará uno.

Clodomiro, hijo de Clodoveo, dejó al morir dos hijos, cuyos tíos, Clotario y Chilberto vieron en ellos un peligro y, después de concertado un plan, los llamaron con pretexto de coronarlos. Clotario cogió por el brazo al ma-

yor de ellos, lo echó a tierra y le hundió el cuchillo en el sobaco, dándole, así, una muerte cruel. Como oyera los gritos de la víctima, el otro niño se arrojó a los pies de Chilberto y le dijo con los ojos bañados en lágrimas: «Socorredme, querido y buen padre mío, para que yo no muera como mi hermano». Conmovido, Chilberto dijo entonces a su hermano: «Te ruego muy querido hermano, que tengas la generosidad de concederme su vida. Si así lo haces, te daré por ello lo que me pidas». Clotario, luego que lo hubo injuriado, le respondió: «Aparta de mí ese niño, o tú morirás por él. ¡Después de haberme incitado a hacerlo me abandonas de repente!». Chilberto, apartado entonces al niño, lo arrojó a Clotario, que le hundió igualmente el cuchillo en el costado y lo mató. En seguida mataron a los criados y a los ayos, y Clotario montando después a caballo, se fué con Chilberto a los arrabales, sin mostrar el menor remordimiento por el asesinato de sus sobrinos. Uno de éstos tenía diez años, y el otro siete. «El mismo Clotario, agrega Malet, incendió con su propia mano, una cabaña donde había hecho encerrar a su hijo Othram, a la mujer y a los hijos de éstos».

Los niños franceses se emocionarán cuando lean esto, pero más adelante aprenden que esos y otros actos de crueldad abatieron lentamente los poderes señoriales y condujeron finalmente al advenimiento de una autoridad nacional fuerte, que fué un beneficio para todos.

Aquí Rosas hizo lo mismo. Puesto en la realización de un plan, con conciencia o sin ella, hizo todo lo que debía hacer: mandar asesinar; empobrecer las provincias para que dependieran de él, es decir de la aduana que él administraba; comprar o hacer callar o huir a quienes por su inteligencia podían ser obstáculo para sus planes, etc., etcétera.

¿Cómo se hubiera hecho la unidad nacional sin Rosas? Con mucha producción, mucha industria, muchas vías de comunicación, mejoramiento de técnicas, capitales... una cantidad de cosas que todavía no tenemos.

Todos sentimos gran aversión a las dictaduras y a los tiranos. Yo los compararía a la medicación sintomática: si un enfermo tiene fiebre por un proceso infeccioso, no debe tomar un febrífugo, sino un remedio contra la infección. Pero la fiebre puede ser ella misma un peligro, en algunos casos y no hay más remedio que atacarla. El ideal no es poner orden en un país con un año de dictadura, sino con veinte de educación. Pero en la época de Rosas el desorden era un peligro tan activo que necesitaba remedio inmediato, aunque sintomático.

Rosas, fué, en efecto, el remedio sintomático. Y si era o no necesario y urgente lo prueba la lentitud con que la medicación específica va actuando hasta el presente.

Por este camino, contabilizando toda la obra de Rosas, acaso lleguemos... ¿a rehabilitarlo?, ¿o sólo a perdonarlo?

No nos importa cuál sea la solución final. Hasta ahora tenemos bien sabidas dos cosas: que hay mucho que rechazar por falso en la leyenda unitaria, y que de lo que queda hubieran sido autores los unitarios, si los papeles se hubieran invertido. Alegrémonos, pues, de la publicación de libros como el de Corvalán que contemplan una época que hasta hace poco no ofrecía muchas dudas, por ser poco conocida: estos alegatos federales serán fuertes acreedores de nuestra verdad histórica. Por esto esperamos ansiosos otras contribuciones que promete Corvalán.

Estoy seguro, para volver al relato de de Tours, que llegará un día en que por la mayor investigación, miraremos, o mirarán los nietos de nuestros nietos, estas discusiones de figuras históricas, con la misma indulgencia casi indiferente con que son miradas en Francia los gloriosos bárbaros que prepararon el país que hoy es cumbre de nuestra civilización.

Narciso Binayán

Es obra de sano argentinismo leer y propagar LA LITERATURA ARGENTINA

Nuestra prensa y sus características. Crónica acerca de su evolución y trascendencia



J. Cantarell Dart

El periodismo argentino se caracteriza por múltiples factores y está vinculado estrechamente a la obra de nuestra nacionalidad.

Puede decirse que sin él no habría germinado la pléyade de hombres que dieron brillo al país.

Ninguna acción ha sido más persistente, más eficaz, más fecunda que la desplegada por el cuarto poder durante la era revolucionaria y posteriormente durante la tiranía. Su semiente mordió la tierra y dio de sí la planta que se coronó más tarde con la flor delicada y el fruto substancioso.

De tal suerte, que al aguijón del periodismo débese progresivamente las conquistas más preciadas de la libertad política, social y literaria del país.

Desde «El Telégrafo Mercantil», fundado el 1.º de Abril de 1801—primer periódico porteño—hasta «El Nacional», llamado donosamente «el nido de cóndores», porque fué allí el refugio inmortal de muchos de los fundadores de nuestra nacionalidad, el periodismo embellece sus páginas con su prédica, que ora apasiona y destruye, ora reedifica y crea la conciencia ciudadana.

Y es a este periódico que le cupo el honor de que las autoridades prohibiesen su salida y clausurasen su imprenta por haber sostenido simple y festivamente desde sus columnas que Buenos Aires era la ciudad del universo en que más se fomentaba la holganza, así como el lujo de las mujeres, por todo lo cual proponíase casar a todos los célibes, ya fuesen españoles o americanos, y que se les confinase a la Patagonia para que formaran pueblos.

Desaparecida esta publicación, sale a la luz el mismo mes de Octubre de 1802 el «Semanario de Agricultura, Industria y Comercio», dirigido por D. Hipólito Vieytes; y el 1.º de Marzo de 1810 aparece en esta metrópoli el «Correo de Comercio» a cargo de D. Manuel Belgrano, y en el que se insinúa y exterioriza los primeros gérmenes de altivez del pensamiento argentino.

Inmediatamente se funda «La Gaceta de Buenos Aires», dirigida por Don Mariano Moreno, donde ya queda evidenciado doctrinariamente el empuje de las ideas liberalistas y se repudian con una lógica y una elevación de miras el régimen de gobierno de muchos pueblos. En las huellas dejadas por «La Gaceta» siguen apareciendo y cumpliendo con la misión patriótica que los alentaba, periódicos como «El Censor», de 1815, y «El Redactor del Congreso», que vivió de 1816 a 1819.

De 1820 a 1822 aparecen casi diariamente publicaciones dirigidas por aquel endiablado y famoso fraile Castañeda, que creó en Buenos Aires ese «poder» que se llama la prensa, como que por él y contra él, principalmente, se sancionaron las leyes sobre libertad de imprenta que han prevalecido más de sesenta años (1).

Al recordar a este escritor originalísimo y fecundo, satírico y mordaz, no debemos olvidar los nombres de algunos de sus periódicos memorables por más de un concepto; Doña María Retazos, «El Torito Colorado», «El Centinela del Día», «El Centinela de la Noche», «El Diablo Colorado», «Desengañador gauchi-político», «El Americano», etc., etc.

De Mayo 12 a Noviembre 24 de 1821 apareció «El Argos», periódico de D. Santiago Wilde. En 1822 apareció otro, «Argos», que también fué de vida efímera.

En Enero 17 de 1829 se fundaba «El Pampero», por D. Manuel Bonifacio Gallardo y Planchón con el fin de sostener y defender a los revolucionarios de Diciembre de 1828.

Otros periódicos de menor cuantía aparecen desde esta fecha a 1831, en que salen a la luz «Don Gerundio», «Pincha Ratas» y el «Abogado de los Unitarios». Estos periódicos y otros que no mencionaremos, eran como meteoros, cuya luz se ve y se pierde fugazmente, sin dejar rastros en el firmamento.

Así sucedía con estas publicaciones, verdaderos conatos de prensa, que a la postre, eran, nada más, que alegatos personales, sin consistencia ni fuerza alguna, imprecisos, fosforescentes, que salían para alzar la voz y enmudecer después.

«La Gaceta Mercantil», por ejemplo, ya no sigue la tradición incierta de sus predecesores. Duró más. Dirigida por D. Nicolás Mariño, vivió durante todo el gobierno de Rozas, del cual fué órgano oficial.

Recorriendo sus páginas surgen en medio de himnos al «Restaurador de las Leyes» las figuras de D. Pedro De Angelis, Esteban Hallet, Manuel Irigoyen, Avelino Sierra, el poeta Rivera Indarte, más tarde iracundo y acérrimo enemigo del «rozismo».

Paralelamente a este movimiento del periodismo porteño, se desarrollaba otro en el interior del país.

En Tucumán surgía el primer periódico, impreso en 1817, fundado por D. Manuel Belgrano, y que llevaba por título «Diario Militar del Ejército Auxiliador del Perú». En 1820 «La Gaceta Federal» en Santa Fe. «El Tucumán Imparcial» en Tucumán; «El Termómetro del Día» y «La Gaceta de Mendoza», en la ciudad de este nombre; en Entre Ríos aparece en 1821 el «Correo Ministerial del Paraná» y el «Restaurador Tucumano», dirigido y redactado por D. Juan José Dánayon Sarayse.

De 1822 a 1825 aparecieron: en Corrientes el «Registro Oficial de la Provincia», en Córdoba «El Observador Eclesiástico», «Montonero», «Investigador» y otros más; en San Luis «El Defensor de la Carta de Mayo» en Mendoza «El Orden», «Registro Ministerial», «Verdadero Amigo del País», «Eco de los Andes» y «Amigo del País»; en Tucumán: «Boletín del Ejército Pacificador de la Provincia de Tucumán en Salta»; «Revista de Salta».

Y así podríamos seguir enumerando muchísimos más, aparecidos en esta provincia, pero que por la falta de espacio nos vemos obligados a silenciar.

Ahora bien, cabe señalar especialmente la evolución progresiva del diarioismo porteño con la aparición del primer periódico ilustrado, que fué «El Museo Americano», a cuyo frente estuvo D. Rafael Mimielle, de 1835 a 1836, siendo su editor, según tenemos entendido, D. César Hipólito Bacle; siguiéndolo en importancia ya que no en duración, «El Diario de Avisos» (1848). Otros más surgieron casi contemporáneamente a éstos, como ser, «The British Packet and Argentina News» y «Le Narrateur Française».

Se debe a D. Juan Ramón Muñoz y Cabrera la fundación de «La Tribuna», en 1852, que imprimió nuevas normas al periodismo nacional, dándole un carácter más moderno, en lo que respecta a la distribución del material de información y de síntesis en los sueltos de comentarios.

(1) Vida y Escritos del Padre Castañeda por don Adolfo Saldías.

Bueno es consignar en esta crónica que el periodismo durante la tiranía desempeñó un papel preponderante y útil, aunque subalterno, para los destinos de nuestra nacionalidad.

Con él y por su acción combativa y persistente se alcanzaron conquistas no realizadas con otras armas.

En la librería de Marcos Sastre, allá por el año 1837, nació el «Salón Literario», en donde se agruparon los primeros escritores del país, y en cuyo recinto se trabajaba clandestinamente el pensamiento argentino, fecundándose la «Asociación de Mayo» y el «Dogma Socialista», que nació de su seno (2).

Los hombres que combatían a Rozas, aprovecharon fuertemente al periodismo e hicieron de él un culto, pero no pudieron ejercer, porque se lo amordazó, se castigó al patriota, se abolió la libertad y el caos lo cubrió todo.

Y la prensa, la mala prensa, hizo de las suyas subalternizándose y convirtiéndose en el instrumento de fuerza en aquel medio desorbitado moral y políticamente.

Y, en consecuencia, vino la emigración. Y los que no cumplieron con el tirano, debieron tomar el camino del destierro. Y fué principalmente en el Uruguay donde se constituyó el baluarte más fuerte de resistencia contra el régimen imperante en Buenos Aires.

Y allí fundaron «El Iniciador» para proseguir su prédica revolucionaria, acusando ante el mundo al exterminador de la Argentina, para emplear las propias palabras de Echeverría:

Largo nos sería enumerar cronológicamente los diarios aparecidos durante esa época, llamada por Ricardo Rojas, nuestra Edad Media.

El periodismo comienza entonces a desempeñar el rol que corresponde a sus altas finalidades espirituales y morales, durante la organización nacional, que fué el período en que la prensa dejó de marchar a la deriva para ajustarse a las normas de estabilización y al orden institucional en que iba acercándose finalmente el país.

En el diario «Los Debates», del general Mitre, pasan hombres que dejan la aureola de su actividad literaria.

Por otro lado, Olegario Andrade y Guido Spano fundan «La América», y D. Nicolás Calvo «La Reforma Pacífica», D. Luis L. Domínguez y D. Luis Frías «El Orden».

En «El Nacional», que fundara el Dr. Dalmacio Vélez Sarsfield, pasa toda la inteligencia argentina. Allí se destacan hombres como Sarmiento, que lo dirigió durante el período de 1874 a 1878, Nicolás Avellaneda, Delfín Gallo, Florencio Varela, Aristóbulo Del Valle, Lucio V. Mansilla, Miguel Cané, Carlos Pellegrini, Carlos Encina, Tomás Guido, y otros muchos.

«La Tribuna», de los hermanos Varela, que descolaron en la política y en las letras, Estanislao Del Campo, Benjamín Victorica, Manuel Linares, etc. «El Tribuno» y «El Porteño» los dirigió Héctor Varela. «El Diabolo» y «Don Quijote» estuvieron a cargo de Juan María Gutiérrez y colaborando en ellos Juan Chas-saing y Carlos Encinas. «El Correo del Domingo», «El Siglo» y «La Verdad», dirigidos por D. José María Cantilo.

El género caricaturesco se inicia en forma rotunda en periódicos como «El látigo» (1865), «El Mosquito», y el «Don Quijote», cuyo éxito no ha sido superado hasta nuestros días.

En 1868 aparece «La República», fundado por D. Manuel Bilbao y Alejandro Bernheim.

La fiebre diarista aumenta y por doquier surgen nuevas publicaciones. Así, el general Mansilla funda «La Patria» y «El Mercantil» con el coronel Plaza

Montero; «La Discusión», «La Protesta», «La Política y la Pampa», «El Fénix», «La Patria Argentina», «La Crónica», «La Libertad», «El Siglo», «Los intereses argentinos», «El Figaro», etc., etc.

Otros periódicos nacieron también con una más o menos accidentada y larga vida. En «La Unión», que apareció el 1.º de Febrero de 1872, formaron parte de su plantel hombres como Pedro Goyena, José Manuel Estrada, Emilio Lamarca, Tristán Achaval Rodríguez, Santiago Estrada, Miguel Goyena y otros.

«La Tribuna Nacional», «Sud América», «El Censor», «El Argentino», fueron diarios de prestigio intelectual y además ejercieron una saludable influencia en los destinos del país. Así, por ejemplo, el último de los nombrados nació para combatir políticamente al presidente Juárez Celman. Allí Leandro N. Alem, Aristóbulo del Valle, Mariano Demaría (hijo) y José Apellániz lucieron sus cualidades de escritores unos y de periodistas y hombres de acción los otros.

Del periodismo argentino nacieron las mejores obras del pensamiento. Y es porque todo él está vinculado asociado e identificado con las conquistas de la libertad.

Cuando se dejaron las armas, la juventud tomó la pluma en aras de la democracia. De tal suerte, que para completar la obra de emancipación política, era menester hacerla extensiva a la esfera del arte y de la ciencia. Y al periodismo le cupo el honor de exteriorizar y de glorificar los ideales del liberalismo europeo, «añadiendo y suprimiendo» las formas que, por una u otra causa, no convenían a la naturaleza de los pueblos de América.

Nuestra prensa, pues, nació al primer grito de libertad, y, por eso, toda ella, que hizo un alto sacerdocio del propio culto, sacrificándose por la patria y haciendo luz en pos de sí por el continente, debemos recordarla siempre con veneración, porque constituye el atributo más característico y más glorioso de nuestra nacionalidad.

J. Cantarell Dart

MANUAL DE DERECHO MARITIMO

POR

JUAN C. CARLOMAGNO

ABOGADO

Doctor en Jurisprudencia de la Universidad de Buenos Aires,
Miembro Permanente del Comité Maritime International

PROLOGO DEL DOCTOR

LEOPOLDO MELO

Profesor de Derecho Marítimo en la Facultad de Derecho de la
Universidad de Buenos Aires

SEGUNDA EDICION notablemente aumentada. Con la Bibliografía más completa de la materia y la Jurisprudencia de los Tribunales Argentinos, hasta el año 1926.

Un volumen de más de 800 páginas
conteniendo los siguientes capítulos:

EL DERECHO MARITIMO - EL BUQUE - EL ARMADOR - EL PERSONAL DEL NAVIO - EXPLOTACION DEL NAVIO - LOS RIESGOS DEL MAR - LOS SEGUROS MARITIMOS - EL CREDITO MARITIMO - LEGISLACION - BIBLIOGRAFIA - TEXTOS LEGALES CITADOS - INDICE ALFABETICO.

En todas las Librerías. — Rústica \$ 18, Encuadernado \$ 21

(2) Estudio biográfico sobre Echeverría por Juan María Gutiérrez. Véase el Dogma Socialista en Cultura Argentina.

Acerca de "El actual momento literario"

Conferencias del Dr. José María Monner Sans



Dr. José María Monner Sans

En el salón de actos del Colegio Nacional de Buenos Aires se realizaron el 22 y el 25 del junio pasado las disertaciones a cargo del profesor del establecimiento, doctor José María Monner Sans, las cuales versaron sobre «El actual momento literario». No disponiendo sino de una fragmentaria versión taquigráfica de ellas, nos limitamos a dar la breve reseña siguiente.

Antes de iniciar la primera, referente a «La renovación lírica de hoy», el Director del Colegio, Dr. Juan Nielsen, presentó al conferenciante y aludió, en particular, a sus condiciones de catedrático, estudioso de su materia y eficaz en la enseñanza de la misma.

Cedida la palabra al Dr. Monner Sans, éste comenzó relatando una anécdota escolar relativa a cierto estudiante que, al llegar a los dieciséis años, ya «quería hacer estética» en sus primeros ensayos literarios, y dijo que tal pretensión juvenil venía muy a cuento de tratar de la nueva poética. No es fácil estudiarla hoy serenamente, —añujo— pues convivimos con ella y no ha cobrado aún la perspectiva necesaria para su exacta valoración crítica. Sin embargo, es posible tentar la explicación de sus principales postulados artísticos y seleccionar, del conjunto de la producción actual, sus formas de expresión más características. La renovación, por otra parte, opérase no solo en la lírica, sino que se aprecia en todos los géneros literarios como una resultante forzosa del período denominado de «la trasguerra».

El problema puede plantearse mediante una serie de interrogantes: ¿Se ha iniciado una nueva era literaria o ha nacido una nueva escuela? ¿Nos encontramos sólo ante una simple desviación del simbolismo francés de fines del siglo anterior o del modernismo hispanoamericano que se impuso a principios de la centuria en que vivimos? ¿Es, acaso, el momento presente un intermedio poético entre las tendencias que se reflejan en los modernistas y en sus continuadores recientes con respecto a la lírica del porvenir o es, simplemente la adoptada por los poetas actuales, una postura cómoda para llamar la atención del público?...

A fin de responder, y no en forma del todo categórica, a estas preguntas, el doctor Monner Sans trazó un cuadro general de las postreras modalidades literarias: el futurismo, el dadaísmo, el cubismo, el ultraísmo y el creacionismo, deteniéndose especialmente en el examen de estas dos últimas escuelas.

Afirmó que la grave situación social del mundo al concluir la guerra en 1918 sacudió el alma colectiva, y que la inestabilidad de todo —ideas, creencias, instituciones— trajo consigo este modo de vivir moderno, lleno de inquietud excesiva y de apresuramiento nervioso. Manifestaciones visibles de semejante estado de ánimo hallábase a cada paso en la desmedida afición por el cinematógrafo, en el gusto por la música del «jazz», en la pasión por los deportes... Sea lo que fuere, la realidad se impone a los humanos y el estado espiritual de estos días ha de originar una expresión poética diferente a todas las anteriores. De ahí la llamada «nueva sensibilidad», fácilmente perceptible si —a fin de rever la historia de las letras castellanas desde 1830 hasta la fecha— releemos, escalonadamente, a los románticos, a los modernistas, a los postmodernistas y, en último término, a los más flamantes poetas. Ejemplificó el conferenciante esta parte de la exposición leyendo y comentando la rima de Bécquer que empieza «Como enjambre de abejas irritadas» (señalando así una de las fases finales del romanticismo español), «Sinfonía en gris mayor» de Darío, «Invitación al hogar» de Fernández Moreno y «Lunes» de Miguel Alfredo D'Elia.

Destacó en el romanticismo su lema capital, el de la libertad artística, y mostró, además, su propensión exagerada

hacia el sentimentalismo declamador y llorón; puso al descubierto en el modernismo —que no era sino, en lo esencial, mezcla de estética parnasiana con estética simbolista— su inclinación a la vaguedad en la expresión de los afectos, su afán por «lo raro», su cuidado de la eufonía («la música ante todo», según el lema conocido), y el prurito por olvidar los moldes clásicos de la versificación castellana, el ritmo especialmente.

Recordando estos antecedentes —aseveró el doctor Monner Sans— es posible entrar a considerar las escuelas de vanguardia, interesando en nuestro idioma las tituladas «ultraísta» y «creacionista».

Al ocuparse de la primera estableció —de acuerdo con sus teorizadores— los rasgos distintivos siguientes: 1.º, la metáfora y la serie de metáforas como fundamento del poema lírico; 2.º, la supresión del tema dentro de él; 3.º, la exclusión de lo retórico y de lo ornamental en el estilo moderno; 4.º, la tendencia a la síntesis en cada composición literaria; 5.º, el dislocamiento del ritmo, incluso el ritmo libre y flexible de los modernistas; 6.º, la abolición de la rima; 7.º, el destierro de los signos de puntuación; 8.º, la nueva disposición tipográfica de cada poesía.

Ilustró estos tópicos leyendo algunos ensayos actuales en prosa y en verso, y pasó luego a tratar del creacionismo, cuyas figuras de más relieve son Reverdy, Huidobro y Gerardo Diego. Esta escuela, directamente emparentada con la anterior y que aspira a superarla, pone de relieve la función del factor subconiente en la labor del poeta, sostiene que la creación debe realizarse por obra exclusiva de la imagen, sin elemento vital alguno, ya que solo así la producción artística adquiere realidad propia. Dentro, pues, del creacionismo, el lenguaje figurado carece de limitación, pues no tiene por qué contrastarse con la vida misma. Véase un ejemplo:

Hice correr ríos
que nunca han existido
De un grito elevé una montaña
y en torno bailamos una nueva danza.
Corté todas las rosas
de las nubes del Este.
Y enseñé a cantar un pájaro de nieve.
Marchemos sobre los meses desatados
Soy el viejo marino
que cose los horizontes cortados.

De esta suerte, la supresión del tema, el abuso de la metáfora y la arbitrariedad de la imagen son algunas de las notas más visibles en la lírica actual. El poema no es más —dicen— que «una cabalgata de metáforas que se escabitan».

El disertante resumió luego varias observaciones contenidas en el libro de Jean Epstein, «La poesía de hoy», especialmente los relativos al ilogismo de la literatura moderna, su apego a la esquematización, a la instantánea, al rapidismo, propios del vivir contemporáneo. Finalmente recogió las ideas vertidas por José Ortega y Gasset en su ensayo «La deshumanización del arte», quien revela cómo se tiende ahora hacia un arte puro desentendido de la realidad circundante, y cómo, dentro de tal corriente estética, es la metáfora un verdadero instrumento de deshumanización, pues deforma lo real a veces hasta caprichosamente. Indicó asimismo la afición a la ironía en la lírica reciente, detalle que el profesor español estudia en su mencionado trabajo.

El principio de la «mimesis» aristotélica —la imitación artística de la realidad— parece sufrir un eclipse con estas escuelas poéticas: quiere «hacerse arte» sin realidad. ¿Es ello posible?... preguntó el doctor Monner Sans al concluir su primera conferencia.

— I —

En la segunda, «El frenesí de la metáfora», empezó comprobando que en todas las artes hay indudables in-

tentos de renovación: en la arquitectura, en la escultura y en la pintura por influencia del cubismo, en la música por obra de la escuela de Debussy y sus continuadores, en la literatura merced a las tendencias que esbozó en su disertación anterior. En éstas lo más notorio es la meta a que ellas quieren acercarse: la irrealdad, la deshumanización de la poesía. Pero, ¿es ésta precisamente, puede ser ésta la «nueva sensibilidad» de que tanto se habla?

Para entrar en materia, volví a glosar el tomo de Epstein ya citado, ocupándose de las denominadas imágenes sucesivas, breves e intermitentes, de la ausencia de gramática y puntuación, del sensualismo enfermizo de la literatura actual, producto de una «aristocracia neuropática» que da base al mismo autor francés para trazar un paralelismo — muy sugestivo, sin duda — entre la literatura de los alienados y la literatura de vanguardia... A este respecto, leyó el poema de un loco que Epstein transcribe en su libro «La poesía de hoy».

Retomé también el ensayo de Ortega y Gasset antes aludido, donde se afirma la gestación indudable de un «nuevo estilo» que responde a «la orden del tiempo», ya que «en arte es nula toda repetición». La metáfora — protagonista de los destinos poéticos — facilita la evasión pues «suplanta una cosa por otra», y es así — según dijese — un imprescindible instrumento de deshumanización: «El poeta empieza donde el hombre acaba». Por otra parte, al decir del maestro hispano, «la nueva inspiración es siempre, indefectiblemente, cómica».

Cebada de este modo la doctrina de las nuevas escuelas, apréciase sin dificultad que ella recoge inspiraciones románticas en su credo fundamental, la amplia libertad artística, y recibe aportes simbolistas en su gusto por la vaguedad, por la imprecisión y por lo raro, y en su inclinación al verso libre, al uso del neologismo, etc. A pesar de que sus corifeos sostengan lo contrario, la literatura no comienza en 1918... y tal literatura — buena o deleznable — asienta sus plantas, como ocurre siempre, en corrientes estéticas ligadas a ella de manera inmediata o mediata.

Para exhibir el valor de la metáfora como expresión poética permanente — aun que no con los caracteres que reviste en la poesía de hoy — recordé fragmentos de Jorge Manrique, de Luis de León, de Gustavo Adolfo Bécquer, de Rubén Darío y de Baldomero Fernández Moreno. En dichos poemas se la utilizaba, junto con la expresión directa de los afectos, como recurso usual, mas no único. El cultivo de la metáfora por la metáfora misma, «el frenesí de la metáfora», es achaque moderno, y para hallar ejemplos en las letras españolas hay que revisar la producción de Juan Ramón Jiménez, de Ramón Gómez de la Serna y de los ultraístas y creacionistas de la última promoción literaria.

A fin de circunscribir el problema a las letras argentinas, mencioné la opinión de Leopoldo Lugones: «Los repulsivos mamarrachos — dice — de la nueva sensibilidad deprimen porque son cadáveres fracasados en la fealdad que es la muerte estética», y son solo colecciones de metáforas y sinécdoques en prosas de escuela elemental cuya disposición gráfica simula versos». A estos parecio-

res rotundos han opuesto los noveles autores juicios no menos despectivos respecto a los poetas del pasado; uno de estos mocitos, por ejemplo, ha declarado hace poco: «No asigno ningún valor a los escritores a quienes ustedes hacían referencia. ¿Y cómo podría asignárselo honradamente si sus obras no me interesan ni me han interesado nunca? ¿Cómo podría fijar sus méritos si yo, por el hecho de pertenecer a la generación de posguerra hablo un idioma fundamentalmente distinto? Ellos están en un mundo, en un mundo abolido por cierto, y yo vivo en un mundo joven y sorprendente. En el mundo que nace de Keyserling».

Pese a esta aseveración de desinterés por lo pretérito, quizás haya que buscar en el modernismo — según dijo antes el conferenciante — las raíces de la poesía reciente. En ella, con todas sus extravagancias, acaso exista una forma nueva de ver que da origen a la metáfora de hoy, más descarnada, más sutilizada que la de tiempos anteriores. Así se tienta esa imposible «originalidad absoluta», esa «ansia de lo inédito» que conturba a los bulliciosos y desaprensivos líricos de vanguardia.

De una antología referente a la actual poesía argentina leí varias composiciones, mostrando cómo en éstas — repitiendo la fórmula tan gustada — «lo bueno no es nuevo y lo nuevo no es bueno», y cómo se advierte cierto aire malsano, cierto afeminamiento en las letras modernas. Si al arte de Verlaine se le llamó la estética del ajenjo, no sería improbable que al arte de ahora se le llamara en lo futuro la estética de la morfina; productos uno y otro de épocas decadentes, gloriolas de café y de candente, creaciones fraguadas febrilmente de espaldas al sol.

En cambio, hay otra poesía vecina a la de las nuevas escuelas, poco influida por éstas y que revela — afirmó el doctor Monner Sans — cómo puede surgir una sensibilidad nueva que no sea la Nueva Sensibilidad con mayúsculas. Para probarlo leyó, entre otros: «El carrito de los helados» de Horacio Rega Molina, «Una esquina» y «Domingo de lluvia» de Alvaro Yunque e «Idilio» de Rafael Jijena Sánchez.

Recogió el parecer de Ortega y Gasset acerca de la ironía en la poesía de vanguardia, y sostuvo que la mezcla de lo serio y lo cómico dentro de la lírica le da a ésta una nueva característica tan novedosa como la que al drama le prestó la estética romántica. Puede que sea la anotada una fecunda senda a recorrer, y, a fin de corroborarlo, dió a conocer al auditorio un poema de Jorge Obligado titulado «Titanias», en que la impresión humorística se obtiene mediante tal fusión de elementos serios y elementos cómicos.

A pesar de las equivocaciones presentes — originadas en un desasosiego pueril por «hacer estética» — distinguimos a la vera del ultraísmo y del creacionismo, una poesía con rasgos peculiares capaces de tornarnos optimistas acerca del futuro de la lírica nacional. La inquietud de hoy — distinta de la del pasado — provoca y provocará la aparición de nuevos poetas, poco preocupados de vanas doctrinas reformadoras y más atentos a los latidos de su personal emoción.

“LA CULTURA ARGENTINA”

EDITADA POR LOS TALLERES GRAFICOS ARGENTINOS DE L. J. ROSSO
LAS MAS SELECTAS OBRAS DE LOS MAS GRANDES ESCRITORES NACIONALES

“LA ENCICLOPEDIA DE LA INTELLECTUALIDAD ARGENTINA”

COLECCION DE SETENTA VOLUMENES SELECCIONADOS

EN RUSTICA:

AL CONTADO \$ 100 ^{ms}/_{ms}

En mensualidades: \$ 15 al hacer el pedido
y 9 mensualidades sucesivas de \$ 10

ENCUADERNADOS:

AL CONTADO \$ 200 ^{ms}/_{ms}

En mensualidades: \$ 25 al hacer el pedido
y 12 mensualidades sucesivas de \$ 15

Administración General: SARMIENTO 779 — Depósito y Talleres: 951 - DOBLAS - 955

Honda repercusión causada por el fallecimiento de Paul Groussac

Continuamos publicando la serie de homenajes y demostraciones producidas con motivo de la desaparición del insigne maestro de las letras argentinas. Como constancia del arraigo que en nuestro ambiente han conseguido las preocupaciones del espíritu. Entre ellos merecen destacarse el del Instituto Histórico y Geográfico de Montevideo, donde el Dr. Juan Carlos Gómez Haedo dió una conferencia sobre la personalidad de Groussac.

El Colegio de Abogados de Buenos Aires clausuró su biblioteca el día del fallecimiento en señal de duelo, y en la nota de pésame a la familia, solicitó su retrato para que figure en la galería de abogados de la institución como el de el abogado que mejor defendió nuestro derecho en el pleito por la reivindicación de las islas Malvinas.

El Concejo Deliberante de Tucumán rindió también en su sesión del 2 de julio un homenaje póstumo al que fué por tantos años educador en aquella provincia.

En la Escuela No. 6 del C. E. 6, que dirige la Sra. Clodomira Aguirre de Lamas se llevó a cabo un acto en honor de Groussac, en el cual la directora dirigió una alocución a las alumnas, sobre su vida y obras.

El Instituto que dirige el Sr. Félix Outes en la Facultad de Filosofía y Letras, se dirigió a la familia del extinto, manifestando sus condolencias por la sensible pérdida que representaba para la patria el fallecimiento de quien había sido maestro espiritual de tantas generaciones de argentinos.

En la Junta de Historia y Numismática, rindióse un homenaje a la memoria de Groussac, haciendo uso de la palabra D. Carlos Correa Luna, quien después de pedir que los presentes se pusieran de pie, y formular una moción en el sentido de que el retrato del extinto se incorporara a la galería de la Junta, moción que fué aprobada por unanimidad, se expresó en los siguientes términos:

"Es inmensa la pérdida de Paul Groussac para nuestro grupo, todavía pequeño, de estudiosos. Equivale a una detención brusca en el avance de las letras argentinas, y a una posibilidad frustrada, en adelante, para el esplendor del castellano en el mundo... ¿De qué género literario habléis en que el maestro no fuera "maestro"? Desde la novela al teatro, desde la crítica a la historia, desde la narración de viaje a la creación poética, todo lo abordó en medio siglo de labor magnífica, sellada, en admirable, en pasmoso grado, con el siglo inconfundible y superior del arte. Porque, bien lo sabemos, y es casi ocioso proclamarlo en esta Junta: era Groussac, por encima de sus enormes y eruditos trabajos, un artista, un deslumbrante artista, extraviado a veces en la humildad de las temas coloniales, pero dignificado siempre por la magia incomparable del estilo y la extraordinaria agudeza del procedimiento crítico, que hacían del mínimo asunto tratado por él una vasta materia no indigna de afrontar la gran historia o la gran literatura.

El Sr. Correa Luna continuó:

"Nadie poseyó en grado tan eminente el sentido de la armonía entre la forma y el espíritu de la creación literaria; y en cuanto concierne a nuestra materia familiar, bastaría releer sus artículos de "La Biblioteca" — la gran revista de 1896 que Rubén Darío comparaba a la "Revue de Deux Mondes" — o los prólogos de los "Anales", o los prólogos de sus libros, para penetrarse de su potencia renovadora, de la originalidad sorprendente con que refundió nueva vida a asuntos manoseados por la incompetencia crítica o la falta de investigación concienzuda y severa. Por ello mismo, al ocuparse con cierto superior desdano de las doctrinas metodológicas susceptibles de conducir al éxito, pudo exclamar en un gesto de suprema ironía: "No conozco receta teórica para componer obras maestras", añadiendo con gracia: "y bien se techa de ver cuando no la aprovecho para mí"... Mas al mismo tiempo, con tanta o mayor justicia que Mariani, el famoso escritor que intituló "Curso práctico de metodología de la Historia" a un trabajo de historia local, podía congratularse de haber perseguido lo mismo, dando la pauta de otros tantos "cursos metodológicos" en las ejemplares monografías, modelos de precisión crítica y de ordenamiento sistemático, que por entonces publicaba.

El culto de la verdad, la abnegación, para buscarla, prescindiendo de la propia fatiga o del ajeno interés, contribuyeron a la leyenda del oro. Bien sabemos cuán difundida estaba la especie de su mal humor perpetuo, del sarcasmo, de la acritud, de la violencia, con que acogía a los raros peregrinos de su ermita, en el piso alto de la biblioteca. No puedo jurar que el glorioso anciano, sobre todo, en los confitados tiempos de su arrogancia visual, no castigara alguna vez en forma lapidaria la impertinencia o la malicia; pero si estoy en condiciones de decir que si hubo en nuestro mundo social o en nuestros círculos literarios algún campidoglio caballero, algún conversador exquisito, algún espíritu abierto a todos los ecos del diálogo, ese hombre fué Groussac.

"Nadie que lo haya conocido de veras negará que el Groussac de la intimidad, el hombre de familia, el padre, el amigo, valía tanto o más que escritor público; y eso que sólo impulsado por

una nobleza muy íntima y por un espíritu de independencia muy alto, podía lanzar su famosa exhortación de 1896: "Hay que hacer penetrar a torrentes el aire puro y la luz en la capilla cerrada donde se abila y marchita el espíritu argentino entre frivolidades convencionales e imitaciones superficiales. Urge abrir el templo por los cuatro costados, a la ciencia, a la belleza, a la justicia, a la verdad, aunque sea rompiendo a pedradas los empáñados cristales si las ventanas son muy altas"...

El orador terminó con las siguientes palabras:

"Este ilustre francés era un gran argentino. Reunió en su personalidad de historiador a López y a Mitre, depurados y realzados con el prestigio de su sólida cultura francesa y de su inmenso saber hispanista, que no solamente le proporcionaba las ventajas de un absoluto dominio de la forma al permitirle expresarse en una prosa impecable, nunca antes saboreada en nuestro idioma, sino que le hacían llegar al fondo de todos los problemas con la seriedad crítica y el profundo conocimiento técnico y metodológico de los grandes maestros europeos. Quien describa su vida y propague sus obras trabajará con provecho por la cultura de la República Argentina".

En la Facultad de Derecho, el catedrático de derecho político Dr. Enrique Loncón, dedicó una conferencia al estudio de la personalidad de Groussac como historiador y político. Sus palabras fueron entre otras:

"Desde que se iniciaron estas lecciones sobre "Las ideas políticas en la Argentina", necesariamente, ineludiblemente, por el imperio irresistible de la verdad histórica y de la probidad intelectual, hemos repetido muchas veces desde la cátedra el nombre otras tantas veces ilustre de don Pablo Groussac.

"Mal podríamos haber boqueado con fortuna los diversos aspectos de nuestra vida colonial — tan frondosa en las páginas amarillentas de Solorzano y Azara, cuanto harto sintético en "La ciudad indiana" del inolvidable Juan Agustín García — si el genio que exhalan los capítulos de "Mendoza y Garay" y de "Santiago de Liniers" no hubiese facilitado por el "lucido ordo" de que hablaba Horacio la claridad indispensable para comprender esa época que explica, produce y justifica nuestra emancipación nacional. Mal podríamos haber trazado la silueta poliforme de Mariano Moreno, alma y nervio de la Revolución de Mayo, el primero de nuestros demócratas, sin el auxilio de esos impresionantes opúsculos de "La Biblioteca", que despojados de su acritud polémica implican la más alta contribución al estudio del secretario de la Primera Junta, su disección intelectual más acuada, su interpretación ideológica más completa. Mal podríamos haber inducido la semejanza aparentemente desconcertante del monárquico Manuel Belgrano, si como complemento a la monumental obra de Bartolomé Mitre — donde la ternura del historiador agrada la belleza de la historia sin alterarla — no hubiésemos contado con las recias pinceladas de "El Congreso de Tucumán" y ese severo toque a lo Tácito, donde "el espíritu crepuscular" que fundó nuestra bandera aparece en la plenitud de su abnegación patriótica y de su puro amor por la libertad.

"Y así sucesivamente, a medida que sigamos la ruta compuesta por nuestro programa, a medida que hablémos de las ideas políticas del Doñ Funes de Montegudo, de Rivadavia, de Dorrego, de del Carril, de Echagüe, de Alberdi, de Gutiérrez, de Mitre y de Sarmiento, ese nombre eminente de D. Pablo Groussac volverá por fuerza a nuestros labios y lo pronunciaremos entonces con más emoción, puesto que si ya era un maestro antes de ser despojado de su envoltura mortal, ahora se ha convertido en un clásico, que es para los grandes espíritus la gran ventaja de morir.

"Bien se aviene este sencillo homenaje con los que se afanan en el análisis de "Las ideas políticas en la Argentina". D. Pablo Groussac ha escrito páginas nutridas y admirables sobre la materia: desde la doble fundación de la ciudad — "ab urbe condita" — hasta la exaltación de Roque Sáenz Peña, a quien cabe la gloria de haber afianzado el ejercicio de nuestra democracia, no hay fenómeno, personaje, convulsión o suceso vinculados a la esencia del régimen institucional que lo haya merecido, más o menos o, sencillamente, el honor de su pluma, la preocupación de su talento y la honradez de su juicio.

"Demasiado adicto a los preceptos de Renán, en cuya virtud "la crítica no debe conocer el respeto para juzgar a los hombres y a los dioses" y "el crítico llega a comprender y hasta a amar la eólica que inspira", D. Pablo Groussac, aferrado a la frialdad prominencia de su cátedra inclemente fué muchas veces para los muertos y para los vivos duro, severo, amargo e implacable, fórmula contraindicada por cierto para obtener simpatías bulliciosas y para asegurar exequias resonantes, pero que al traducir la honda sinceridad de una conciencia significan a quien prefiere para sí antes que la cobarde flaqueza de los cómplices, la dura condición de los verdugos.

"Entretanto exaltamos la memoria de quien vivió medio siglo agobiado en el estudio de nuestra historia nacional; evocamos la infatigable perseverancia de quien nos ha hecho revivir en páginas estiladas y eternas el génesis de nuestra República y el desenvolvimiento posterior de sus instituciones esenciales; evocamos las obscuras y austeras jornadas de este hombre que pasó tan cerca de los "gozadores de la vida" sin más premio que su renovación afán por las conquistas aladas del pensamiento, de la belleza y de la verdad. Pobre y glorioso, cual sus compatriotas Thiers, Guizot y Lavisse, ha muerto sin dejar otro patrimonio que la historia de un pueblo; más si se piensa que ese pueblo no era el suyo, si se piensa que esas famas que él cantó no fueron las de su dulce patria, bendicamos el destino que con su brújula loca, quiso que sobre las glorias de la patria nuestra planeara, arrojando flores y espinas, quien está preparado, como Aristarco y como Helio, para honrar con su amargura y con su amor a uno de los pueblos dignos de la tierra.

"Jóvenes estudiantes: Os invito a ponerlos de pie en homenaje a la memoria de D. Pablo Groussac".

Concurso literario femenino

Ampliando su carácter hasta hacerle nacional, hanse promulgado las bases para un concurso literario femenino auspiciado por el Club Argentino de Mujeres. A más de ochenta alcanza el número de composiciones enviadas desde todos los ámbitos del país y, a estar con las noticias circulantes, la poesía supera en calidad a la prosa. ¿Quiere esto significar que el alma de la mujer rioplatense halla más facilidad para vaciar sus pasiones en la forma versificada que la prosa? Síntoma significativo es, que la observación diaria, sin agudizarse mucho, va constatando, en la pléyade lucida de poetisas numerosas, de valía intrínseca mayor que las escritoras de prosa.

El jurado del certamen predicho que integran las escritoras Mercedes Dantas Lacombe, María Velasco y Arias, María B. de Oyuela, Judith Ugo y María Alicia Domínguez, pronunció su veredicto. El primer premio «Club Argentino de Mujeres» de \$ 200 m/n. se adjudicó a un precioso y variado conjunto de poesías que, bajo el lema «Me, me adsum qui feci» trae por pseudónimo «Quedo en vuestras manos». El rumor circulante afirma que la autora de este trabajo, verdadera artista, culta y pensadora o es del noroeste argentino o reside allí desde

hace tiempo según el amor demostrado a las cosas del terruño.

La misma persona ganó el premio Teniente Coronel M. Dantas consistente en \$ 100, instituido por Mercedes Dantas Lacombe, para el mejor cuento nacional, que resulta el intitulado «La venganza del cerro».

El premio Beatriz Eguía Muñoz, otorgado por Margarita de Vedia y Mitre en homenaje a la poetisa aquélla, se adjudicó al trabajo versificado que trae el pseudónimo «Enforbia Argentea».

Hay, además dos segundos premios consistentes en medallas de oro que proceden de una donante anónima, y los obtuvieron La Amazona, versos que tienen el pseudónimo «Proserpina», y el cuento fantástico «La Estrella» firmado por Arroyo.

La entrega de estos premios se hará previa apertura pública de los sobres que encierran los nombres de las autoras, en acto solemne el día 19 del corriente en el local de la entidad patrocinadora. «La Literatura Argentina», que favorece la difusión de los autores, publicará crónica y comentario crítico en oportunidad.

Antonio E. Barbagelata cumplió 25 años en la redacción de «La Prensa»



Cabecera de la mesa del banquete que le fué ofrecido por sus compañeros de labor

Desde 1904 viene desempeñando, Antonio E. Barbagelata, toda suerte de tareas en la redacción de «La Prensa». Fué «pinche» que recogía impresiones en bicicleta, y recorrió luego las más diversas secciones del gran diario. Como no le faltaba talento, que probó fundando en 1896 la revista «Montevideo-Escolar» con el prohombre uruguayo Manini y Ríos y en otras funciones análogas, se hizo un hombre necesario en la acreditada institución periodística.

Las actividades de Barbagelata han sido de notoria eficacia, porque su espíritu inteligente asimiló los progresos del ambiente para encarnarlos en la profesión. Al lado de la gente que hoy decuellu por su labor en «La Prensa», dió también circulación a muchas ideas que hoy tienen forma de realidad en las costumbres.

Como corresponsal de los prestigiosos cotidianos «El Diario» y «La Mañana» de Montevideo, efectúa asimismo, desde hace años, una misión vasta de cultura, igual que la que desarrolla en el Círculo de la Prensa de esta capital, que lo elige tres veces vocal en premio de los señalados servicios que presta a la causa gremial e ideológica de los trabajadores de la pluma, a veces diligentes obreros de la máquina de escribir.

Lo más representativo de «La Prensa» que, como dejamos

dicho, son por otra parte sus compañeros de iniciación y de todas las horas, — doctores Rodolfo N. Luque, Juan José Navarro Lahitte, Carlos A. Fúnes, José Santos Gollán (hijo) y muchos más, — se reunieron para festejar al acontecimiento de cumplir Barbagelata veinticinco años de brega en la redacción.

Y cuando se dispusieron a ello, se encontraron con qué toda la familia periodística de la metrópoli y de sus proximidades, así como los corresponsales de los diarios del exterior y del interior y de las agencias informativas de mayor difusión, habían hecho del homenaje una cita de honor.

La demostración revistió entonces el carácter impersonal de un triunfo de la prensa toda, de la cual Barbagelata era allí el símbolo de sus últimos veinticinco años de obra fecunda.

Llevaron la cálida palabra de cariño y emoción los doctores Carlos A. Fúnes y Rodolfo N. Luque y los señores Juan José Navarro Lahitte, Emilio Dupuy de Lome, Carlos Olivera y Raúl A. Iñarra.

Los postres los ofreció Barbagelata mismo, con un discurso breve, pero, para la mayoría, cargado de reminiscencias, y, para todos, de enseñanza.

LA LITERATURA ARGENTINA menciona toda obra de la que se le envíe dos ejemplares y trata por todos los medios de difundir el conocimiento de libros y autores argentinos dentro y fuera del país, para lo cual cuenta con vinculaciones en las principales ciudades europeas y americanas.

Nuestro ambiente de cultura bibliográfica y quienes lo producen



«Camino de violetas», por Enrique P. Maroni.—En un breve prólogo nos expresa su autor: «Estos versos, sin rebuscamiento de frases, sencillitos y simples, son como mi vida. Llevan, de algunos de mis estados de ánimo, todo el dolor, la emoción o el sentimiento en que fueron escritos». Estas pocas palabras bastarían para calificar exactamente la índole del tomo que acaba de aparecer, pues, siguiendo los viejos rituales, el poeta nos deshoja en cada canto, con encomiable espontaneidad, una flor de su alma.

El Sr. Maroni usa con destreza las distintas composiciones métricas, descolando en la décima; pero, y es conveniente advertirlo, por su propia conveniencia, no raya a la misma altura cuando emplea endecasílabos, en los que se notan frecuentemente algunos defectos, a causa de que olvida la sinalefa o a que hace diptongos donde no los hay, así como fallas en los cuantos que marcan el ritmo, detalles que, aunque se salvan medianamente forzando la lectura, atentan contra la musicalidad y la armonía del más sonoro de los versos.

Es indudable que el autor aceptará como justa la indicación y tratará de subsanar en lo futuro esos leves errores, con lo que saldrán ganando no poco sus bellas composiciones y, por ende, su prestigio de poeta que rinde culto a la clásica forma.

«Camino de violetas» consta de 152 páginas, tiene 62 poemas, en las que prevalecen los temas amorosos, y es un libro llamado a perdurar por el elevado sentimiento que lo inspira. No obstante, el Sr. Maroni debe ser más exigente consigo mismo y brindarnos la obra que refleje en toda su intensidad la potencia de su espíritu privilegiado.



«Cantos de hoy», por Emilia A. de Pereyra.—¡Poesías modernistas y escritas por una mujer! Francamente; lo empezamos a hojear con extrañeza, con cierto prejuicio, con una avasalladora aprensión, con la idea, en fin, de que este libro debía ser, cuando más, uno de los muchos que rutilan un instante para luego ir a dormir un largo sueño bajo las desdenosas telarañas del olvido. Pero esta vez, y digámoslo abiertamente, debemos rectificar el concepto; más aun: cumplesmos

variándolo de modo fundamental: Emilia A. de Pereyra es una verdadera poetisa, en toda la alta concepción del término, y su obra un exponente digno del mayor encomio.

Sin metro, sin rima, con la libérrima elegancia de la curva que trazan las aves en la infinita pizarra del cielo, los versos de este volumen tejen una preciosa urdimbre de imágenes, de las más atrevidas metáforas, de los símiles más sorprendentes, campeando en ellos un fino espíritu de penetración con el alma de los seres y las cosas, un certero atisbo psicológico, un alarde analítico, filosófico y científico, y una emoción que se asoma tímida, como si tuviera miedo de mostrarse en toda su plenitud, acaso por no eclipsar con su poder supremo los valores intrínsecos que ya de por sí destacan a los «Cantos de hoy».

El libro consta de 41 composiciones, divididas en tres partes: «La voz del momento», «Poemas urbanos» y «Poemas del recuerdo», todas igualmente bellas, por lo que nos sería difícil decir en cuál demuestra más quilates el espíritu esencialmente varonil de su autora.

Después de este breve comentario no vacilamos en afirmar que la obra de Emilia A. de Pereyra es una de las muy pocas de valor efectivo, dentro de las nuevas tendencias poéticas, que tanto bodrios nos ha ofrecido.

«Palaerazo», por José Armando Seco.—Este joven profesional platense acaba de dar a luz, el tomo de poesías del epígrafe, cuyo significado cumple establecerlo es: pepitas de oro.

Aunque en la mayoría de las composiciones se advierte la inseguridad de toda obra inicial, hay en él llaneza, frescura, sinceridad, lo que logra despertar de inmediato el interés y la simpatía del lector.

Inspirado por el amor, la ilusión, la esperanza, el poeta ha buscado en su espíritu y deja correr por los rítmicos cauces del verso, manantiales de emoción y de armonía.

Después de la agradable lectura de este libro es dable esperar que el Sr. José Armando Seco reincida en el dulce pecado de dar otro a la estampa, en el que se vigoricen y embellezcan las estimables condiciones que revela en el de que se trata; es decir: que, en vez de áureas pepitas, dé las afiligranadas joyas de que lo creemos capaz.



«Flores camperas», por José Juan Bianchi.—Harto de jinetear desde el petiso de los mandados al potrero más redomón, se le ocurrió al autor montar a Pegaso. Y ahí, no más, en pelo, le clavó las nazarenas y lo hizo ir al galope, dominando su piafar, sus caracoles y sus corcovos, por el escenario de la pampa. Cuando lo tuvo bien rendido, lo ató al palenque, y así se quedó el pobre Pegaso con las alas caídas, los ijares ensangrentados, el hocico y la boca blancos de espuma, jadeante y sudoroso, pensando en que «es al fluido» con los criollos. En tanto el afortunado domador, echándose sobre los ojos el ala del chambergo, entra en un rancho amigo, y a ruego de la paisanada, en rueda junto al fogón, toma la gemidora guitarra y entona sentimentales vidalas, décimas galantes, relatos camperos, mientras el mate va tejiendo una invisible red de cordialidades entre los circunstantes, que están pendientes del cantor, como si vieran en él al espíritu del pasado llorando endechas.

Y dejando el rancho: Con el libro del epígrafe el Sr. José Juan Bianchi se ha de conquistar las simpatías y el beneplácito de los afectos al interesante y pintoresco género que cultiva, pues la forma y el fondo de sus versos están ligados en feliz connubio, lo que contribuye a valorar su producción, por todos conceptos encomiables.



Acaba de aparecer:

EL CREDITO BANCARIO

por GASTON H. LESTARD
Del Banco de la Nación Argentina

Tecnicismo y práctica del Descuento y Normas Científicas y Económicas para la distribución de los Préstamos

Un tomo de 326 páginas, en rústica..... \$ 8.—
Encuadernado en tela „ 10.—

DEL MISMO AUTOR:

TECNICA Y PRACTICA BANCARIA (2a. EDICION)

Un tomo de 400 páginas \$ 8.— Encuadernado en tela \$ 10.—
(Franqueo 0.50 cada libro)

LIBRERIA de A. GARCIA SANTOS
Moreno 500 Buenos Aires



«Historia de las antiguas instituciones de Derecho Penal (Arqueología criminal)», por el Dr. Ladislao Thot. — En un voluminoso tomo de 504 páginas se ha editado, en los Talleres Gráficos Argentinos de L. J. Rosso, esta obra, la más completa que haya aparecido en la materia.

El autor, que tiene sobrados títulos a la consideración general por sus valiosas y abundantes colaboraciones en revistas científicas del país y del exterior, por el encomiable aporte de sus libros en múltiples idiomas, por la fecunda obra desarrollada desde la cátedra universitaria y por su prestigio como miembro correspondiente u honorario de infinidad de instituciones de todas partes del mundo, en el prólogo con que abre el volumen nos habla así acerca de su contenido:

«En las páginas que siguen damos un cuadro sintético de las principales instituciones de la antigua administración de justicia criminal, que servirán de complemento a los materiales de una Historia de Derecho Penal que en breve publicaremos.

«La historia del Derecho Penal — doloroso es confesarlo — ha sido la hijastra de los escritores y tanto más lo ha sido la historia de las instituciones de que vamos a tratar, la mayor parte de ellas completamente olvidadas y que hemos debido ir a rastrear en la bibliografía latina de los siglos pasados.

«Los materiales que componen este libro son, en general, desconocidos; y esta es la razón primordial que nos ha determinado a darlos a publicidad.

«En cuanto al valor e importancia de esos materiales, no nos es dable formular juicio alguno; él pertenece al criterio de los que se interesan en ahondar el estudio de esta materia.

En capítulos que revelan su amplia cultura y el absoluto dominio del tema, el Dr. Thot trata sobre el enjuiciamiento criminal de los animales, los procesos criminales contra las brujas, la institución de los asilos, los juicios de Dios, la tortura, otras instituciones de la antigua justicia criminal, las instituciones meramente político-criminal y antiguos problemas penales.

No obstante ser puntos esencialmente jurídicos los que estudia, el autor ha sabido llevar a cabo su obra quitándole la aridez propia de su índole y revistiéndola, en cambio, de un carácter ameno a la par que instructivo, a lo que contribuyen en no poco los ingeniosos y pintorescos casos que cita. La «Historia de las antiguas instituciones de Derecho Penal» merece, en fin, ser leída, y con provecho, por eruditos y profanos y con la que el Dr. Ladislao Thot ha enriquecido la biblioteca de todo amante de los buenos libros.

«Al margen del abismo», por Arduino Barchetta. — Presentado al público por la Editorial Tor, se incorpora con este libro al mundo literario un joven inteligente y capacitado.

A través de su bien concebido argumento, el señor Barchetta va exteriorizando sus recomendables condiciones de escritor y su manifiesta sinceridad, tan acentuada que parece que en ciertos

pasajes pintara escenas vividas y expresara emociones sentidas en carne propia.

Aunque, no hay duda, se nota en la novela la vacilación de todo recién iniciado, en ella su autor evi-

dencia poseer una fina comprensión psicológica, gusto en las descripciones y habilidad en el manejo del diálogo, cualidades que, imprescindibles en el género que cultiva, le llevarán a intentar obras de más aliento a medida que vaya enriqueciendo su intelecto a través del estudio y de la vida.

L. J. ROSSO - Editor

SARMIENTO 779 - Buenos Aires

NOVEDADES Y REEDICIONES

PAZ GENERAL JOSE MARIA. — «Campanas de la Independencia. Memorias póstumas. — Tomo I. — Este primer tomo, al cual seguirán en breve los tomos 2.º y 3.º (ya agotados), está precedido por una arenga del Gral. B. Mitre y trata de: Las campanas de la Independencia y de la guerra civil. — Grueso volumen de 322 páginas ... \$ 2.—

PONCE ANIBAL. — «La gramática de los sentimientos. — La obra está subdividida en 4 grandes capítulos: El lenguaje intelectual (El neologismo); El lenguaje del sentimiento (El ritmo); El lenguaje de la emoción (La metáfora — La sintaxis emotiva) y el lenguaje de la pasión (El conjuro). El autor desea de aclarar de que manera el lenguaje afectivo consigue eludir las leyes rígidas de la imposición gramatical, ha tratado de resolver aquellos problemas parciales que se le vinculan, capaces de eliminar sus diversos aspectos. Trabajo de psicólogo, cuyas conclusiones pueden interesar también al lingüista y al psiquiatra. — Volumen de 160 páginas ... \$ 2.—

RABAL IBANEZ LEANDRO. — «Aritmética Universal. — Tratado de Divulgación Matemática. Aritmética por comparación; comprende las siguientes materias: Razones e igualdades; proporciones; proporciones geométricas; proporciones aritméticas o equidiferencias; comparación de los medios diferencial y proporcional; progresiones aritméticas o por diferencias; progresiones geométricas o por cociente; interpretación filosófica del infinito matemático; logaritmos; logaritmos vulgares, decimales, o de Briggs y sistemas de numeraciones. — Volumen de 489 páginas ... \$ 4.—

THOT LADISLAO. — «Historia de las antiguas Instituciones de Derecho Penal (Arqueología Criminal)». — Esta obra es una síntesis de las principales instituciones de la antigua administración de la justicia criminal y el autor, con su publicación, ha entendido llenar un vacío, debido a la incuria sobre esta materia de los escritores que han tratado de hijastras la historia del derecho penal. — Grueso volumen de 504 páginas ... \$ 3.50

SARAVI CISNEROS ROBERTO. — «Estaneas del cañón. — Versos. — 36 composiciones magistrales que inspiran indefinible encanto, alagan y suspenden el ánimo, infundiéndole suave y puro deleite. — Volumen de 100 páginas de lujosa presentación ... \$ 2.—

CARELLI CELIA G. DE. — «Reflexiones sobre la Educación. — Es una obra de perfectas figuraciones, llena de pensamientos vivaces en los cuales están acentuadas las nociones de vida más acreditadas en hechos de moral, y dan una enseñanza socorredora en cualquier circunstancia. La personalidad de la autora se revela en toda su potencia en este libro que es, sin duda, uno de los más bellos y nobles de los que ella ha escrito. — Volumen de 123 páginas ... \$ 2.—

Envío franco de porte en la Argentina, Repúblicas Americanas y España. — 10 % de aumento para los otros países.

Precio de por Mayor a los Señores Libreros



AL MARGEN DEL ABISMO

NOVELA

EDITORIAL TOR



«La Gobernación González» (1925-1929).—Bajo este título se ha publicado un volumen de 428 páginas, que compila las leyes, acuerdos y resoluciones producidos por el Poder Ejecutivo de la provincia de Corrientes durante el período legal del gobernador Dr. Benjamín S. González.

Catalogados cronológicamente, los importantes documentos públicos que se insertan cumplen con impropia lealtad y eficiencia el fin que se persiguió al editarlos: dejar expresa constancia de

las actividades políticas, administrativas, económicas y sociales del actual gobierno de Corrientes, que se ha caracterizado por su ardua cuanto fructífera gestión en pro del adelanto, en todos los órdenes de sus actividades, de esa pujante y benemérita provincia del litoral.

Ante el relevante gesto democrático del Gobernador de someter al juicio de sus conciudadanos la actuación que le cupo desde la alta magistratura, cumple corroborar la verdad de los hechos y reconocerle como mandatario probo, culto y progresista los prestigios que ya había conquistado en los diversos y fecundos campos de su acción, donde siempre se destacó su figura por su intrínseco valer, su caballosca prestancia y la honestidad de sus procedimientos.

En las postrimerías de su período legal se han publicado, además: el Registro Oficial de la Provincia correspondiente a los años 1821 a 1825, la Memoria de la acción administrativa desarrollada en 1928, elevada a la H. Legislatura por S. S. el Ministro de Gobierno, Justicia y Culto, Dr. Ercilio Rodríguez, y dos grandes tomos que contienen los informes de la Inspección General de Justicia, a cargo del Dr. Guillermo Rojas, obras editadas por la imprenta del Estado y que no hacen sino confirmar los elogiosos conceptos que merece el Dr. Benjamín S. González desde un punto de vista institucional.



«Luces y sombras», de Ernesto Daniel Andía.—El doctor Manuel María Oliver presenta al autor de «Luces y sombras» (relato de un practicante interno del hospicio de las fantasías) con estas palabras: «Quien los ha trazado posee, además de un temperamento de artista, un don de psicólogo, una habilidad de disector y una aptitud imaginativa indiscutibles. Hay en su pluma la tragedia de Hoffman, la tiniebla de Poe, la bruma de los noveladores

del Norte de Europa, que nos pintan las almas en tormenta y los corazones a los que el destino ha resacado hasta en su último zumo de lágrimas. Creo en el éxito de Andía; lo creo y lo afirmo».

Con la auspiciosa venia del prologuista, uno se decide a emprender la lectura. Apresurémonos a declarar que luego de iniciada no se la abandona hasta llegar al macabro ex-libris de la contratapa, dibujado, como la carátula, por el propio autor.

Andía podrá llegar a ser un buen cuentista, lo que es mucho decir, pero en justicia, tiene el rico tesoro de la imaginación. Acaso le falte aun el hábito de prodigarlo con buen gusto.

De entre las alucinantes historias que integran el libro, merece destacarse «El cadáver del delito» por la pulcritud de sus imágenes y la hondura del tema.

«El caso extraño del doctor Poincaré» no es una novedad ni en la literatura ni en el teatro, pero Andía ha sabido presentarlo. Lástima que haya acentuado ciertos detalles, en procura de un falso afectismo. Para crear un personaje dramático no es necesario hacerle masticar los ojos de otro, y si en realidad un loco lo hizo, no era necesario contarlos....

Pero estas sutiles observaciones de ningún modo atentan al elogio que tributamos a Ernesto Daniel Andía, compartiendo el juicio de Manuel María Oliver.

«Leyenda simbólica», de Benjamín Rinsky.—Si Benjamín Rinsky no hubiese tenido el escrúpulo de anunciar en el prólogo la genuinidad de sus parábolas y el balbuceo de su candorosa filosofía, no habríamos sabido cómo evitar el decirselo. Porque este libro, está sin duda tan bien inspirado como prematuramente concebido e infantilmente escrito. El autor no ha vacilado en abordar con una prosa de sexto grado, el arduo problema de Dios y la religión, jaqueca filosófica de todos los tiempos. Cree en el Ser Superior pero se resiste a adorarlo. Sus razones tendrá, pero seguimos ignorándolas por más que intente exponerlas a la luz pública.

Abandonado el prólogo, péntrase en la espesura de las veinticuatro leyendas, de mucho en mucho iluminadas por alguna frase feliz, tal vez dicha sin querer.

A mitad de camino la leyenda del rocío nos humedece con unos versos. Oíd dice el poeta:

Por una rosa sentí amor.
Su brillo era de estrella,
De estrella su esplendor.
Era una flor muy bella
Y bella como una flor.

Sólo un desbordante afán de bondad y de belleza—trasuntado en todas las páginas—ha podido incitar a Rinsky a imprimir este libro tan temprano. Ese mérito y aquel aludido escrúpulo logran salvarlo.

«Una rama del cancionero», de Eugenio Julio Iglesias.—Libro de la buena canción éste de Eugenio Julio Iglesias. Los versos, dóciles, le vienen a los labios, edulcorándolos de palabras cristianas. El hijo de Dios aparece por la senda que va sembrando de dones. El poeta, a la vera, deshoja los pétalos de la rosa de su rama. Una rama verde de savia y de esperanzas.

Así siempre:

Hasta que seque su savia

O Eugenio Julio se vaya.

El libro se cierra con esta profesión de conformidad, que es como un voto de fe profunda. En Iglesias la angustia está desvanecida por el sosiego. Hay quietud, y silencios preñados de una dulce emoción. Hay ternura dicha sin palabras y siempre una gran paz espiritual. Por eso este libro de Eugenio Julio Iglesias nos parece piadoso y reconfortante.

Ocioso es agregar que ha sabido decir sus canciones sin esfuerzo, como que la inspiración no le baja a Iglesias cada tanto, como a las mujeres lo suyo, por decirlo a la manera de don Alfonso Reyes.

Estimula el goce de la lectura la buena presentación del volumen: ochenta y tantas páginas muy bien aprovechadas.

Ojalá pronto sea primavera en otras ramas del cancionero de Iglesias.



EL ÉXITO DEL MOMENTO ES EL TONEL DE DIOGENES

por

ENRIQUE MENDEZ CALZADA

220 páginas de sano humorismo

En todas las librerías \$ 2.50

LIBRERÍA Y EDITORIAL «LA FACULTAD»
JUAN ROLDAN Y Cía.

359 FLORIDA — U. T. 31 Retiro, 2852 y 0474 — Bs. AIRES



«El inquilino de la soledad», de Ricardo Tudela.—Precedida por una abundosa lista de obras del autor y ocho citas que van de Góngora a Nietzsche pasando por Pludaro a Terencio, destinadas parece, a señalar la ubicación de Ricardo Tudela, este residente mendocino brinda una serie de ensayos con el común denominador de «El inquilino de la soledad».

Impregnado de filosofía nietzscheana, Tudela, como un nuevo Zaratustra se refugia en las montañas próximas, desde donde lanza sus imprecaciones y deja que sus pensamientos alcancen a las águilas en su desdenoso vuelo a tantos pies sobre el nivel del mar.

Si Tudela invitase a su caverna rocosa como lo hiciera Zaratustra, confesamos que seríamos el asno en el convite.

Ya lo decía él: «Estas cosas no son para las orejas largas: son sutiles y lejanas; no deben cogerlas las patas de carneros».



«Almafuerte», de Fausto Brughetti.—En «El sobrino de Rameau», Diderot alude a Robbè, licenciado cuentista de su época, autor de un poema sobre la violina. Parece ser que Robbè ostentaba las señales de esa enfermedad, lo que hizo decir a Pirón: «Sois un autor bien poseído del asunto».

La frase podría referirse justamente al Señor Fausto Brughetti, que acaba de publicar en La Plata un primer volumen de memorias sobre Almafuerte.

El frecuentamiento personal y el contacto espiritual con el autor de «El Misionero» le han permitido reunir en más de 200 páginas una serie de interesantes anécdotas, a través de las cuales se perfilan siempre los rasgos individualísimos de Pedro B. Palacios.

«Las lágrimas, el dolor y la rebeldía de Almafuerte —dice Brughetti— son inolvidables para nosotros y estas páginas más que un elogio o un panegírico a su obra, su vida y su personalidad aspiran a ser un homenaje de piedad y de justicia a su vida dolorosa y solitaria».

La devoción de Brughetti por Almafuerte está patentizada en el anecdótico, que si de algo adolece es de una selección poco rigurosa.

Contiene el volumen diez ilustraciones de Brughetti y un croquis a pluma original del propio Almafuerte.

El producto líquido de la edición está destinado a encabezar la lista de suscripción para erigir un monumento al recio bardo.

Brughetti anuncia el segundo tomo de esta memoria.



«Disonancias» y «Así», por Fidel Solari.—Estos dos libros que acaban de darse a publicidad, atestiguan que su autor tiene relevantes condiciones poéticas, tanto por su exuberante inspiración como por la cálida pureza de su sentimientos y el corte clásico de su factura.

Sin pretender hacer una difícil calificación, dada la variedad de sus temas y, por ende, su complejidad, podría decirse que en la primera de sus obras el Sr. Fidel Solari es impresionista, siendo emotivo en la segunda y raramente subjetivo; pero en los dos, y en la alta aceptación del término, un verdadero poeta, un poeta sin estridencias, sin arrebatos, sin excentricidades, que dice sus versos con la serenidad de un patriarca que siente mucho y sabe lo bastante como para andar por el alambre del arte con un grácil equilibrio,

olvidando el torrente de la vida que ruga impetuoso a sus pies.

Cumple dejar constancia que ambos volúmenes fueron pulcramente impresos por el autor, con sus propias manos y en su propio taller, lo que es un galardón que, aparte de los intrínsecos méritos que evidencian, contribuye a que sean acogidos con unánime simpatía y saboreados con deleitación.

«Ritmos en el camino», por Clementina I. Azlor.—Si se tiene en cuenta que es un primer volumen no es posible desconocer que su autora posee brillantes condiciones para proseguir con fe en la ruta emprendida, ya que sus versos así lo permiten afirmar, por la justeza con que están realizados, por la propiedad de su léxico y por el rico nomenclario que los riga, aparte de la sincera feminidad que trasuntan todos sus motivos.

Sin vano palabrerío, sin dejarse seducir por escenas cuyo único fin es la efímera gloria del momento, la Srta. Clementina I. Azlor, guiada nada más que por su instinto de artista y por su honestidad, nos canta las inquietudes de su espíritu emotivo. Y así es como las veintiseis composiciones del tomo con un sedante lento para las almas ansiosas de armonía y de belleza; un cáliz rebosante de ternura para los labios sitibundos.

Esta poetisa, pues, se incorpora con paso decidido a la falange de los buenos cultores de las letras, y es de esperar —siempre que no desmaye en su empeño y tienda a reconcentrarse en la síntesis— que vaya muy lejos.

Discursos y conferencias de Juan José Vélez.—El escritor cordobés Juan José Vélez, que ha aportado a la literatura nacional tan ponderables trabajos como sus «Cuentos en la montaña», publica en un grueso volumen los discursos y conferencias que a invitación de diversas instituciones culturales pronunció o leyó en estos últimos años.

Juan José Vélez los ampara con una profesión de fe en que resume sus ideas y sentimientos, con exuberancia expuestos en las oraciones recogidas ahora en el libro.

Animadas todas por un acendrado espíritu tradicionalmente patriótico y religioso, resulta provechoso el repasarlas, pues que no son efímeras las palabras del conceptuoso escritor. En verdad merecían no quedar dispersas.

Entre las obras publicadas anteriormente han merecido conceptuosos elogios de parte de la prensa y de destacadas personalidades: «Bocetos y Pinceladas», «Los Dos Polos», «Corazón enfermo», «Manila», «La danza del carácter», «Hojas dispersas» y el ya citado «Cuento de la Montaña».



«Jornadas», de Carlos Sánchez Viamonte. — «Sueños», de Pedro Jorge Garbí. — Ediciones Samet.

Dos libros recientemente editados por Samet, el primero prosa combativa y dinámica. El segundo poesía lánguida y estática. Dos puntos de vista frente a la vida, apoyados por el «ego» que campea en toda la obra con apariencias y realidad disímiles.

El autor de «La Cultura frente a la Universidad», de «El respeto a la ley», de «La Ley, como el cuchillo» y tantos otros volúmenes de lucha y acción, es un enamorado de los hombres guías y lo es él mismo, en la persistencia de su visión de porvenir con referencia a la juventud americana, a la que quisiera llevar por derroteros de ideal incontaminado de toda influencia extraña.

La liberalidad de pensamiento de Sánchez Viamonte, que no es simple afán extremista sino razonado auscultar de la necesidad social de un pueblo que nace y se orienta en el caos de la civilización que muere, es como una antorcha que ilumina las «Jornadas». Le leamos con respeto. Son páginas del más puro periodismo. Libres, claras, sin prejuicios sectarios, sin aherrojamientos de conservadurismo, escritas en estilo conciso y límpido, tales para la lectura de quienes no quieren ver perderse las ideas en las galas del lenguaje afiligranado. Le leamos dijimos con respeto, más que todo porque al hacerlo recordábamos a Ingenieros. A Ingenieros y a Rodó. ¿Qué tienen de común esos hombres que se olvidan de todas las conveniencias personales por levantar el ánimo juvenil, en un ansia apostólica de perfección? Sin distintos en el estilo y hasta en la ideología, pero los recordamos cuando una de sus frases encendidas de censura nos golpea su optimismo y su fe.

La obsesión de Sánchez Viamonte es el modelamiento del espíritu americano en crisoles del más puro modernismo estético y social. A ellos tienden todas las páginas de «Jornadas», que son una disección de la actualidad, un análisis de los sucesos, aparecido en las columnas de la prensa, y toda su obra.

La visión de Sánchez Viamonte es certera y nítida. Hay además una tendencia, la noble tendencia del tribuno de ideología formada. Por eso la rectitud del propósito exime del estudio literario, de la crítica escolástica, que no cabe en la labor nerviosa del periodista que es, esencialmente, la de Carlos Sánchez Viamonte.

De más está decir que preferimos esa posición de lu-

cha, a la adoptada por el lirismo de Garbí. ¿Que aquí es catedrático y éste poeta? ¿Qué más da! El artista hace cátedra siempre. Y Garbí no avanza nada en la literatura nacional, desde que nos produce su volumen la impresión de una obra de fin de siglo pasado.

Está imbuido el autor de «Sueños» del romanticismo novecentista y todo su libro es la plañidera expresión de un espíritu encerrado en la jaula dorada de un pesimismo «demodé».

Y por cierto que sabe Garbí manejar la técnica del verso. Sus pies son pulcramente medidos y precisamente porque sabe que su fuerte en preceptiva, muestra gran predilección por el soneto, molde difícil y rígido que permite y obliga al academicismo. Con todo, dentro de los cánones clásicos, olvida Garbí que es un defecto en toda poesía — y es en especial en el soneto — el abuso de los adjetivos para facilitar la consonancia cuando dice:

Y mis ojos absortos, mis ojos soñolientos,
por los vidrios contemplan la calle desolada
en esta tarde triste, en esta tarde helada.....

peca por vulgaridad de consonancia.

Por otra parte cae Garbí en exagerada agjetivación, exceso que está tan cerca del ripio como esto:

.... la suprema delicia

de ser la luz informe, cambiante y movediza....

Quien como Garbí tiene numerosas expresiones felices en sus versos, debe huir del adjetivo y buscar el vigor de la expresión, sin ese artificio. Y destacamos el defecto, precisamente porque hay en Garbí un espíritu generoso en tonos sutiles capaces de dar a la literatura, frutos de gran elevación lírica a poco que procure labrar su propia personalidad, alejándose de ese miraje ficticio que presta muchas veces el fácil adjetivo.

Con menos artificiosidad la poesía de Garbí puede llegar a un nivel de expresión tan interesante como la de su poesía «Buscar»:

Buscar

por todos los senderos polvorientos del mundo,
la belleza soñada.

Buscarla con un canto nuevo
cada madrugada....

Miguel Alfredo D'Elia

ARCHIVOS
...Y...
SISTEMAS



YAWMAN AND ERBE MFG. CO.
ROCHESTER, N.Y., U.S.A.

UNICOS REPRESENTANTES

CURT BERGER & Cía.

ESMERALDA 116 - Buenos Aires

W. V. BOWATER & SONS Ltd.

Papeles de todas clases

THORNYCROFT

Chassis Omnibus y de Carga

Motors Marinos

Construcción de Lanchas y Yachts

BENTLEY

Automóviles

BEAN

Automóviles y Camiones

HILLMAN

Automóviles

ROYAL ENFIELD

Motocicletas - Bicicletas

WATERMOTA

Motors Marinos Portátiles

Unicos introductores

SHEPHERD, BELL & Cía.

S. A. COM. & FINANCIERA

PERU 143 - U. T. Av. 5351 - 4026

Si los números aparecidos hasta la fecha han sido de su agrado y quiere seguir recibiendo puntualmente los sucesivos, devuélvanos la presente boleta de suscripción. Así estará Vd. siempre al tanto de la bibliografía nacional.

BOLETA DE SUSCRIPCION

Oficinas: SARMIENTO 779
U. T. Retiro 31 - 3221
BUENOS AIRES

la literatura Argentina

REVISTA BIBLIOGRÁFICA

NUMERO SUELTO 20 Cts.
ATRASADO 30 ..
Suscripción anual (incluido índice y tapas) en el país \$ 2 5/8.
En el exterior, 1 1/2.

Señor Administrador de "LA LITERATURA ARGENTINA"

SARMIENTO 779 — Buenos Aires

Sírvase suscribirme a su periódico por el término de un año a contar desde el número Adjunto le envío la suma de $\frac{\text{DOS PESOS m.n.}}{\text{UN PESO oro.}}$ en estampillas, cheque o giro postal. (1)

Nombre y apellido

Dirección

Ciudad

(Escríbase con claridad)

Firma

(1) El precio único de suscripción anual es de \$ 2 m.n. en todo el país. Fuera de la República Argentina: \$ 1 oro.
Se ruega contestación o devolución de la revista, en caso de no interesar.

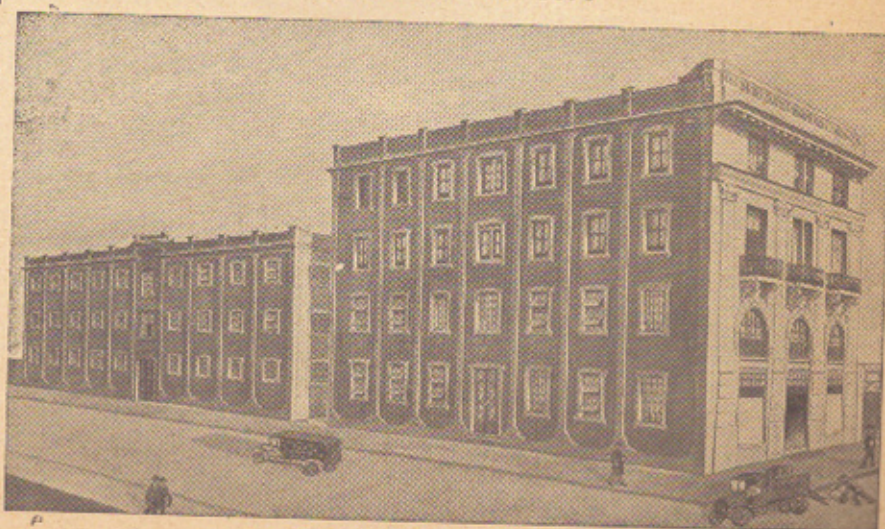
TALLERES GRAFICOS ARGENTINOS L. J. ROSSO

FUNDADOS EN 1893

Con los elementos más modernos, completos y vastos de:

LINOTIPOS
MONOTIPOS
TIPOGRAFIA
IMPRENTA Y
LITOGRAFIA
ROTATIVAS
TIPO Y
LITOGRAFICAS
OFFSETS.

Fotografados — Tricromías — Estereotipia — Rayado — Libros en blanco — Encuadernación — Timbrados — Fotocromía — Cromolitografía.



Vista de los nuevos talleres modelos: Doblas 955 - 965

SARMIENTO 779 (Librería)
U. T. 31 (Retiro) 3221
Coop. T. (Central) 1328

DOBLAS 955 (Talleres)
U. T. 60 (Caballito) 2614
Coop. T. (Patricios) 528